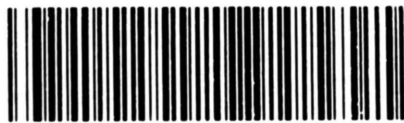


MANUEL A. SEOANE

CON EL OJO IZQUIERDO

(MIRANDO A BOLIVIA)



3 9 0 5 0 8 2 7 8 5 4 G

B U E N O S A I R E S

Imprenta y Papelería JUAN PERROTTI
283 - Calle Reconquista - 283

1

9

2

6



VICTOR
MORE
267
B. M. 18. 18.

AL
ESPIRITU REVOLUCIONARIO
DE LAS MUCHACHADAS
LATINOAMERICANAS,
QUE SEMEJA A UN DON
QUIJOTE ACOSADO
POR SANCHO PANZA,
MISTER DOLAR
Y PERO GRULLO,
DEDICA ESTAS
P A G I N A S
EL AUTOR



PROLOGO

Señor don Manuel A. Seoane. — Sarmiento 1757. — Ciudad.

Mi querido amigo:

He leído con verdadero interés su libro: "Mirando a Bolivia", trabajo vigoroso, digno de su espíritu sano y fuerte. Hay en él una vehemencia razonada que me cautiva, no obstante las exageraciones que son propias de su juventud. Le sigo desde hace tiempo, aplaudiéndole sin reservas, por su labor generosa en favor de la libertad de los pueblos iberoamericanos. Desde el día en que Ud. llegó, estudiante pobre y desterrado, a mi despacho, de Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas, le he visto, dinámico, entusiasta, defender todas las causas nobles. La casa de estudios que yo presidía recibió a Ud. con los brazos abiertos. Derogó disposiciones reglamentarias para eximirlo de derechos en los exámenes y proclamó principios de libertad. "El señor Seoane — decía el dictamen aprobado por el Consejo Académico — viene de un país americano gemelo del nuestro en la historia y en el ideal y es, según su declaración, que otras informaciones corroboran, un desterrado por hechos políticos, es decir, un hombre que ha suscitado resistencias a un régimen que él califica como de fuerza, un ciudadano libre, que al disentir con el orden imperante, ha obedecido a los dictados de su patriotismo, un emigrado, o más bien un refugiado, que mañana volverá a su noble patria y merecerá, tal vez, bien de ella, por haber contribuido a sostener principios que estaban en peligro de ser totalmente avasallados. Tal ha sido y tal seguirá siendo en nuestra América y en todas partes la carrera de muchos emigrados políticos, — delincuentes la víspera, héroes al día siguiente — y la historia argentina nos podría suministrar muchos nombres, algunos de ellos ilustres. Las naciones americanas se han dado, en esto, una luminosa tradición de generoso emparo para los hombres que, como el estudiante Seoane, en momentos de angustia para la patria, se han dirigido a ellas con fraternal confianza. La nuestra, como todas y no menos que las otras". Reproduzco con placer las palabras del dictamen, porque ellas evi-

dencian la orientación americanista y libertaria del Instituto que dirige.

Es Ud. joven. Y en la juventud principalmente radica la posibilidad de iniciar la era de América Latina en que dejemos de ser repúblicas aisladas, antagónicas, anarquizadas por disensiones civiles, para formar todo un Continente, idealista, espiritual y solidario que funde una civilización más humana y más justa y abra vastas posibilidades de superación y de engrandecimiento a los destinos, hasta ahora inciertos y dolorosos de la Humanidad.

Es Ud. peruano. Y ese pueblo del Perú, en que se une al elemento hispánico de los conquistadores, el sedimento de la raza incaica, cuyo fondo es también el idealismo y un profundo sentimiento de comunidad, es de los más propicios para que en él germinen y triunfen los nuevos ideales y constituya un foco de irradiación cordial y orientadora que contribuya eficazmente a la unión y el despertar de nuestra América.

Ud. interpreta en su libro, magistralmente, el sentimiento de la juventud iberoamericana. Leyendo su trabajo han llegado a mí, voces de protesta contra el pasado, que pretende imponerse y perpetuarse, sofocando la renovación vital; gritos de rebeldía contra la fuerza triunfante y de afirmación serena y firme de la conciencia civil; cálidas expresiones de fraternidad basada en la justicia, por encima de las fronteras que dividen una misma sangre y separan comunes idealismos. Todo eso ha germinado en la juventud y florece ahora con viril pujanza; todo eso también resuena en mi alma con clamor de campanas augurales que vaticinan tiempos mejores.

Por primera vez en la historia se alza unánime y acorde la voz de la juventud en todas nuestras Repúblicas, anunciando la renovación como propósito y la unión fraternal como principio básico. Ya no gravitan sobre ella los viejos odios caseros. Se ha librado, por fin, de la presión asfixiante de falsos antagonismos y menguadas ambiciones hegemónicas. Ha roto valientemente las ligaduras tradicionales y sostiene ideales de unidad americana y democracia social. Ha descubierto su alma y ha cobrado conciencia de sí misma. Ha surgido en el fondo de su ser un sentimiento nuevo: el de la hermandad común, de la unidad de la raza y la identidad de aspiraciones ideales. Y así, en vez de consagrarse a ensanchar las fronteras respectivas, a costa de sus hermanos, por el exterminio y la conquista, las ha ampliado idealmente, comprendiendo dentro de ellas en un abrazo común, todos los pueblos de la América Latina. Y al fantasma temeroso de la traición a la patria chica — siempre bien amada — ha opuesto la alta traición a la patria americana y a sus futuros destinos, porque en lugar de extasiarse ante un pasado sepulto, se ha enfrentado al porvenir, asumiendo la viril empresa de forjarlo con voluntad recia.

Empresa difícil por cierto, ya que la juventud tiene que luchar en algunos países de nuestra América con oligarquías corrompidas que giran casi siempre, en torno de intereses subalternos; en países donde el sufragio es simplemente nominal y donde, como Ud. muy bien lo dice, no hay sino dos caminos: para llegar al poder, el de la revolución; para conservarlo, el de la dictadura.

Esas oligarquías corrompidas son las que enagenan las soberanías de los pueblos de Iberoamérica al Imperialismo yanqui.

Uno de los capítulos más interesantes de su libro se refiere a ese asunto. En él Ud. explica cómo los gobernantes de Bolivia han fomentado la expansión del capitalismo norteamericano, "no dentro de los límites que favorezcan una sana orientación de mejoramiento industrial, sino dentro de la más abyecta de las esclavitudes a que pueda condenarse a un pueblo".

Desgraciadamente, amigo mío, no es Bolivia el único país sometido.

Hace pocos días, declinando una invitación, dije que no podía ser huésped del Gobierno de Panamá, que acababa de solicitar y obtener la fuerza armada de EE. UU. para reprimir un movimiento popular, justificando así el imperialismo yanqui y convirtiendo a su país en una colonia. Cuba se lamenta bajo el peso abrumador de la enmienda Platt, que autoriza la intervención estadounidense. Haití, ocupado militarmente por EE. UU., carece en absoluto de libertad. Santo Domingo vio destruida su independencia por los marinos del Norte, so pretexto de que se había violado el Art. 3º del tratado de 1907, por el cual se comprometía a no aumentar la deuda pública sin previo acuerdo de EE. UU. Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Honduras, son simples colonias sometidas al imperialismo de la "United Fruit Co". Las finanzas de Colombia y el Ecuador están manejadas por EE. UU. En el Perú un consejero financiero dirige la política fiscal. Venezuela sufre una torpe dictadura sostenida por EE. UU. México sigue presionado por su poderoso vecino, que pretende apropiarse del petróleo.

He dicho antes de ahora que la clase privilegiada de EE. UU., cuya potencia económica es extraordinaria, ha transformado el gobierno de la democracia en instrumento de los grandes sindicatos capitalistas. Ahora bien, frente al peligro del imperialismo yanqui que invade a Iberoamérica, deben ser solidarias las repúblicas hermanas. El pacto de fraternidad auspiciado por la Unión Latino-Americana, que tengo el honor de presidir, es la afirmación de nuestra unidad, muy distinto del panamericanismo, que es fruto de la política imperialista del capitalismo yanqui, contra la cual han levantado ya su voz los estudiantes de nuestra América. Con una visión exacta de la gravedad de la hora, ellos aspiran a desenvolver una nueva conciencia de los intereses nacionales y continentales como

fase preliminar de una compenetración política, económica y moral, progresiva, que encamine a estos pueblos hacia una Confederación. Repudian toda política financiera que limite la soberanía nacional o comprometa la independencia de los pueblos y especialmente la contratación de empréstitos que consientan o justifiquen la intervención coercitiva de estados capitalistas extranjeros en la política de la América Latina.

Nada podemos esperar de EE. UU. El exclusivismo racial en primer término y después el utilitarismo militante, transformado, en lo internacional, en imperialismo, ha creado en derredor de EE. UU. una cantidad de fuerzas e intereses más poderosos ya que la buena voluntad de los hombres idealistas, y arrastran a ese país hacia el mismo círculo de antagonismos y de implacables codicias en que se debate Europa, cuya política internacional, como la del mundo todo, gira hoy, en buena parte, bajo la influencia del poder norteamericano.

En esa situación de predominio mundial de que gozan hoy los EE. UU., junto al fraccionamiento inerte y pasivo de la América Latina, el panamericanismo, si estuviese auspiciado por nosotros, tendría el carácter de la imploración de una limosna de consideración y respeto, que probablemente nos sería negada con el desaire y la humillación consiguientes que para nosotros representaría; o se nos concedería a buena cuenta, colocándonos de hecho en situación de subalterinidad, que conduciría a una dependencia y absorción inevitables.

Así, pues, para nosotros, la tarea más urgente, en mi concepto, consiste en la constitución de una sola entidad iberoamericana, que represente una fuerza y un prestigio capaces de hacer triunfar, aún frente a la misma norteamericana, la política idealista de solidaridad y colaboración humanas, en contra del darwinismo social, que ha fracasado en Europa y que reproduce EE. UU., aún con mayor intensidad.

Esa es, concretamente, en mi sentir, la única esperanza de reacción y de renovación que se conserva latente todavía. Para su realización será menester combatir nuestra inercia, combatir nuestros vicios, y para ello tengo fé en la juventud de la cual es Ud. alto exponente.

Es éste el problema fundamental de todo Ibero América, que ha de resolver, si quiere cumplir su destino.

Adentrando, ahora, en el corazón de algunos de los países hermanos, observamos graves cuestiones, que las "fracciones políticas" descuidan con ignorancia o mala fe y que la juventud agita. Es una de ellas, el problema del indio, "problema básico del país del altiplano", como lo llama Ud. acertadamente.

Hombre de bronce, inmutable y grave que constituye la mayor parte de la población de Bolivia, que trabaja en la montaña para arrancar el mineral de las galerías recónditas, o en los campos acaparados por los latifundistas, y que en La Paz, en Oruro, en la meseta, es arriero, hortelano, "pongo". Siempre explotado por la voracidad de sus patrones, que ven en él un ser abyecto. Y es un "ciudadano" de la República...

Los conquistadores le hicieron esclavo y la República no le ha libertado.

Es cierto que los Congresos han dictado leyes para hacer más humano su trabajo, pero esas leyes no se cumplen.

Exactamente como en la Colonia. El Consejo de Indias tuvo un sentimiento de responsabilidad histórica que faltó al conquistador ávido de riqueza. Los indios fueron repartidos como botín. Se daban los pueblos a título de encomienda. Solórzano habla de un "derecho concedido por merced real a los beneméritos de las indias para percibir y cobrar por sí, los tributos de los aborígenes que se les encomendaren por su vida y la de sus herederos, conforme a la ley de sucesión, con cargo de cuidar del bien de los indios en lo espiritual y en lo temporal y de habitar y defender las provincias donde fuesen encomenderos y hacer cumplir todo esto, omenaje o juramento particular". "Pero, los indios, decía la ley, no quedan por esclavos ni aún por vasallos de los encomenderos y sólo reconocen al Rey por señor, como los demás españoles". "No se encomiendan los indios, sino sus tributos", agregaba con energía el precepto legal.

Hago notar que fué para América que se legisló, por primera vez en el mundo, sobre la jornada de ocho horas. Fué bajo el reinado de Felipe II, sombrío monarca absoluto, que la Recopilación de Indias defendió a los aborígenes de la larga jornada, en la ley VI, Tit. VI, libro III. Esta disposición fué dictada, rigiendo ya el descanso dominical y absoluto y la jornada de siete horas para los mineros. Era una preocupación constante de los hombres que legislaban para América, la salud del indio. "Encargamos, decía la ley, a todas nuestras justicias, la buena y cuidadosa cura de los indios enfermos que adolecieren en ocupación de las labores y trabajos, ora sean de mita o repartimiento, de forma que tengan el socorro de medicina y regalos necesarios, sobre que atenderán con mucha vigilancia".

Desgraciadamente, las leyes eran letra muerta en la Colonia. El indio llevaba una vida miserable, explotado por la sordidez y la avaricia de los señores. El tributo, la mita, el yanaconazgo pesaban como una lápida sobre la pobre raza vencida. Juan Agustín García en "La Ciudad Indiana" sostiene que el régimen de la encomienda importaba la restauración del feudalismo y del antiguo siervo de la gleba.

La Revolución proscribió el privilegio brutal. Los gobiernos republicanos dictaron leyes en favor del indio, pero el indio sigue siendo esclavo en las minas, en los campos y en las ciudades. Ud. aboga, noblemente, por la redención del aborigen: "hay que librarlo de la esclavitud integral a que está condenado". Esa liberación será la obra de las nuevas generaciones, que realizarán la revolución con un contenido social.

La burguesía capitalista que explota al indio, dice que no es posible redimirlo, porque se trata de un ser abyecto y postrado. Franz Tamayo ha escrito un libro interesante, donde demuestra el error de los que consideran estúpido al indio boliviano. "Su inteligencia limitada y no desenvuelta, dice, ofrece, sin embargo, innegables condiciones de superioridad, en lo que llamaríamos la calidad del pensamiento. El indio sabe pocas cosas, pero lo que sabe lo sabe mejor que nadie; hay que despertar su inteligencia".

El profesor belga Rouma, que dirigió la instrucción pública en Bolivia, afirma que el indio no tiene una inteligencia inferior; de lo que adolece hasta ahora es de medio propicio para desarrollar sus facultades; el idioma nativo constituye un obstáculo para su emancipación intelectual.

Pero, la gran verdad, es que el indio puede enseñarle moral al blanco.

"Existe,—dice Tamayo, que dedica muchas páginas de su libro, citando hechos para demostrarlo,—existe un comercio anual entre Yungas y La Paz, de más de veinte millones de bolivianos de cambio y recambio, y los porteadores de esta considerable mercadería son exclusivamente indios, en una región desnuda de toda vigilancia policiaria, al través de bosques y en cañados salvajes y desiertos, y el contrato de partes se hace sin una pulgada de papel que lo garantice, sin un gendarme que lo resguarde; y los 20 millones de mercaderías se mueven sin más amparo ni mayor garantía que la palabra grave y simple del indio analfabeto!"

En México, la camarilla de los "científicos" que rodeaban al tirano, también creyó, o simuló creer, que el indio constituía una casta irredimible. Esclavo durante la conquista, esclavo después de la independencia, permanecía esclavo aún durante la dictadura de Porfirio Díaz.

Salvador Alvarado, que hizo la revolución social en Yucatán, me refería, en México, que los amos tenían hasta el "derecho de perna"

La revolución de Madero, en 1910, inició la nueva era. Emiliano Zapata, considerado como el apóstol del agrarismo, encabezó después a las masas de indios campesinos hambrientos, al grito eterno de "¡Tierra y Libertad!" Eran una fuerza natural, avasalladora, que demostraba la fatalidad de la revolución.

Las tierras habían sido, acaparadas; era menester entregarlas al productor. La Constitución de Querétaro extingue de pleno derecho las deudas que por razón de trabajo habían contraído los obreros; abolviendo así la esclavitud. Se dispone después que la nación tendrá en todo tiempo el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público, así como el de regular el aprovechamiento de los elementos naturales susceptibles de apropiación, para hacer una distribución equitativa de la riqueza pública y para cuidar de su conservación. Y así se fraccionan los latifundios. A los pueblos, rancherías y comunidades que carecían de tierras y aguas, se las dotó de ellas, tomándolas de las propiedades inmediatas, respetando siempre la pequeña propiedad.

Y para arraigar este nuevo estado social, Felipe Carrillo Puerto, el mártir del socialismo, a quien me ligó una amistad, fraternal, ordenó en Yucatán, que la cultura política que se impartiera en las escuelas no se concretara a la explicación del mecanismo de los poderes públicos y a la exposición de los derechos y prerrogativas del ciudadano, sino que abrazara también el conocimiento de las reglas de bienestar social contenidas en el artículo 123 de la Constitución, y la noción moral, contenida en el artículo 27, de que la propiedad privada debe, reprimirse cada vez que ataque a la sociedad.

Todo esto, junto con la acción cultural desarrollada magistralmente en toda la República, por el Licenciado Vasconcelos.

La revolución mexicana tiene su fundamento más firme en el régimen social y económico de los aztecas y los mayas.

Antes de la conquista no había entre los indios propiedad rural individual. El calpulli era la unidad primaria en la sociedad de los aztecas. Se repartían los lotes de tierra entre las familias del pueblo y se entregaba la administración del calpulli a un consejo de ancianos. El calpolec designado por el Consejo vigilaba el reparto de las tierras y los graneros del clan. Muchos siglos antes que los revolucionarios rusos, los aztecas habían consagrado el principio de Pablo de Tarcia, apóstol de los gentiles: "El que no trabaja, no come".

El ejemplo de México debe ser seguido por Bolivia y Perú.

Dice Ud., con razón, que la civilización indígena de estos países, segada por la conquista, revela la existencia de valores superiores en el mundo del espíritu. Así como la primitiva agrupación de los aztecas y de los mayas, fué un factor favorable para la revolución mexicana, la organización social de los incas puede servir de base a Bolivia, para la transformación, que ha de redimir al indio.

Los habitantes del Tahuantisuyo tenían un espíritu de solidaridad extraordinaria y realizaron instituciones admirables. Admitieron la propiedad colectiva de la tierra y socializaron el trabajo y la riqueza.

El "ayllu" de los incas corresponde al "calpulli" de los aztecas.

Para la distribución de la tierra, servía de base la familia. A cada padre de familia se daba un topu; por cada hijo que nacía, se entregaba otro y sólo la mitad por cada hija. Esta propiedad era inalienable y a la muerte del poseedor, volvía a la comunidad para ser distribuida de acuerdo a las necesidades de la familia.

Aún existen las comunidades de indios. "Ellas son el contrapeso del caciquismo semifeudal que sigue imperando en nuestras sierras", dice el Dr. Villarón. Y García Calderón agrega: "Es necesario dar una gran libertad a las comunidades indígenas, a su régimen de colectivismo agrario".

Para la transformación social que Ud. auspicia, esas comunidades tienen verdadera importancia y no deben ser descuidadas en el plan económico.

Si no temiera abusar de su benevolencia, me referiría al plan cultural que Ud. acepta y acaso anotara algunas observaciones más, pero es ya demasiado larga esta carta.

Acepte mis felicitaciones por su libro y créame su amigo afectísimo que le estrecha cordialmente la mano.

ALFREDO L. PALACIOS

Buenos Aires, enero de 1926.

CON EL OJO IZQUIERDO (MIRANDO A BOLIVIA)

"Y nunca, ni joven, ni viejo, tuvo la hipocresía de ser imparcial, ya que sinceramente no puede serlo ningún hombre que tiene principios e ideales. Sólo puede pedirse que sea imparcial a un autor de manuales didácticos." — José Ingenieros. "Emile Boutroix".

CAPITULO I

POR QUE FUI A BOLIVIA

"Es usted el mensajero de la juventud de Bolivia", díjome Enrique Baldivieso, el presidente de la Federación Universitaria, cuando el tren me arrancaba de La Paz. "Cuenta lo que ha visto, que ello basta", añadió, sintetizando en esa frase todo el dolor y la esperanza de una generación. Partió la locomotora y ví agitarse, trémulas, las manos de los obreros y estudiantes de Bolivia, como signos que saludan al porvenir...

Ahora cumplo mi deber. Y al hacerlo, quiero evocar a los distantes compañeros: a ese gran espíritu que es Julio Alvarado — a quien, así, pago una vieja deuda epistolar —, a los muchachos de la Federación Universitaria, a los del grupo "Claridad", a los editores de "La Raza" y a los obreros organizados del país hermano.



Recuerdo, con desencanto, que cuando el centenario de Ayacucho no hubo en Lima una voz que sintetizase el pensamiento de las nuevas generaciones latinoamericanas. No hubo ni siquiera un defensor del gárrulo y extendido liberalismo democrático, tan mal tratado en el Perú por los escarceos fascio-porfiristas del régimen allí imperante. La muelle protesta de algún profesor universitario fué sólo complemento de un distinto objetivo original.

Faltaron los realmente esperados, los que pudieron ratificar una solidaridad ideológica internacional, los que pudieron alentar a la juventud peruana en una campaña que ya cuesta la prisión de incontables estudiantes, el destierro de muchos y aún la muerte de un Edwin Elmore, de un Manuel Alarcón, de un Salomón Ponce y de un Delfín Lévano.

En el centenario de la independencia política de Bolivia ocurriría lo mismo. Nadie quería ir hasta La Paz, apoyándose en el fácil pretexto de la dictadura de Saavedra. No se puede participar en festejos que son organizados por un gobierno tiránico, se decía. Como si la simple coincidencia de lugar involucrase una solidaridad absoluta, como si el accidente minúsculo que Saavedra significa en el curso de los años, pudiese desnaturalizar el sentido simbólico de la conmemoración; sentido simbólico generado por muchos lustros de desarro-

llo cultural, intangibles a la acción de cualquier presidentillo de opereta. Es cierto que había tiranía, pero es cierto también que había centenario. Y, precisamente, ambas circunstancias, determinaban una oportunidad única para reemplazar o continuar, con similitudes históricas, el anhelo de libertad que impulsó la gesta de nuestra emancipación política.

Creo que no se compromete la autonomía mental y moral por la simple cercanía de un dictador. Al contrario, debe acrecentarse. Conviene medir a los hombres ante el peligro o el sacrificio. Quien tema callar por pavor debe quedarse en la tibieza del hogar escribiendo cartas o discursos inocentemente comprometedores. Aquel que crea que las posibles atenciones de un gobierno, pueden captar sus simpatías y devoción, hace bien en seguir fingiendo barata bohemia en la ciudad pacífica o tentadora. Porque el peligro desnuda y la tentación succiona. Y a los revolucionarios de mentirijillas o de cafetín, les conviene paz, mimo y comodidad.

Que no se sostenga que el valor consiste en cruzarse de brazos, para decir desde muy lejos, lo que puede decirse dentro, casi escociendo las orejas del déspota a quien se combate. El deber se cumple, aún arriesgando la vida. Había obligación de ir a alentar a esa muchachada de Bolivia, que en pleno centenario era diezmada a sablazos; había que testimoniar, fijando su sentido, la solidaridad latinoamericana. Por eso fuí.

El mérito personal que me faltaba estaba suplido con creces por la calidad de mi representación. Llevaba la voz de los estudiantes del Perú, de la Federación Universitaria de La Plata y de distintos centros estudiantiles de la Argentina.

Además, y desde un punto de vista subjetivo, mi vida en Buenos Aires, la ciudad estridente y multánime, se desenvolvía monocorde y municipalmente. Una nostalgia obsesionante de anteriores épocas de lucha se había venido apoderando de mi ánimo.

Es cierto que disfrutaba de afectos y de paz en la gran capital del Plata, pero una diferente manera de concebir la acción, me distanciaba espiritualmente de los amigos cotidianos y especialmente del gremio estudiantil.

Ya había vagado doce meses por las casas universitarias y había trabado amistad, cierto que sin criterio selectivo, con los compañeros del aula. Había presenciado briosos entusiasmos deportivos, apasionadas luchas personalistas, heroicas investigaciones de lo secundario y accesorio.

Alguna vez un robusto descendiente de italianos, que me dispensaba un afecto físicamente protector, sondeó minuciosamente mis recuerdos—ya en tren de confidencias—en afanosa curiosidad sobre los campeonatos de box en el Perú. Otra tarde me torturó implacablemente un problema de “herencia en tercer grado” que me planteó un aguileño muchacho de dorados espejuelos, almibarado y libresco. Y otra vez, en cierta clase, un viejo profesor, afirmó que me “salía del curso” porque, a propósito de autonomía jurídica hablé del orden social. La vida en sus aspectos fundamentales estaba ausente de esas discusiones. Aquello me aburría.

Cuando me acoplé a los núcleos afines a mi modo de pensar, hallé milagros de cultura, verdaderos ejemplos de paciencia. Pero todos hablaban detrás de ese vidrio al que se refiere Ortega y Gasset

en sus comentarios filosóficos. Un individualismo intelectual — honrado pero ineficiente — los distanciaba de la acción colectiva. Acaso hay más impulso renovador en los profesores que en los alumnos. Así tenemos el contraste de los Palacios, Sánchez Viamonte, Sáenz, González, Sanguinetti y otros, frente a la ciencia insabora de tanto centro estudiantil aletargado.

Aprecio más el dinamismo que la erudición. Creo que las grandes obras demandan impulsos calientes y exaltados y no la fría disección analizadora de los gabinetes. El academicismo es un lento suicidio del carácter. Algo de esto insinúa Unamuno, el sabio viejo tempestuoso, cuando habla de "la gran barbaridad".

Este cúmulo de circunstancias ha subalternizado el ambiente y la orientación del estudiantado del Plata. Ni culpo ni disculpo. Este descenso, después del movimiento inicial que cumplió la vidente generación del 18, obedece a muchos factores que no es del caso descubrir.

Sólo quiero plantear mi problema, exceptuando de mis críticas a varios amigos dilectos y algunas instituciones de izquierda. Sería injusto si omitiese el esfuerzo, por mil motivos encomiable, que realizan los directores de las principales publicaciones universitarias: "Renovación", "Sagitario", "El Universitario", "Córdoba", "Acción Universitaria" y alguna otra de aparición intermitente, que viven por encima del medio, reflejando un dinamismo extraño al ambiente.

Diré, pues, para concluir, que la agitación ideológica es reducida en extensión aunque valiosa en calidad, pero que únicamente se vierte en el folleto, en el periódico o en la lírica declaración con-

vencional. Al movimiento le falta hondura. Es un árbol elegante y frondoso, de bellas promesas de fruto, pero que carece de raíz. De no adentrarse en la tierra, vale decir, penetrar en la masa, cualquier vendaval demagógico, de izquierda o derecha, puede derribarlo fácilmente. Por ahora parece asegurada la placidez de su vida tranquila, pues los entusiasmos deportivos, las comedias de salón, las matinés de beneficio, son simples auras que no turban su pausada fecundación.

CAPITULO II

CAMINO A LAS SIERRAS BOLIVIANAS

Puede parecer superflua la descripción del viaje, en estas crónicas, inspiradas por curiosidad social y no por el pueril hurgar de los turistas; más para comprender el problema boliviano, hay que tener presente de continuo la forma de su territorio. Los hombres de la costa, subconscientemente, tenemos una visión ancha del suelo americano y la imaginativa evocación de la montaña no basta para pulsar la trascendencia de las dificultades que origina.

Hay que trepar a las cumbres, tiritar el frío de las punas, sentir las dificultades de respiración, allá, muy alto, donde el ferrocarril asciende tras un jadeo titánico; hay que ver el complejo macizo de los Andes, enroscado y soberbio, levantando montañas al designio del hombre.

El paisaje boliviano tiene proporciones dantescas. Hoscas moles escarpadas, en larga cadena que engarzan faldas áridas y secas, breves hondonadas frías e insalubres; altiplanicies estrechas, improductivas y abandonadas; todos los desniveles geológicos agrupados y amenazantes, como si una convulsión sísmica los hubiese detenido de pronto, para reiniciar algún día un bailoteo fantástico y gigantesco de cumbres y de abismos.

Al dejar atrás la próspera campiña argentina, donde Santa Fe y Tucumán multiplican el verdor

de una vegetación lujuriosa, el plano comienza a ascender y el paisaje varía rápidamente. El ferrocarril escala, perezoso, la pendiente, en demanda de un conglomerado de picachos, que se dibujan borrosos en el límite visual, como reunidos al conjuro de algún propósito inexcrutable.

Los campos cultivados desaparecen poco a poco, reduciendo su extensión y colorido. Los varones enjutos de la pampa ya no miran nuestro tren, desdeñosos en su grandeza de gauchos quijotesco. En las terrosas y convencionales estaciones sólo hay gentes con rasgos raciales atravesados y cierta inexpresiva tristeza en la mirada.

Llegamos a la Quiaca e inmediatamente penetramos en territorio boliviano, por esta parte especialmente escarpado y montuoso.

Conviene advertir que hay dos regiones antitéticas. La zona oriental, que es de terrenos bajos, extensos, y la meseta, o el altiplano propiamente dicho, por donde corre el tren a Buenos Aires y dentro de la cual están las más importantes poblaciones y los núcleos más activos de la vida comercial.

Al cruzar la línea fronteriza — un arroyo cenagoso y palúdico — la locomotora juzga oportuno exteriorizar su emoción con largos toques de silbato. Los pasajeros de primera se descubren y hay algún viva incoloro de un boy scout entusiasta.

Estamos en el paradero fronterizo de Villazón. Aduana, policía, movimiento de equipajes. El jefe de la estación me hace llamar a su despacho. Es una pieza oscura, de paredes mal pintadas y mueblería exigua. Sobre el escritorio central se yergue un cuadro dorado del presidente Saavedra, cargado el pecho de medallas. Paralelamente, en marco

CAMINO A LAS SIERRAS BOLIVIANAS

repujado, asoma su cara macilenta y borrosa, la imagen de un San José anémico.

Parece que el ministro peruano en La Paz no quiere que yo ingrese a Bolivia. Soy un hombre indiscreto que puede rasgar el velo que oculta lo que pasa en el Perú. El jefe—¡cuarenta años de oficina!—considera la calidad de mis mandantes. Sospecha algo de protocolo, pero sabe mucho más de cumplimiento de órdenes. Está en un conflicto. Tras nerviosas consultas telegráficas, en atención a que viajo en el convoy del ministro argentino, se me concede el paso libre.

Iniciamos la marcha. La locomotora avanza con precauciones de señorita calzada estrechamente. Los rieles vibran, tiemblan, parecen desarmarse bajo el peso de tantos vagones. En una curva es necesario dividir el tren para poder proseguir. El terraplén se desmorona lentamente; los empleados del convoy avizoran nerviosos, los ingenieros aconsejan al maquinista; estamos en el sector de los descarrilamientos. Cada semana se producen dos o tres. Hace tiempo que la vía está terminada, según la "Ulen Contracting Co.", pero, evidentemente, aquello es provisorio. Me explican que hay un contrato típicamente yanqui — el cual exhibiré más adelante —, que es el causante de tanta zozobra.

Se inicia un serpenteo inacabable. Estamos a 4.000 metros sobre el nivel del mar y atravesamos innumerables pequeñas planicies semicultivadas, donde los alfalfares y el pasto, intentan remedar una vegetación floreciente. La región se llama Mojo.

El paisaje ha cambiado por completo. En las sucias estaciones pululan indios e indias, vestidos de colorines, con galeritas de paja relucientes sobre las cabezas desgreñadas, pero con la expresión in-

definible de una raza encerrada dentro de su tristeza. Contrasta el decorativismo de sus trajes con la inmutabilidad dolorosa de sus rostros. Parecen las figuras fantochescas de un trágico carnaval.

A los lados de la vía van sucediéndose plantíos raquíuticos, animales jibosos, casas de barro, pardas, con el pardo color de la montaña, como emergidas de la tierra, sin la nota alegre de algún color vivo, casas que a la distancia se disuelven transformándose en incoloras, difuminadas. Son las "chozas" del indio arrinconado, que, cuando no pueda construir las, habrá de contentarse con morder la roca para hacer allí su cueva troglodítica. Los campesinos miran el tren indiferentes, hieráticos, como adormecidos por algún conjuro mágico.

En alguna loma se recorta sobre el azul del horizonte, la grácil figura de una llama, nerviosa y femenil en su actitud, avizores los ojos, erguido el cuello, pronta a la huída veloz. A su vera, un pastorcillo se apoya en una caña, mirando el convoy con el asombro y la envidia de quien jamás supo la doméstica e ingenua felicidad del juguete en la niñez.

Quisiera ver concluirse esa miseria, ese abandono, esa patente esclavitud de los hombres y esa penetrante tristeza del paisaje. Pero así es Mojo y así es Bolivia. Y Mojo no se acaba porque es más grande que muchas repúblicas europeas.

Mojo es un latifundio del señor Escalier. El señor Escalier es el más formidable opositor del señor Saavedra. Parece que le acusa como autor de la ausencia de libertad, de la desorbitación constitucional, de la falsedad del sufragio, del fracaso del parlamentarismo. Ciertamente es que el señor Escalier es un patrón de tipo feudal. Ciertamente es que obli-

ga a trabajar a los indios, en sus propiedades, bajo amenaza. Ciertamente es que vende su pasto a precios usurarios y que cuando algún animal ajeno empujado por el hambre, cae en sus dominios, el señor Escalier cobra una multa mayor que el precio del cautivo, lo cual es una forma indirecta de robar. Ciertamente es que ni hay ley que lo establezca ni ley que rija en sus tierras, sino la suya, que es la del embudo, siempre defendida por fusiles y pistolas.

Pero ello no obsta para que el dueño y señor de Mojo y de los mojenses llame tirano al señor Saavedra conforme a los tratados del Derecho Constitucional. El señor Escalier es demócrata, es liberal, partidario de la justicia. Así lo ha repetido en manifiestos conceptuosos, impresos en satinado papel, orlados con los colores bolivianos, que escribe allá en Buenos Aires, en un plácido gabinete de su lujosa residencia de la Avenida Alvear.

Al paso de la locomotora ha salido un indio de su cabaña. Viste de gris burda casaca, pantalones a media pierna, abiertos a los costados en su extremo inferior; tiene un gorro de lana en la cabeza, lleva desnudas las fuertes pantorrillas y calza burdas pantuflas de cuero de cabra.

Es uno de los dos millones de indios que pueblan Bolivia y que a pesar de la independencia y del "siglo de la Libertad" están condenados a vivir miserablemente encadenados a un señor Escalier agricultor o a un señor Patiño minero. Cada uno de ellos resume, en una trágica síntesis de dolor, el problema básico del país del altiplano.

Hijos de una raza buena y mansa, que cultivó el amor humano como fuente de todas sus formas sociales, fueron sorprendidos, a mitad de su pro-

ceso cultural, por el trabuco dominador de los aventureros ibéricos. Vieron hundirse su imperio, con angustiada impotencia. La pólvora derrotó a la honda y a la flecha, la coraza al valiente pecho desnudo, la agilidad del caballo brioso al ritmo grácil de la llama inocentona. Y en lugar del emperador paternal, rigiólos el colonizador brutal y sanguinario, el cura hipócrita y succionador, el encomendero explotador y voraz.

El indio se abismó en su desesperanza. Encaracolado y arisco, asistió indiferente al comediaje republicano. Los clarines de ejércitos criollos cantaron un himno de libertad, en tanto que persistía el ronco arrastrar de sus seculares cadenas de opresión.

Allí está, inmutable y grave, como sus padres y como sus abuelos, mirándonos con reserva indecifrabable. Sus labios sonríen, pero en sus ojos flota el velo de un drama interior. Ese hombre se refugia en sus recuerdos. Suspira melancólico, añorando la paz de los tiempos pretéritos, cuando la raza de bronce vivía sin zozobras, sin penurias, dulcemente.

Ve pasar nuestro ferrocarril... El señor Saavedra, con fuerza gráfica, lo ha descrito como "el progreso que avanza". Sostuvo — una tarde, en el semicírculo de banquetas giratorias que se llama el Parlamento — que la ferrovía significaba la solución integral de los problemas bolivianos. Aunque el indio no lee al señor Saavedra, porque no le dieron escuelas, porque no tuvo tiempo para estudiar, intuyo que disiente de esa opinión, plausiblemente retórica por lo demás.

El indio sólo sabe que el ferrocarril raja su vivienda, que lo desplaza de las zonas que atraviesa, que valoriza su tierra para determinar, de inmedia-

to, la expoliación por el mestizo. El no deja de trabajar desde el alba hasta el crepúsculo; no percibe salarios mayores. En tanto los productos del patrón se exportan con economía y con ventajas, se multiplican los lujos europeos de la "hacienda", y, por consecuencia, las mallas del círculo de hierro que lo asfixian son cada día más fuertes, cada vez más sólidas.

Ante su dolor y su esclavitud milenaria, ¿qué problema resuelve esa locomotora obesa, cuyo penacho de humo dibuja una sinuosa raya negra desde Buenos Aires a La Paz?

En las cercanías de la estación hay una fiesta. Un grupo de indios ha trepado a una altura y derrama sus alegrías fugaces en los bailes y el alcohol. Al sonsonete de una música monótona, danzan, girando, enlazados de las manos, mientras los viejos palmean a compás. Me enteran de que se están celebrando los 21 años — título de ciudadanía — de algún mozo cobrizo.

Según el democrático registro electoral, desde ese día, el padrón cuenta una unidad más. ¿Pesará a favor de la política liberal o de la política republicana? Eso lo sabe el señor Escalier. Porque ese indio, que allí nació y que allí vive, allí morirá sujeto al dominio de su señor feudal.

Y aunque fuera libre, ¿podría confiar su salvación a alguna de las fracciones de la política criolla, egoísta y burocrática?

Salimos de Mojo y el camino sigue, más o menos, lo mismo. El fin de la jornada del día está lejos, en una ciudad que se esconde tras del horizonte, allá, donde las nubes decapitan las montañas.

CAPÍTULO III

TUPIZA

Estamos en Tupiza y son las siete de una noche sin estrellas. A la llegada nos reciben en la estación. Guirnalda de papel y farolitos prendidos a las puntas de varas cimbreantes hacen calle a los pasajeros hasta el salón de primera clase. La autoridad política, en un discurso tortuoso, pronunciado con engolada voz, dice que "la ciudad está vibrante de emoción por las fiestas del centenario".

Se inicia el desfile y el orador, un mestizo robusto, con una extraordinaria esquizofrenia en la mirada, señala el camino con un látigo borlado y jugueteo. Lo rodean una docena de adláteres, de conversación escurridiza, prontos al aplauso y al ditirambo, productos de esa híbrida pasta social que rodea siempre a los poderosos.

Para ir hacia el centro de la ciudad debemos atravesar una callejuela sucia y oscura, con penetrante olor de humores animales, sin veredas ni pavimento, dividida por mitad con un desenfadado arroyuelo de excrementos humanos. "Es el barrio indígena", nos dice un municipal, cuya solapa está acibillada de banderitas y que siente por oleadas la emoción del patriotismo.

Efectivamente, las casas son de barro, equívocamente verticales, de puertas y ventanas estrechas, al estilo aborígen. Alguna rajadura deja ver

el interior misérrimo, mientras del techo de paja se derraman las hojas secas que componen la cubierta.

“Es el barrio indígena” y por eso vemos que en el tope de las paredes, por las rendijas y por las puertecillas, asoman curiosos y deslumbrados, hombres y mujeres en silencio, malamente vestidos. ¿No comprenden esos indios que ya no hay españoles, que ahora son ciudadanos de la libre república de Bolivia? No lo sé. Allí están mudos y atónitos, contemplando a los extraños. No hay la “vibrante emoción” que dijera el hombrecillo del látigo policial.

Concluimos la travesía de ese arrabal y llegamos al centro de la ciudad que contrasta, detonantemente, con la zona indígena. Allí hay casas a la europea con amplios balcones, a los que asoman pulcras señoritas. Allí está la plaza principal, en cuya glorieta una banda de músicos toca, sin vocación, trozos de himnos americanos.

Contemplamos el vasto edificio del correo, el de la municipalidad, el de la gobernación, los bares y cafés. Hay una iglesia que es una mole, cuyas torres se pierden en las sombras de la noche. Se me ocurre que todos los indios de la ciudad, aquellos de las chozas destartalladas, podrían cobijarse allí en las épocas de lluvia, y dormir abrigados y tranquilos. Pero la iglesia, que es de la virgen de la Misericordia, está cerrada y sólo se abre para las misas y rosarios. Un cura grasiento ha trepado al campanario y sacude los badajos, tocando a rebato. Además, ha decorado el templo. Los santos empotrados en los nichos de la fachada, están envueltos en los colores bolivianos, en señal de festejo. No intuyo qué ventajas obtendrían estos místicos varones con el cambio de gobierno que de-

terminó la revolución de la independencia. Pero algo me hace sospechar aquel cura activísimo, que tan eficazmente colabora en el alborozo protocolar. Voy comprendiendo el discurso de recepción.

La población mestiza, bien comida y bien vestida, se agrupa en la plaza. El maestro de escuela, que debe ser el intelectual del pueblo, que usa melena y gasta antiparras de lector impenitente, ha subido a una banca. Improvisa, con esa entonación típica de las recitadoras de fin de curso escolar. Enlaza en su cerebro a los héroes patricios para presentarlos, en haz conmovedor, rápida y sucesivamente, a la consideración del auditorio. Dice que a ellos se debe esta "honrosa libertad nacional que rompió una esclavitud infamante". Cuando concluye esta frase, pronunciada con el énfasis indispensable de un párrafo final, la autoridad política chasquea el látigo, lanzando un "viva" que se propaga discorde para ir a morir en las últimas filas de mestizos, tras de las cuales los indios nos miran inmutables.

Acaba la escena y unos cuantos escogidos deben cenar en común. Después de las bebidas hay más discursos, versos, cantos y brindis alusivos. A pedido de un turista yanqui, que lleva un "book" de apuntes y "gemelos" de larga vista, dos gendarmes conducen a una pareja para que toquen sus quenás. Ante los invitados y criollos, que conversan y disputan destempladamente, los indios silban largamente, con los ojos entornados. El cura, hombre generoso, decide recompensarlos con un vaso de cerveza. **Acaba el banquete y hay que ir a la municipalidad, donde la sociedad ofrece un baile.**

Un rectángulo alfombrado de rojo, un escenario con banderas. Un piano valetudinario y una

cantina bien provista. Las tupiceñas llegan ricamente ataviadas y se baila incansablemente, mientras los indios sirven las viandas. Por las ventanas, otros aborígenes, con sus ponchos y sus mantas de colores, atisban estupefactos. Afuera, la policía disuelve a varazos a un grupo de curiosos, que no tiene cabida. En la vereda, en los umbrales de las puertas, las mujeres se acurrucan tiritando, a la espera de una oportunidad para ver bailar a los blancos.

En un interregno el suprefecto reincide en un discurso. Alto el brazo vacilante que sostiene la copa de champagne, amoratada la cara de emoción, el hombre desembucha un centenar de lugares comunes, para concluir gritando fieramente: "señores, viva la independencia de los bolivianos!". Las señoritas se quejan de los discursos y piden un foxtrot.

En la plaza principal ya no hay música. Un silencio de cementerio es turbado apenas por el viento que arranca las hojas de los frondosos árboles que la rodean. De vez en cuando, raudamente, una india moza corre con un cubo hacia la fuente, para llevar agua potable. Paseamos por los geométricos jardines, y topamos con un monumento que se yergue en su centro.

Es una estatua de don Avelino Aramayo. Tupiza es la ciudad más cercana de las minas de bismuto. El señor Aramayo es el más grande propietario de la región. Sus propiedades se extienden por las planicies y por las montañas, se adentran en la tierra, horadando las rocas en busca del metal. En los negros socavones de sus minas, miles de obreros trabajan diez horas por un peso de jornal. El señor Aramayo es rico y poderoso, ha acumula-

do millones, luego, es el hombre más grande de la región y merece un monumento.

El escultor, obedeciendo a una instintiva ley implacable de interpretación, ha modelado al señor Aramayo en una posición típica: está sentado sobre un sillón amplio, rebosante el abdomen, cargado de medallas. Por única inscripción el monumento lleva los nombres de las minas del rey del bismuto. Son nombres de mujeres y de héroes, que repletan las cuatro caras del tosco pedestal.

Me acompañan Juan Carlos Dávalos, el hondo poeta salteño y Florencio Mosquera Kelly, inteligente periodista bonaerense. Andamos, giróvagos, insensibles al gozo insincero del mestizo y adoloridos o exaltados por la triste situación del indio. Dávalos, alto, fornido, con la mirada cansina de un buey filósofo, enamorado del paisaje, es un hombre todo corazón. Tropezamos con una momia indígena. El poeta, entonces, despaciosamente, con una dulzura que denuncia treinta años de vida campestre, nos recita:

Bajo la blanda tierra del pucará desierto,
como un embrión parásito de la materna entraña,
sentado en sus talones, aguarda el indio muerto,
quizá el milagro de una palíngenesia extraña.
Como un sagrado huevo, la urna que lo encierra,
protegerá su momia, por siglos, hasta el día
en que los buenos dioses antiguos de la tierra
lo mezclen con el polvo fecondo en que dormía.
Y ha de cumplirse entonces el gran alumbramiento
la hora del retorno milenario que espera.
Sorbido por las venas de algún cardón sediento,
que abra sus blancas flores a un sol de primavera,
en un aroma errante se expandirá en el viento
su espíritu ya libre del ánfora grosera.

CAPITULO IV

PAGINAS DE INFIERNO

Aprovecho una tregua en el rodar incansable para hacer una visita a mi amigo Augusto Sauri, muchacho peruano que trabaja en una mina, a la cual por un sentido elemental de discreción, denominaré "San Antonio"

Es un compañero de colegio que, harto de la vida pacata y monaguil de la ciudad de los virreyes, salió un día cargado de optimismos y esperanzas a buscar aventuras en las tierras extranjeras. Pasó por Chile, Uruguay, Argentina y un azar de la vida lo arrinconó en uno de los yacimientos minerales de Bolivia, en calidad de ingeniero. Debo confesar que Sauri sabía de ciencias exactas, sólo aquellas nociones elementales que, combinadas con rosarios y misas cantadas, nos enseñaran los frailes jesuitas del Perú. Pero tenía en cambio, sobrante y rica, la audacia y la vivacidad del criollo.

Tras cuatro horas a caballo, por un camino que exige ochenta y tres vados de un río caprichoso, ascendiendo a cinco mil metros de altura, llego a la mina "San Antonio". Un cobertizo construído de hojas de molle, por cuyos intersticios se filtran la lluvia y el frío, hace las veces de casa común. Allí conviven mi amigo y cuarenta peones indígenas, sustraídos a la civilización, aislados de toda

noticia exterior, haciendo vida de ermitaños, que sólo turba la llegada de los víveres, cuando el patrón los tiene a bien mandar.

Son los hombres que horadan la montaña, a la búsqueda del plomo, obedientes a las órdenes del patrón yanqui. Ellos deben perseguir las vetas, romper las piedras, extraer el mineral, beneficiarlo y enviar, en caravanas animales, a través de las sierras, el metal codiciado. Para eso les paga el dueño rubio. En cambio éste, vivirá en la ciudad lejana, plácidamente, derrochando su fortuna en el juego y el alcohol, combinándose con sus congéneres para extender sus negocios, para hacer más amplia y más sólida esa malla que succiona los esfuerzos de los hombres y los productos de la naturaleza.

Y eso no es una injusticia. ¡Qué ha de serlo! Es un derecho que consagra el artículo tal del código de minas, el cual de la constitución del Estado y las disposiciones generales sobre el derecho incontrolado de la propiedad.

La mina "San Antonio" es de la compañía norteamericana "Pulacayo" que en Bolivia adopta ese nombre por disposiciones fiscales, así como en el Perú "Cerro de Pasco Copper Co", en Chile "El Teniente" y "Chuquicamata", en Colombia "The Colombia Silver", y en Argentina "The Belgium Company", pero dependientes todas de un gran sindicato con sede en Wall Street.

Parte de los indios se levanta a las 6 de la mañana para trabajar 12 horas, con un breve interregno, de 11 a 12, destinado a almorzar. El resto iniciará sus faenas al concluir el primer turno, laborando toda la noche, hasta el empalme con la primera fracción.

Muchos peones, por necesidades urgentes, ya del sindicato que tiene prisa en la explotación, a causa del alza del plomo, o ya por razones individuales, doblan su jornada, permaneciendo veinte y tres horas seguidas en acción continua.

Hay más de una disposición del Estado boliviano sobre salario mínimo, fijándolo en cuatro pesos y medio para los barreteros y en tres y medio para los peones. Pero en "San Antonio", como en todas las minas de la región, esas disposiciones son letra muerta. Cuando un indio las recuerda, es fácil sindicarlo como agitador y remitirlo preso a la ciudad. Los comisarios siempre están al servicio del sol que más calienta. La ignorancia o la imposibilidad material hacen morir en germen, cualquier intento de agremiación.

Están pues condenados a soportar las condiciones que el patrón imponga. Sus jornales varían alrededor de dos pesos y medio para el barretero y dos pesos para el peón. En cuanto a las mujeres y los niños, empleados para "chancar la piedra", esto es, separar a martillazos el mineral de las sustancias no valiosas, se les paga un peso de jornal.

Pero aquí no concluye la explotación. De sus salarios, los indios tienen que pagarse la comida, cuyo monopolio de venta ejerce el patrón en forma usuraria. Baste un ejemplo. El producto que más consume el indio es la coca, destinada como se sabe a amortiguar los efectos de la fatiga y el cansancio. Hay peón que consume media libra diaria. Pues bien, el tambor que, puesto en lugar de consumo, vale, más o menos, 60 pesos, produce, al mendeo, una suma no menor de ciento ochenta.

Además, interviene siempre la alquimia matemática del capataz, que en operaciones misterio-

sas, liquida, restando algunos pesos al trabajador. Los indios vienen a ser deudores sempiternos. Así no podrán retirarse. El jornal no les alcanza ni para comer.

Una ley boliviana determina que los socavones tengan un *mínimum* de un metro ochenta de alto, por un metro treinta de ancho, distanciándose entre sí por un espacio no menor de ocho metros, a fin de evitar, en lo posible, los hundimientos o derrumbes. Pero si la ley existe no existen quienes la cumplan ni quienes la hagan cumplir. Desvaída, al través de la filtración múltiple del ministro, el diputado, el prefecto y el gobernador, llega a los establecimientos minerales en toda su triste impotencia, irónicamente majestuosa, patentemente inútil.

La falda explotada de la mina "San Antonio", como la de "Llallagua", "Araca" u "Oploca", semejan cribas de agujeros angostos.

Decidimos entrar a la mina. Caminamos veinte metros de un túnel húmedo y lóbrego, y se abre a nuestros pies un primer negro canuto, que se pierde en las entrañas de la mina. Es el socavón que persigue a la veta madre, con vehemencias lujuriosas, torciéndose y replegándose hacia abajo, extra-yéndola y robándola, mientras ella, coqueta y femenil, se hunde y se esconde en el seno misterioso del subsuelo.

Los indios han descendido hasta su fondo, por frágiles escalerillas de sogas, o a saltos acrobáticos entre las piedras. Ahí están con su pico y su paleta, llevando en el cinto la dinamita, instrumento de alta y poderosa cirugía.

El agua de la destilación les cubre hasta la cintura, mientras nuevas gotas perezosas van decorán-

dolos de perlas grises. En el fondo tenebroso del cartucho la barreta roe las piedras, al compás sorrido de los martillazos, mientras los peones acompañan sus golpes con quejidos, cual en un suplicio de los círculos del Dante.

Doloridos y resignados, amortiguan sus penas, masticando la coca o entonando un silbido. En otras épocas eran alegres pastores, en verdes campiñas, de ágiles rebaños de llamas y huanacos. Pasaban los días bajo los rayos del sol, el Padre Inti, cruzando las praderas, en alegres coloquios con las zagalas, viviendo la dulzura de una vida virgiliana.

Pero vinieron los españoles barbudos de la conquista y el Potosí legendario azuzó la codicia. Los indios, mansos y resignados, hubieron de vivir trescientos años cavando la tierra, extrayendo el oro y la plata del subsuelo.

Más tarde — harán cien años —, otros blancos que decían ser criollos, los llevaron a las filas de un ejército para luchar por la independencia. El viejo abuelo les había referido que salieron victoriosos, que ya no habrían más trabucos chapetones. Eran ciudadanos de la República. Pero ellos habían visto a sus padres seguir la misma vida, contemplaron impasibles por impotentes, cómo les arrancaron sus tierras y sabían, por la dura experiencia propia, que, como en los tiempos virreinales, estaban condenados a trabajar eternamente en las minas o en los latifundios de los nuevos dueños.

Hacía pocos días, en una mina cercana, había muerto un peón. Los socavones, por causas de economía, carecían de los cuadros de madera que impiden los derrumbes, y una tarde, el terreno arcilloso cedió paso a una piedra de veinte toneladas que martilló para siempre al indígena. No se le po-

día dar sepultura porque aquello costaría mucha dinamita. Allí quedó, laminado, aplastado contra el suelo, como un símbolo de la situación de su raza. Sobre la piedra aquella, en los ratos de ocio, los ingenieros yanquis jugaban al póquer, cruzadas las piernas, hacia atrás los sombreros, la cachimba en la boca, ajenos a toda preocupación y a todo remordimiento.

Otras veces, los explosivos, mal preparados, habían hecho explosiones imprevistas destrozando a los peones. En alguna ocasión se produjo un hundimiento, inesperado pero previsible, que enterró vivos a varios indígenas. Esos eran accidentes diarios, "incidencias de la explotación". En la mina "Pulacayo", cuyo personal alcanza a tres mil hombres, desaparecen diariamente diez o doce obreros.

La legislación boliviana estatuye una indemnización de mil jornales de seis pesos por la muerte de un barretero y de mil de tres pesos por la de un peón. Pero siempre hay un comisario dócil que, por un puñado de dólares, "echa tierra" sobre el asunto. Al que protesta se le manda preso. Y si la autoridad no accede a la confabulación, ya habrá un ministro amigo o un diputado cómplice, que lo hagan renunciar.

Suman medio centenar de miles, los indios sujetos a esta esclavitud. ¿De qué alivio les sirven las leyes nominales y arremangadas, complejas y burocráticas, que, por excepción, dictan a su favor los mestizos gobernantes?

Vaga por esas regiones un yanqui, alto y fornido, ex boxeador, siempre a caballo, siempre con un mñuser y una browning en su montura. Y el hombre dice, con irónica verdad, que el fusil es su Código de Minas y la pistola su Resolución Suprema.

En el bolsillo, abultado y rico, lleva al Poder Legislativo.

Pero no sólo los extranjeros explotan al aborigen. En ese banquete de apetitos no pueden faltar la iglesia y la autoridad. Poco antes de las fiestas del centenario, se presentó en "San Antonio" el gobernador de la región, exigiendo que cada indio condujese a través del camino de los ochenta y tres vados, una carga de leña, calculada para un burro. Se trataba de hacer una fogata monstruo, que exteriorizase las alegrías de la conmemoración liberatoria.

Poco después, el cura, pidió un jornal como contribución para sostener su iglesia, amenazando con descargar las iras divinas, y sosteniendo que sólo el diezmo eclesiástico es argumento que conmueve a Dios.

Mi amigo, que tiene un concepto preciso de la justicia humana y de la misericordia celestial, rechazó ambos pedidos y ya está notificado de despedida, acusado de "bolsheviquismo".

Cae la tarde y hay que iniciar el regreso. Salen los indios de la mina, parpadeantes, y se tumban doloridos a la puerta del galpón. Se abren las "chuspas" de coca, mientras un indio viejo toca una quená y los peones. "acullucan", mirando al infinito.

Parece que supieran los efectos mortíferos del vegetal que es su vicio, y lo consumieran deseosos de una liberación extraterrenal. La hoja que vieron masticar a sus padres, representa, además de la tradición, un alivio integral. Las duras jornadas del trabajo, las vigiliass de la falta de alimentación, los esfuerzos extraordinarios, las tristezas

y los dolores parecen tener su consuelo en el consumir diario del tóxico narcotizante.

“Acullucan” los indios. Silba en su quena el hombre viejo. Mi amigo agita su sombrero. Y mientras desciendo hacia la ciudad, veo dibujadas sobre el azul del cielo, en el tope de la montaña, esas figuras, ya borrosas, de los trabajadores condenados a una explotación inhumana. Así viven cincuenta mil. En cambio, son felices Louxs, Patiño, Aramayo, los yanquis, los ingleses, los españoles, los turcos. Todos, todos, menos los indios.

El silbido penetrante de la quena me alcanza, aguzadoramente, rebotando en las laderas como una múltiple imprecación de dolor.

Abajo está la ciudad iluminada, las fogatas llameantes y el tropel de criollos que gritan “¡Viva la independencia, pues!”

CAPITULO V

HACIA LA PAZ

De Tupiza debemos ir hasta Uyuni, en seis horas de viaje, por las vías de la compañía norteamericana "Ulen Contracting Co.", compañía constructora y administradora del tramo sur del ferrocarril a Buenos Aires.

En Uyuni haremos un trasbordo inmediato a los coches de "The Bolivian Railway Co.", que administra la sección comprendida desde allí hasta La Paz. Ambas son compañías extranjeras, que conservan su extranjerismo hasta en la denominación mercantil. Ambas han obtenido contratos ventajosos del gobierno boliviano, votados tras grandes discursos parlamentarios, en los cuales relució el concepto mestizo del progreso, discursos de aquellos que no leyó ni comprendería el indio de Mojo.

Las dos sociedades guardan entre sí la animosidad y el rencor que se tienen los lobos al disputarse el festín, y extreman su mutua hostilidad hasta en los más nimios detalles.

El ministro argentino venía en un coche especial, puesto desde Tucumán, que corrió sin tropiezos por las vías de la "Ulen Contracting Co." hasta Uyuni. Pero ahí la "Bolivian Railway Co." creyó de su deber suscitar inconvenientes. Prescindiendo de las razones reglamentarias o legales, que no las hay, esgrimidas por las contrapartes, cabe destacar el imperio de que dieron muestra los anglosajones de la "Bolivian Railway Co."

La escena se desarrolla en una gris estación de madera. En el despacho de la jefatura hay un "míster" con botas de montar, las piernas cruzadas sobre el escritorio, como los yanquis del cinematógrafo. Fuma una pipa de olor penetrante, mientras ojea un número amarillento de alguna revista extranjera.

Afuera, una banda de música popular ensaya, sin éxito, la Marsellesa. Desciende la comitiva con más tierra en las ropas que entusiasmo en los espíritus. Las autoridades bolivianas piden audiencia, y el "míster", inmutable en sus gestos, los invita a pasar.

Hay necesidad de intérprete. El hombre no conoce el castellano. Alguien avisa que, al educarlo, olvidaron enseñarle el buen trato y los idiomas. Los bolivianos argumentan, invocando retóricas razones de confraternidad internacional. El "míster" tampoco conoce esas ideas. Sólo posee la ciencia del tanto por ciento y el espíritu de rivalidad con la empresa competidora. Pronuncia un nó, gutural y rotundo, y vuelve a sumergirse en la lectura de su hoja ilustrada.

Se forma un corro que discute y hace comentarios xenófobos. La algazara va en aumento. De pronto, el "míster" se yergue y manda retirar a todo el mundo. Ha dicho que nó y basta.

La comisión boliviana de recepción siente la afrenta. Se hacen consultas telegráficas a La Paz y vienen órdenes precisas, accediendo a la petición de libre paso para el convoy. Pero el administrador de la "Bolivian Railway Co." no reconoce más autoridad que su capricho, e insiste en su negativa. La desorientación aumenta. Un "monsieur" protesta por el atraso e increpa al culpable en voz

alta. El "míster" y el "monsieur" cambian razones, invocando ambos su perjuicio comercial; después cambian golpes. Tras largas horas de espera — ¡por fin! — se remite preso al obsecado y se acopla el coche ministerial.

En el comedor de primera hay vivas entusiasmas y brindis con cerveza, obsequiados por el francés, un jugoso y sonrosado francés, que chapurrea el español desde que negocia como empresario teatral. Después de las bebidas, hay discursos de los pasajeros patriotas. "La fraternidad internacional es un hecho", dicen.

El tren debe partir inmediatamente. En la boletería de la estación, los indios se apeñuscan para comprar pasajes. El conflicto los ha tenido en espera, bajo un sol despiadado, desde las doce del día hasta las cuatro de la tarde.

Arranca el convoy atestado de pasajeros. La "Bolivian Railway Co." ha expendido boletos para el triple de la capacidad efectiva del tren. Valijas, mantas, paquetes, cajas, todo se apila debajo, entre y sobre los asientos. Los pasajeros van unos contra otros. Un alegre grupo de estudiantes salteños decora la incomodidad con algunos chistes más o menos novedosos. En los coches de segunda hay un hacinamiento humano. La falta de agua y de lavabos, complica la situación hasta lo inverosímil. Aquello no es un tren, es un corral.

¡Oh, las ventajas de la administración sajona! ¡Se ha batido un "record" de entradas por venta de billetes!

Al día siguiente, a las tres de la tarde, debemos llegar a La Paz, y para conseguirlo hay que viajar toda la tarde y toda la noche, pero no hay camarotes más que para cuarenta escogidos. El

resto se tumba como puede, e intenta dormir. Grupos sueltos entonan cantos populares. Un campesino boliviano ensaya tristes canciones vernáculas, de música lúgubre y quejumbrosa, con un sonsonete amoroso. En un rincón, Juan Carlos Dávalos recita poesías de la tierra ante algunos románticos atentos. Unas señoritas que conversan sin oír, siempre aplauden al final y piden bis.

El tren se convierte en uno de esos oscuros y humosos cafés internacionales de los suburbios de las grandes ciudades. Viajan numerosos estudiantes, bolivianos, tucumanos, jujeños, rosarinos y salteños. Estos últimos constituyen el sindicato de la alegría. Son grandes compañeros de viaje, ayudan a todos, entretienen a todos.

En los vagones traseros hay silencio. Las mantas de colorines trepan por los asientos, ascienden hasta las rejillas. Hay atados que obstruyen el paso y hacen de camas. Hombres y mujeres, promiscuamente, viajan callados, masticando coca, bebiendo singani. Parecen presos dentro del ferrocarril europeo que avanza sin cesar.

Amanece. Un maestro de escuela tarijeño, que viene conduciendo a escolares de su ciudad, conversa conmigo. Le hablo de La Paz, inquiriéndole datos y el hombre se deshace en críticas. Me habla del centralismo de la capital, de los defectos individuales y colectivos de sus hombres, de las desventajas de su clima y de la incomodidad de sus calles en pendientes. Discute con calor y al conjuro del ruido y del tema, se acercan varios pasajeros. Todos asienten, hasta que el joven profesor inicia el elogio de Tarija, la ciudad sonriente, sede

de una región riquísima, la mejor de Bolivia, según él.

Hay disputas. Un orureño argumenta en contrario, atacando a la capital, pero defendiendo a su ciudad. Un potosino lo imita. De pronto, un señor, callado y grave, se levanta e inicia la apología y la defensa de Sucre, la capital histórica de Bolivia, donde el general criollo convocara al congreso que resolvió la independencia de las provincias del Alto Perú.

“Es la ciudad docta — nos dice — allí está el cerebro del país. La Paz tiene una capitalía condicional, a corto plazo, que adquirió sólo por latrocinio. De seguir esta situación intolerable — concluye amoratado por la ira — el sur boliviano pediría su anexión a la Argentina”.

Alguien me llama aparte y me refiere que el movimiento separatista es efectivo, que en varias regiones funcionan comités que propician esa idea.

La discusión toma caracteres álgidos, se argumenta con una energía impropia en gentes que no han dormido bien. Un colegial pálido, con magra figura de estampa católica, aprovecha un silencio para decir que no deben pelearse, que “todos son bolivianos”. Nadie le oye.

El sentimiento regionalista es fortísimo. Las ciudades de Bolivia mantienen rivalidades históricas. Se imputan mutuamente ocultos propósitos de hegemonía. Circulan chismes, historietas, anécdotas azuzadoras. Las montañas y la falta de vías de comunicación contribuyen a acentuar el localismo.

La hora del almuerzo ha llegado, suena un timbre imperativo, y los glotones inician un desban-de que se hace general.

Debemos llegar a La Paz dentro de breves horas. El ferrocarril, hace curvas abrazando a los cerros y a las laderas de los montes que rodean a la capital. Por fin llegamos a las cumbres que la dominan. Alguien divisa un monumento que se destaca sobre el azul del horizonte, en el más alto de los puntos del trayecto. Es una estatua al Corazón de Jesús.

Saavedra la hizo construir, a pedido de la clerecía boliviana, cuando ésta demostró las conveniencias de la protección divina, en una célebre campaña mística. Tras muchas colectas, hechas con codicia fanática, se erigió la estatua.

Los paceños no tienen muchos hospitales, ni asilos, ni casas confortables para los pobres, que son los más, pero la misericordia divina los alcanza. Tienen en el "Alto de La Paz" un blanquecino monumento de mármol, con la delgada figura del calumniado apóstol de Nazareth.

Corre la locomotora los últimos metros de la planicie, y, de pronto, el abismo se abre a nuestros pies. Es una quebrada sinuosa, rodeada por montañas, con caprichosos desniveles. Allí está La Paz. Las casas se derraman por las faldas, se asientan sobre las grietas del centro de la hondonada, trepan por las laderas, se agrupan desniveladas en un laberíntico amontonamiento.

De arriba, donde estamos, sólo se ven las tejas rojizas de los techos, en todas las formas geométricas. Descuella alguna obesa bóveda de las iglesias católicas. Al centro se alza imponente la cúpula

la de bronce, reverberante y brillante, del Palacio Legislativo, donde los parlamentarios bolivianos han elucubrado el progreso del país.

Muchas casas de varios pisos la rodean. Está en el rectángulo alegre de la plaza Murillo, que es el eje de todas las viviendas al estilo europeo y la sede del mestizaje gobernante. Versallesca plaza Murillo, donde se eleva un opaco monumento a la Libertad, pero a la cual no pueden ingresar los descalzos aborígenes, porque así lo prohíbe una terminante disposición "superior", que se hace cumplir a latigazos.

Más allá, por los arrabales de Santa Bárbara y San Pedro, las mismas chozas de Mojo y Tupiza, de Uyuni y de Atocha, aún los mismos galpones de "San Antonio", los mismos indios tristes, vestidos de colores, la misma pobreza, la misma angustia.

El Palacio Legislativo está a su vista, hermoso y grande, condensando la esperanza democrática del mestizaje, con su cúpula de bronce que parece algo así como el estuche del pensamiento de los hombres de gobierno. Pero como todo metal, es insensible y como todo metal resuena a hueco.

En un ángulo de la ciudad se inicia la pendiente del Illimani que se levanta, sobrepasando los edificios, sobrepasando la meseta donde estamos, para perder entre las nubes su testa puntiaguda, coronada de nieves eternas.

CAPITULO VI

LAS "FIESTAS" DEL CENTENARIO

Los estudiantes bolivianos nos hicieron una gran recepción en un desfile que serpenteó por las calles de La Paz, bajo una lluvia de flores, arrojadas con esa romántica debilidad de que padecen las señoritas cuando se saben vistas por una multitud. Los hombres graves nos aplaudían cordialmente, faltos de ese celo un poco decepcionante que les invade cuando se enteran de que la juventud puede ser iconoclasta.

En la plaza Murillo, desde los balcones del Palacio del Congreso y de la Casa de Gobierno, presenciaron nuestro paso los diplomáticos, recamados de oro y el presidente Saavedra, acribillado de condecoraciones y cintajos. Suponían que éramos suficientemente ingenuos e impresionables, como para creer en la autenticidad de su representación. Agradecían, combando las pecheras, supuestos saludos colectivos. El jefe del gobierno se llevaba la mano al corazón, significando con ese gesto de púlpito su intensa y honda emoción.

Los clarines de un piquete de caballería, resonaban estridentes, apostados en un ángulo del itinerario, como dando forma auditiva a la desconcertada alegría popular. Evidentemente, el desfile era un "número" del centenario.

Sin embargo, los estudiantes, un poco pesimistas del presente, un tanto exigentes y descontentadizos, voceábamos: "Viva Bolivia libre!" "Abajo las tiranías de América". Un diplomático del Perú, figurín escapado de algún sarao francés, y uno de Venezuela, espléndido tipo de minuet federal, con ciertas patillas sanmartinescas, nos saludaban con la misma prosopopeya, un poco sorda, del presidente Saavedra.

Las "fiestas" vinieron después, vertiginosamente. Hubieron bailes, banquetes, recepciones. Corrió también abundante el vino y el champagne.

El gobierno, en atención a las fiestas centenarias, había impuesto una contribución especial sobre toda la mercadería que pasase por las aduanas del Estado. Era una cuota del tres por ciento ad valorem, para los festejos generales y del dos por ciento para la erección del monumento a Sucre.

Ese dinero salía del bolsillo de los comerciantes importadores, pero éstos aumentaron el precio de la mercadería, con lo cual, en definitiva, el impuesto pesó sobre las espaldas del pueblo. La vida encareció notablemente y las cosas duplicaron su valor. Los señores de La Paz no sintieron ese sobregasto; lo sintieron los modestos empleados, las familias pobres, los indios y obreros mestizos, que hubieron de pasar mil dificultades y estrecheces.

Como es natural, se quejaron al congreso. Pero un diputado, pariente de los grandes estancieros de Bolivia, declaró en sesión plena que aquello era "una falta de patriotismo". Ciertamente es que no propuso una contribución especial de los ricos, pero su olvido fué explicable por la sublime inflamación con que pronunció sus palabras. Las manos le

temblaban de emoción, sacudía su melena — porque era poeta sonetista — y daba puñadas sobre su carpeta, declarando que esas protestas eran “los indicios de que el virus del anarquismo se estaba infiltrando en el país” y diciendo que él estaba “dispuesto a ofrendar su vida en defensa de la patria”.

Aquella noche, ebrio ya, después de una comida en homenaje a su discurso, quería ir a castigar personalmente a los quejosos, aunque se arruinase el enguantado frac que le costara doscientos pesos nacionales.

Se recaudaron millones. El pueblo, pues, indirectamente, dió el dinero para el festejo centenario.

El gobierno creyó que lo más oportuno era facturar un programa “social”, con muchos lujos, con muchos derroches. Para que la masa tuviese algo de contento, se iluminarían, con bombillas de colores, la Plaza Murillo y las calles centrales; se adoquinarían parejamente las arterias principales de la ciudad, donde viven los señores diputados, los señores senadores, los ricachos.

Alguien observaba que los arrabales aun carecían, y carecen hasta hoy, de alumbrado corriente, de veredas, de desagües. La calle de Sagárnaga, el barrio del Bronce, el de Chijini, el de Jampaturi, el de San Pedro son oscuros, húmedos, insalubres, las habitaciones son misérrimas. Pero allí no irían los extranjeros, ni allí se quedaría el pueblo.

Se decoró la plaza principal y se quemaron castillos de fuego de artificio. Se construyó una arca da al estilo romano en El Prado, también con luces eléctricas, debajo de las cuales se empequeñecía, aleccionadoramente, la fatuidad humana. Todo se

hizo rápidamente, con la celeridad con que se construyen las arcadas imperiales, cuando se hacen de eartón-madera.

El resto del dinero se gastaría en "fiestas" para los escogidos, siendo indispensable para disfrutarlas, vestir de smocking o de frac. Así habría menos gente glotona y chismosa. Además habrían discursos a fin de que la democracia no apareciese como poco intelectual. Y, entre algún almuerzo y un sarao, no estaría de más hacer desfiles militares y escolares, para que los extranjeros tomasen nota de la precisión con que sabían marchar acompasadamente, en filas de a quince, algunos millares de personas.

Y así fué. Se inició el programa con un baile dado por la Municipalidad, a base de invitaciones especiales. Mientras el pueblo daba vueltas a la plaza Murillo, en una "fiesta" de empujones y codazos, la "gente bien" ingresaba majestuosa a los salones de la recepción.

La triple orquesta no dejaba tiempo para conversar. Un mar humano hacía como que danzaba. El presidente dió el ejemplo bailando un aligero foxtrot, con más amabilidad que donaire. "Estamos en pleno centenario", decía una chiquilina, acabada de salir del colegio, repitiendo lo que decía una obesa señora descotada, que la había iniciado en "sociedad".

A las doce de la noche se pasó al "buffet", muy bien provisto, que alimentó con holgura a la concurrencia. Ciertó es que en determinado momento se concluyeron las viandas, porque el ejercicio abre el apetito, aun en las fiestas más espiritualmente

“patrióticas”, pero en cambio habían licores abundantes.

Diffícil es averiguar si la sed, o alguna inclinación natural de los ociosos aristócratas, precipitaron esa alegría que desbordó después del champagne. Mas, lo histórico es que desapareció aquella tiesura, producida por el almidón de las pecheras y la frágil debilidad de los coloretos, que había encartonado a los concurrentes. Hubo más expansión. Una periodista peruana, de negros ojos rasgados, poetisa al decir de sus tres galanteadores, hacía figuritas con los pies, dibujando unos pasos de tango de su personal invención, mientras echaba hacia atrás, con chulos ademanes, un regio mantón de Manila como para ruidosa corrida de toros.

Por un rincón varios jóvenes se abrazaban, bamboleantes y monótonos, viviendo a la patria. Un señor, a quien ciertos juanetes, viejos compañeros, impedían danzar, dormitaba apoyándose en una mesa abrazando una banderita de seda. En todos los ojos brillaba una vivacidad extraordinaria. “Estamos en pleno centenario” repetía la chiquilina del “estreno social”.

Se sucedieron así, más o menos, todas las “fiestas”. Había alegría unánime, aunque para ser cronista fiel es necesario referir que en el baile ofrecido por el Gobierno, hubo un suceso desagradable. Los cuidadores de sombreros y de abrigos, abandonaron sus funciones, y los señores de la aristocracia, por algún error lamentable, se llevaron las prendas ajenas. Un joven amigo limeño me mostraba una hurtada flamante galera de copa, mientras me discutía sobre la probidad de los actuales hombres de gobierno del Perú. Una señora se desmayó

al constatar la desaparición de un abrigo de pieles, valuado en tres mil pesos bolivianos.

Aquella noche, en las comisarias de la ciudad, durmieron, fieramente custodiados, algunos indios ebrios, ladrones sin levita, violadores del artículo cual del derecho de la propiedad. En Bolivia se cumple la justicia.

Pero los bailes no podían ser muchos, apenas una docena. El ofrecido por el Club de la Paz, el más "brillante", al decir de un engominado cronista social, significó, según comprobantes minuciosos, un gasto de nueve mil pesos. El similar, dado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, al cual no concurrió la aristocracia opositora, costó, según una lacónica partida presupuestal, treinta y cuatro mil. Siempre el Estado se distingue por el mayor volumen de sus cuentas. Ignoro si por mayor patriotismo o por menor honestidad.

También se realizaron los desfiles. En el "Alto de La Paz", bajo una nube de polvo que irrespetuosamente llegaba hasta la comitiva oficial, marcharon varios miles de hombres, con marcial intención en el andar, algo deslustrado por los accidentes del terreno. Asimismo, los estudiantes de todas las categorías se agruparon una tarde para ser revistados por los elementos oficiales. No eran muchos, ni estaban mejor atendidos que los soldados, pero el presupuesto no alcanza para más. Dentro de su estrechez, hay que atender primero al ejército que a las escuelas, porque, como lo ha dicho Lugones, "ha sonado la hora de la espada".

El único incidente "lamentable" fué el causado por los jóvenes universitarios al negarse a sa-

ludar al presidente, llegando, audaces en sus propósitos, a dar mueras a la tiranía.

Realizáronse también las fiestas intelectuales. Una de ellas consistió en la sesión del Poder Legislativo, destinada a la lectura del mensaje presidencial, frenéticamente aplaudido por los parlamentarios gobiernistas. Otra fué la inauguración del Congreso Pedagógico, en la cual, el ministro de Instrucción, con la sabiduría correspondiente a su cargo, aconsejó que "no se perdiese el tiempo en discusiones doctrinarias, buscándose, únicamente, soluciones prácticas"; reunión educacional que trató el problema del indio en forma vaga y difusa, a pesar de un reciente ensayo luminoso formulado por Eugenio D'Ors.

Hubo, por último, una sesión especial en homenaje a los profesores universitarios extranjeros, en la que, aparte de un discurso sesudo del representante argentino, se abrieron las espuelas del lugar común, saliendo a relucir hasta la vieja metáfora de almanaque, que habla de "la paloma mensajera del enviado fraternal".

El programa de festejos concluía. Aunque las embajadas debían quedarse hasta la transmisión del mando, el presidente Saavedra, una tarde, los recibió en audiencia de despedida. El Gobierno quedaba en libertad, recomenzándose el bailoteo de los intereses políticos.

Veamos cómo, a los cien años de vida republicana, funciona la democracia bajo las manos de los mestizos gobernantes del país hermano, tan digno, por cierto, de suerte mejor.

CAPITULO VII

LA DEMOCRACIA CRIOLLA

En Bolivia las "fuerzas políticas" están distribuidas en dos grandes grupos, más o menos parejos: el del partido republicano y el del partido liberal. Dentro de cada uno de ellos hay infinidad de "ismos" y "sub-ismos", de consistencia relativa, germinados en torno de las figuras caudillescas de mayor relieve.

Las "fuerzas políticas" están formadas, exclusivamente, por los criollos que intervienen en los asuntos públicos, y que, sin excepción, son o mineros, o industriales, o profesionales, o latifundistas, o pejes de alta burocracia. Los indios,—como factor étnico,—o los obreros,—como clase productora,—no tienen ni intervención ni representación directa o indirecta en los dos grandes partidos.

El movimiento político, la democracia criolla, no cuenta, pues, con la ingerencia de las fuerzas vivas del país. ¿Puede achacarse esta abstención a culpa consciente de los damnificados? No. Median dos factores: la ignorancia, de la que es culpable el Estado, y la absorción de las funciones directivas por las llamadas "fuerzas políticas".

¿Se compensa esa exclusión de la mayoría nacional, por el interés con que atiende a su condición y necesidades, la minoría directiva? No. Ja-

más ninguno de los partidos bolivianos encaró los problemas sociales de la nación. Si lo hizo, indirecta e inconscientemente, fué para empeorar la situación de los explotados. Puede decirse que en Bolivia, donde la composición étnica crea un conflicto básico, la democracia criolla giró siempre en torno de intereses subalternos, episódicos, absurdos y contrarios a las conveniencias del país.

Las "fuerzas políticas", yuxtapuestas a la realidad, no representando ni remotamente las distintas concreciones de hondos intereses antagónicos, son, para el espectador consciente, un conglomerado de ambiciones, de igual especie y género en sus bandos, al que sólo puede distribuir en segmentos litigantes una simple relación entre la cantidad de apetitos y la cantidad de posiciones asaltables.

Todos los que caben dentro de los renglones presupuestales, o dentro de los gajes auxiliares del Fisco, o dentro de los favores subterráneos del gobierno, forman el partido del poder. Los excluidos, el de la oposición. Fluctúa entre ambos—como población flotante, como golondrinas aventureras—el núcleo neutro que se viste de "imparcialidad" para disfrutar de los residuos del festín sin las incomodidades de una fidelidad peligrosa.

Vano sería pretender encontrar la línea divisoria de los partidos en un terreno doctrinario. Nacidos por la atracción de algún caudillo—siempre el más desfachatado, el más audaz—sus disensiones obedecen al imperio de la aritmética, que impide a las fracciones en disputa, los zarrazos simultáneos al Erario Nacional.

De allí el profundo rencor — y la ansiedad — de la lucha. Los republicanos odian a los liberales

con una intensidad que sólo encuentra paralelo en el odio de los liberales a los republicanos. Ambas fracciones que han alternado el poder, merced a la magia de los cuartelazos, se han excluido mutuamente en forma sistemática y absoluta. Es una cuestión de dilema fundamental, para todo gobierno, apoyarse sólo en uno de los bandos.

Tan ardorosa competencia ha causado incontables episodios de consecuencias sangrientas. Se ha derramado mucha sangre boliviana — y no mucha de los grandes señorones partidistas, sino de obreros humildes, de indios esclavizados, que han sido utilizados como carne de cañón — sólo para la disputa de la cosa pública, disputa que es la única frontera, repito, de los dos grandes partidos.

Lo demuestra patentemente la experiencia de la pasada centuria. Se han verificado durante ella los más gruesos peculados financieros, a costa de las entradas fiscales. Casi todos los políticos bolivianos hicieron una fortuna personal en el ejercicio de sus funciones.

La diferencia entre los que están arriba y los que están abajo, no es de naturaleza sino de tiempo dentro del mismo delito de robo. Unos son reos "in fraganti", otros son en inminencia y otros en amenaza de reincidir.

Por tal causa el nivel de la dignidad común, hase rebajado en forma desconsoladora. Para ser imparcial, hay que reconocer que en este género de abusos, los dos partidos se empeñaron en una competencia verdaderamente emocionante por sus alternativos resultados.

Descritas ya su composición y diferencias, estudiemos ahora la órbita dentro de la cual desen-

vuelven sus actividades, para comprobar que en el terreno político-social están igualmente orientados, si orientación puede llamarse al rumbo zigzagueante seguido en el orden formal.

Asombrosamente desconectados de los problemas auténticos de Bolivia, ambos propician — y no practican, como se verá más adelante — un democratismo vertido en instituciones que, para florecer eficazmente, exigen un ambiente cultural superior y que, por tanto, resulta completamente inadaptable al país.

Todos los movimientos políticos que llamaremos doctrinarios, y que siempre tuvieron su oculta causa en algún propósito inconfesable, han tenido como eje la composición parlamentaria, la forma sufragánea, la acción administrativa, las atribuciones de los poderes, las libertades y derechos del hombre en el plano demoliberal. Jamás se llegó hasta el fondo del problema gubernativo, esto es, el sistema que más convendría a Bolivia, dada su contextura sociológica, sus características económicas, culturales, etc.

Se contentaron los partidos políticos con remedar los debates de las democracias europeas, olvidando que los puntos que ponían en discusión, eran aspectos de un proceso político que presupone, para su eficaz desarrollo, mínimas condiciones de adaptación en la colectividad.

Y estas mínimas condiciones no existen en Bolivia.

Para abreviar, todo gobierno democrático debe ser representativo de la voluntad popular. El cauce más cercano a la interpretación legítima de la voluntad popular es el sufragio. El sufragio exige

como condiciones indispensables en su ejercicio cierta cultura política en los electores y una absoluta honestidad en los funcionarios que regulan su mecanismo. Ni una ni otra condición existen en el país del altiplano. Absurdo es suponer que el indio — enorme mayoría de la población, fuente del mandato por consiguiente—, es capaz de seleccionar a los más aptos para las gestiones directivas. Y más absurdo aún, suponer que los políticos bolivianos, rapaces e inmorales, administren los resortes del sufragio con imparcial honestidad.

Además hay un retraimiento general del pueblo, que no acude a los comicios. Si bien el indio o el obrero, por la ignorancia y el abandono en que el Estado los tiene, carecen de elementos de juicio como para verificar una acertada escogitación de mandatarios, cierto es también que no ejercitan sus derechos de designación porque saben que con el sistema imperante nada habrán de conseguir; no sólo porque ninguno de los políticos actuantes satisfaría sus necesidades, sino también porque de votar a quien los representase directamente, la "viveza" del criollo explotador se encargaría de verificar los escamoteos suficientes para burlar su elección.

Hijos de esta pseudo-interpretación de la voluntad popular, son los actuales poderes ejecutivo, legislativo y judicial, cuya crítica, conociendo la causal céntrica, es fácilmente comprensible. Hay que dejar constancia, únicamente, de que, por su origen, en todas sus manifestaciones interpretan y defienden los intereses del mestizaje dominante.

Justificable sería el gobierno minoritario, si su acción — ya que no producida por el mandato de

una voluntad popular inexistente — encarara la situación de la mayoría y procurase resolverla en beneficio de la nacionalidad. Pero no es así. Los criollos, que se apoderan del gobierno valiéndose de la indiferencia de los más, se sirven de él para sus necesidades y conveniencias, hundiendo, gradual y continuadamente en la miseria y en el abandono y en la explotación a la gran masa social boliviana.

La situación económica y mental de los indios campesinos u obreros, la distribución de la riqueza, el problema educacional, la pobreza del Fisco, los peligros del imperialismo extranjero, la posición y dificultades geográficas de Bolivia, son asuntos que no interesan a los hombres de Estado. ¿Qué les va a interesar su justa solución si, cuando logran percibirlos, se dan cuenta de que están íntimamente ligados a sus privilegios y granjerías!

Una que otra iniciativa tomada en este orden, surgió siempre episódicamente, carente de una normación científica, como brote disperso de un inexistente plan central. Quizás si Saavedra ha tenido, por excepción, una visión del futuro, al construir una red ferrocarrilera que salvando por las vías hacia Buenos Aires la sumisión del comercio boliviano a los puertos del Pacífico, contempla, al mismo tiempo, el desarrollo futuro y espléndido del oriente boliviano. Mas, los méritos de esta obra, grande sin duda, están cercenados por el fin de sujeción al capitalismo yanqui que aparece como una característica de todas las obras viales de su régimen y que sacrifica, por razón natural, el beneficio posible del modesto agricultor nacional.

Ajena a estos problemas vitales, la democracia criolla se circunscribe, pues, a la existencia de un conjunto de disposiciones copiadas de regímenes europeos, transportadas sin adaptación y practicadas sin honradez. Cuando asoman los ribetes doctrinarios que dividen a los partidos políticos, es fácil comprobar que se trata de tesis confusas, heterogéneas, disímiles e inajustables al país.

Y aquí viene el momento de explicar porqué coinciden en el formalismo demoliberal — en sus líneas generales — las dos fracciones en discordia. Si ambas, que disputan furiosamente cuando se trata de acaparar la fortuna fiscal, aceptan convivir en la órbita de un sistema que le viene ancho a Bolivia, es porque ambas tienen iguales peligros que evitar e iguales ventajas que defender en el orden social.

Nos referimos a su tácita alianza para la explotación humana.

Casi todos los políticos de Bolivia son burgueses cerrados a toda comprensión de los problemas sociales. Son burgueses atávicos. Sus abuelos fueron españoles dueños de minas y de haciendas. Sus padres llamáronse criollos después de la "independencia", pero continuaron como poseedores de las haciendas y las minas. Los indios no variaron su posición de esclavos. Los blancos o mestizos no variaron su posición de explotadores. Antes se llamaban súbditos de la corona española, ahora ciudadanos de la libre república. Esto es todo. Pero la cadena que sujetaba a la mayor parte de la población sigue arrastrando miserias, dolores, ignorancias. Como antiguamente los españoles, ahora los criollos se preocupan de mantener el feudalismo

agrícola, la esclavitud minera, la noche intelectual de los aborígenes, la miseria de los trabajadores.

Nada se ha hecho por aliviar estos males. Las fracciones mestizas se disputan el poder entre sí, se dividen por ambiciones inconciliables, pero se alían para mantener sus injustas posiciones sociales.

Tienen un enemigo común y ante él son culpables de un común delito.

Discutirán sobre el sistema presidencial o el sistema parlamentario, para dar pretexto decorativo a sus reales causas de disensión, pero ninguna de ellas será capaz de afrontar el problema básico, esto es, salvar el capital humano.

Descritas ya la composición, las diferencias, la órbita, positiva y negativa, de las "fuerzas políticas", aun hay algo que decir sobre la forma desahogada y desleal en que funciona ese institucionalismo, epidérmico e importado, bautizado por ellas con el nombre elástico de democracia.

Como anteriormente se insinúa, el sufragio existe sólo en forma nominal. La respectiva ley reglamentaria, que es deficientísima, permite, en la práctica, que el gobierno, por medio de sus agentes, regule a su antojo y conveniencia los resultados de la elección. Es así como se "elige" el supremo mandatario. Es así como se forma el parlamento, al capricho del poder ejecutivo, por cuya causa, en lugar de ser un instrumento de crítica o control, viene a transformarse en el auxiliar dócil y en el responsable legal de todas las desviaciones políticas.

Bolivia tiene régimen unitario. El presidente, por una gravitación inherente a tal clase de sistema, aparte de la "viveza criolla" que se lo facilita, ejerce una absoluta centralización de mando. A ella se

debe la fácil evolución, en ciertos casos, — dentro de la psicología personal, por la confusión del ejercicio de una autoridad omnipotente con la propia voluntad — la fácil evolución, digo, de presidente a tirano.

Además, el sistema unitario, que crea la esclavitud de las provincias tributarias de la capital, impide que el gobierno central vea con interés o siquiera con claridad los problemas siempre lejanos de las comarcas provinciales. La lógica reacción de éstas, siempre abandonadas, siempre rezagadas, genera otro de los grandes factores de atraso: el regionalismo disolvente. Los bolivianos de las distintas zonas se odian entre sí con más fuerza que en sus odios internacionales. Falta la indispensable trabazón que forma la conciencia nacional. Justo es reconocer que si el regionalismo es absurdo, no menos absurdo es el mantenimiento de una forma de gobierno que no consulta las necesidades reales de Bolivia.

El funcionamiento de las instituciones utilizadas por el mestizaje se resiente, pues, de múltiples defectos que desvirtúan por completo el propósito básico del Estado, en cuanto éste tiende a interpretar y satisfacer las necesidades colectivas.

Pero no sólo hay defectos institucionales, sino también deslealtad en la aplicación de los métodos de gobierno, condicionados por las prescripciones generales de la constitución. Tanto los republicanos como los liberales han utilizado todas las transgresiones legales para obtener sus fines. La clausura de imprentas, el apresamiento, el confinamiento, el destierro, la confiscación de bienes, etcétera, han sido puestos en práctica por las fracciones en disputa.

Se llaman "actos de tiranía" según la opinión de los que están abajo y "actos de buen gobierno" según la opinión de los que están arriba. Cuando alternan las posiciones, alternan, también, los puntos de vista, las imprecaciones y los ditirambos. A veces estas variaciones se producen en un mismo individuo. Así es el caso del ex presidente electo, señor Villanueva, quien fué defensor y ministro del señor Saavedra durante largos meses, que se solidarizó con él hasta el extremo de merecerle su imposición como aspirante al cargo máximo y que, ahora, desterrado, critica al señor Saavedra todo aquello que juntos hicieron e idearon.

Ambos partidos rebasan los límites legales en furiosa disputa que no se limita ni por los más elementales dictados de la moral corriente. Digno de execración y de condena es tal sistema. Baste indicar que cerca de la mitad de los presidentes de Bolivia murieron asesinados. Y baste decir, para repudiarlo en absoluto, que esta democracia criolla no deja sino dos caminos: para llegar al poder, el de la revolución; para conservarlo, el de la tiranía.

¿Quiénes escapen de este marco terrible de desorientación y bajeza espiritual y moral? Sólo las fuerzas nuevas: estudiantes, intelectuales de izquierda y obreros.

Puede confirmarse, con transcripciones literales, su pensamiento. Dicen los estudiantes, en comunicación firmada por Enrique Baldivieso y Luis Ballivián Saracho, presidente y secretario, respectivamente, de la Federación Universitaria:

"La centuria trágicamente vivida ha purificado nuestros espíritus, y hoy, la generación del centenario, consciente de la misión que le cumple llevar en

esta hora decisiva, reniega del pasado, delata ante la nación toda la tragicomedia de los cien años y condena la obra disolutiva y anárquica de los caudillos y tiranos que han matado los ideales de los que nos dieron patria y libertad. La juventud universitaria, en nombre del Futuro e invocando la Patria Nueva que habrá de fundarse sobre la base de las fuerzas más vivas de la nación: intelectuales y obreros, reprueba la actitud del congreso nacio-

Dicen los obreros, en mensaje a los trabajadores de América, de fecha 6 de agosto:

“No es el pueblo consciente el que festeja el centenario, ni los trabajadores honrados que rinden culto a este siglo en que la Libertad es escarnecida. Es sí, el Calígula moderno, elevado a la categoría de presidente de la república; son las clases detentadoras del patrimonio humano que rodean la mesa del festín, los que recuerdan las hazañas de aquellos guerreros que les dieron una patria poblada de tres millones de indios dóciles y sumisos, hoy explotados y adoloridos. Se anda divulgando, por ahí, la noticia de que Bolivia es libre e independiente... ¿Por qué no exponer ante el mundo civilizado la dolorosa situación económica, moral e intelectual en que se halla el obrero de Bolivia? ¿Por qué callar la espantosa miseria que se enseñorea en los hogares proletarios? Dentro del círculo de hierro de las fronteras, debe todo esto ocultarse, ordena la burguesía criolla para sus conveniencias. Pero nosotros, los que sufrimos en carne propia las injusticias y la explotación de este régimen abominable, denunciaremos siempre sus crímenes, aunque tengamos luego que sufrir el destierro, la prisión y aún la muerte”.

CAPITULO VIII

LA TIRANIA DE SAAVEDRA

El régimen que presidió don Bautista Saavedra, y que acaba de terminar, goza de una amplia fama de tiránico. Los partidos opositores se encargaron, con interés distinto al de algunos hombres libres, de extender tal apreciación dentro y fuera del país.

Hay necesidad de precisar el contenido íntimo de estas imprecaciones, al tiempo mismo que señalar el falso punto de vista en que se colocaron los partidos al atacar al ex presidente Saavedra.

En las páginas anteriores, al destacar la inmoralidad común a las dos grandes fracciones, se han expuesto los elementos de juicio que permiten deducir la insinceridad de la crítica opositorista dentro del plano político. Ahora cabe demostrar su error de concepción.

Se imputan al señor Saavedra innúmeras trasgresiones constitucionales. Hay una impresionante enumeración de cargos, reveladora de una memoria feliz o de una profunda animosidad. Dígase de paso que el esquema de esta enumeración bien podría servir cuando, trocados los papeles, gobernando los opositores actuales, el saavedrismo sintiese escrúpulos constitucionalistas...

Las críticas se hacen con criterio legalista y miope, lápiz en mano, dentro de un plano muy distinto de la realidad del país.

Cierto es que el señor Saavedra ha violado cotidianamente la constitución del Estado, que en Bolivia, como en Perú, en Chile y en casi toda nuestra América, ha sido la voluble Mesalina — cuando no la Celestina — de nuestra historia política. Pero, defender a la constitución, únicamente porque es un documento de derecho, sin estudiar si es justa o no, adaptable al país o no, es cometer un yerro fundamental.

El afán de superación es en el mundo una ley de fatalidades biológicas, que vence todos los obstáculos convencionales. La vida moderna tiene complicaciones premiosas de carácter vital. Cuando las infinitas estrecheces de la ley o las complejidades del institucionalismo obstruyen las salidas, produciendo el empantanamiento y la parálisis, nace, lógicamente, la tendencia que rebasa los linderos fijados para un estado de cosas anterior.

Así, dentro de las democracias parlamentarias, generadas del sufragio público, aparece la tiranía, como rebasamiento que conserva el privilegio o aparece la revolución como rebasamiento que lo derrumba.

El fracaso del parlamentarismo bicameral, la relatividad de la expresión de la voluntad popular en el sufragio, el análisis del valor cualitativo de esta misma voluntad popular, son factores que han desvirtuado aquella majestad intangible de las construcciones legales, por el mero hecho de ser legales.

La política moderna, que ya ha hecho la crítica comprobada de las anteriores afirmaciones, que está urgida por el desenvolvimiento social, nervioso y acezante, pasa por sobre la ley cuando la ley es injusta, pasa por sobre el institucionalismo, cuando el institucionalismo es deficiente.

Si bien este no puede ser un sistema de gobierno normal, hay que convenir, mientras no adviene el régimen perfecto, que son justificables las violaciones constitucionales y legales cuando tienden al mejoramiento colectivo por procedimientos quirúrgicos de urgencia.

Podría decirse que el momento político mundial se caracteriza por el desprecio a la forma en atención al fin, como una modalidad neomaquiavélica, si bien no perdurable, lógica dentro de la revuelta realidad presente.

La posición abogadil es una posición romántica. Defender la ley sólo porque es ley, en determinada circunstancia puede conducir a defender la injusticia. El punto de vista de la crítica, pues, debe situarse en el plano de la justicia honda, no de la legal o consagrada.

Los opositores bolivianos se ponen en esta última y lo más curioso es que silencian que el señor Saavedra, además de violar la primera, lo cual es pecado venial, violó la segunda, lo cual es pecado mortal.

Aclarado este punto, aclaración que conviene para no confundir el género de las acusaciones, hay que examinar las causas por las cuales le cae al señor Saavedra, ajustado al cuerpo, el mote de tirano.

Tirano y de los más calificados, porque si pasó por sobre la Carta Fundamental, sin sustituirla por una que le conviniese, tendió a crear en Bolivia un moderno sistema de explotación social, dependiente de la gran central neoyorquina del capitalismo imperialista. Y tirano, porque, más allá del terreno doctrinario, empleó métodos sangrientos e inhumanos, reñidos con el más elemental concepto de la moral y del respeto a los mínimos derechos del individuo.

En la historia política sudamericana de la pasada centuria ha surgido, muchas veces, el tipo del tirano, pero con origen psicológico distinto del moderno. Sus arbitrariedades nacían, casi siempre, del desprecio a la ley y a la necesidad social, en razón del mucho aprecio que se tenían a sí mismos y a sus facultades. Era un fenómeno de confusión de valores. Creían que la autoridad no era la resultante de un reglamentado mandato popular, sino una amplia facultad congénita, ilimitada y caprichosa. Era el caudillismo.

Las tiranías modernas responden, en sus sillares íntimos, casi siempre, a otras causas. Es el mismo caudillo mandón y voluntarioso, pero que ahora tiene plan. Y ese plan es el afianzamiento de un sistema social, de afiliación capitalista, que sacrifica a la mayor parte de la población para salvar los privilegios, injustos, de la parte menor.

Esto es lo que hizo en Bolivia el señor Saavedra durante cinco años, y esto es lo que continúa haciendo su partido, que conserva el poder, bajo su directa y cercana inspiración.

Ahora bien, los lirismos semidemagógicos de odas a una libertad anodina, de salmos a un sufra-

gio relativo, eran explicable en tiempos en que las necesidades económicas no tenían la urgencia brutal de nuestra época. Hoy, los gobiernos no encaran tanto esos aspectos formales, cuanto el aspecto fundamental de la distribución de la riqueza. Por eso, los gobiernos que defienden la injusticia, han de recurrir a la tiranía. Y por eso, los pueblos que anhelan una solución integral, saben que para derribar un sistema de explotación, es necesario acrecentar el dinamismo, delimitar los factores que deben intervenir en la acción conjunta. Es necesaria la revolución y no la revuelta, para decirlo en una sola frase.

Los opositores bolivianos quieren la revuelta, pero el pueblo boliviano necesita la revolución.

Don Bautista Saavedra, hay que decirlo imparcialmente, dista mucho de ser un ignaro o un imbécil. Tiene las cualidades necesarias para ser el organizador de un sistema de tiranía capitalista. Aparentemente ha realizado muchos beneficios en los cinco años de su administración, beneficios aparentes que demandaban dotes de inteligencia y energía, y que, sin embargo, en el terreno político-social se traducen en actos de opresión económica.

El presupuesto nacional boliviano, antes de subir el señor Saavedra al poder, alcanzaba apenas a veinte millones de pesos. En el último ejercicio ascendía a cuarenticuatro millones, es decir, que ha aumentado en más de un ciento por ciento. Fácil es deducir que el acrecentamiento de la riqueza fiscal es obra de buen gobierno. Pero veamos quienes contribuyen a formarla y cómo se obtiene, para hallar justificación a la acusación de tiranía.

Casi todos los impuestos descansan sobre la masa en general, integrada en su mayor parte por los hombres de modesta o ínfima condición económica. No hay las naturales contribuciones imponibles a los capitalistas. Así, el impuesto sobre la renta es del tres por mil sobre el valor efectivo en lo que respecta a bienes rurales y del uno por mil en lo que se refiere a valores urbanos. Resulta verdaderamente irrisoria la suma que deben abonar los grandes industriales o mineros o latifundistas. Para citar otro ejemplo de la minúscula cooperación del capitalismo, baste indicar que la plata, como producto mineral, se grava sólo en un dos por ciento.

El señor Villanueva, cuando era ministro de hacienda del señor Saavedra, declaró en un reportaje que "en realidad, la industria minera no estaba ni está sujeta a gravámenes onerosos". Y son las minas las fuentes de fortunas fabulosas! Son las minas las que sostienen las bases del sistema capitalista! Sus dueños, cuando no mestizos yanquizados, son grandes sindicatos neoyorquinos. No obstante, cuando urgencias fiscales obligaron a crear un nuevo reducido impuesto, los capitalistas mineros protestaron indignados, amenazando al gobierno, en un memorial publicado en los diarios del 13 de octubre de 1925, y que es un documento precioso para hacer luz sobre la pantomima democrática y la desfachatez de los explotadores. Decían que estaban en "mala situación". Ellos, los que ganando un quinientos por ciento pagan a los obreros con salarios de hambre!

En tanto que las fortunas no están gravadas, los artículos de primera necesidad soportan todo

un sistema de impuestos directos e indirectos, que causan el encarecimiento del costo de la vida con perjuicio exclusivo de las clases trabajadoras, obligadas a penurias sin cuento.

Otra de las grandes concepciones del señor Saavedra ha sido la creación de la red ferroviaria. Su gobierno, como queda dicho en otra parte, concluyó el ferrocarril de Buenos Aires a La Paz, en el tramo Villazón-Tupiza. Además dejó expedita la carretera Villazón-Tarija, afirmó cien kilómetros de la vía Potosí-Sucre; financió la construcción del tramo Cochabamba-Santa Cruz. Y todo ello dentro de un inteligente plan central, que tiende a eliminar el aislamiento de las ciudades entre sí, genitor del regionalismo, y que tiende a aprovechar las enormes riquezas del oriente agrícola y el sur-oriental petrolero.

Pero todo esto se desenvuelve dentro de un plan social que sólo permite beneficios a la clase capitalista; que auspicia y ayuda y protege su expansión; que entrega las riquezas del país al imperialismo norteamericano. Más tarde vendrá el análisis de tal aspecto. Cabe destacar, ahora, únicamente, que el plan vial, benéfico en apariencia, dentro de sus líneas generales, es una conquista netamente burguesa, destinada a solidificar su posición y a desplazar al proletariado campesino.

El ferrocarril ha traído al capital extranjero y ha expandido al nacional, pero matando la pequeña propiedad del indígena, arruinándolo en una competencia desventajosa, y reduciéndolo primero al desposeimiento y después a la esclavitud.

Otra de las enormes dificultades que impiden el progreso boliviano consiste en su situación de

país mediterráneo, que estudiaremos más adelante. Entre tanto hay que decir como ha operado Saavedra al respecto.

Comprendió el ex presidente que el único antidoto para el veneno del regionalismo dislocador, era crear un sentimiento nacional. Las vías ferroviarias que acortan las distancias y suprimen o disminuyen las rivalidades, no constituyen un medio integral para vencer el localismo. Era necesario hallar una expresión, un anhelo en el que coincidieran todos los bolivianos y que constituyese, por decirlo así, el germen de la conciencia colectiva.

Saavedra se valió de la aspiración al puerto marítimo. Con esta bandera se presentó ante los pueblos, ofreciendo para su país "el beso de las olas del Pacífico", según reza su retórica definición. Pero esta campaña, de vidente sociólogo, peca también desde sus bases, pues la asienta sobre la ciega patriotería, innata en las colectividades, fomentando el odio internacional y propiciando la revancha con Chile y la aplicación de la ley del Tali6n.

En casi todos los lugares p6blicos de Bolivia se exhiben unos mapas de "propaganda patri6tica", en los que aparece la distribuci6n geogr6fica de la Am6rica del Sur, con dibujos representativos de cada pa6s. Chile figura all6 con la indumentaria de un asesino, fiero el semblante, el pu6al al cinto, amenazador y repugnante.

La tendencia del saavedrismo sostiene que debe recuperarse 6ntegramente Antofagasta, porque as6 lo exige la "dignidad nacional y la sangre de los muertos". Se hace gracia al l'ctor del juicio

que le merezcan los fundamentos científicos de tal orientación así expresada, para demostrar, en cambio, que hay estrabismo en esta concepción seudonacionalista. Bolivia es un país de cuatro mil soldados y de cuarenticuatro millones de pesos de presupuesto anual. Chile tiene un ejército que, por lo menos, quintuplica al boliviano, muy bien armado y cuenta con recursos fiscales muy superiores a los del país del altiplano. La guerra, de verificarse, tendría funestos resultados para Bolivia. La aspiración marítima fracasaría. Luego Saavedra es un impostor que engañó al pueblo con promesas que sabía que no podría cumplir.

Además, semejante campaña, aparte de las razones fundamentales que condenan la guerra con criterio de clase y con simple criterio humano, es una tendencia que prostituye los ideales latinoamericanos, comprometiendo los intereses comunes de la Patria Latinoamericana, necesitada de paz y de unión para resolver conflictos exteriores.

Se callan, por conocidos, todos los episodios sangrientos, condenables por meras razones de moral al uso, como los destierros injustos, los fusilamientos indebidos, la clausura de las universidades y del diarismo independiente.

Las referencias anteriores bastan para definir qué clase de tiranía ejerció Saavedra.

Frente a ella sólo insurgieron los universitarios y los obreros con criterio bien orientado y por eso sufrieron violentas represiones al verificar sus protestas. En Sucre, en plenas fiestas centenarias, fueron cerradas la casa de estudios superiores y los colegios anexos, persiguiéndose a muchos estudiantes. En La Paz, igualmente, se apresó a varios

trabajadores y se intentó deportar a varios muchos rebeldes.

Solamente ese grupo reflexiona en estos problemas básicos. Para los demás, gobiernistas y opositores, el porvenir de Bolivia puede decidirse sin abandonar la plaza Murillo, dentro de la cúpula de bronce del Palacio del Congreso, desechando las "doctrinas importadas", como ellos, con un patriotismo de ignorantes, llaman a la doctrina socialista. Para ambas fracciones, el sentimiento de humanidad, la orientación científica y justa de la economía, aún el simple sentido común, no pueden germinar espontáneamente bajo los cielos bolivianos.

Hace poco se formó una gran algazara a propósito de la nulidad de las elecciones que, según el escrutinio oficial, favorecieron al señor Villanueva. Se renovó el adjetivo de tirano en los labios de los descontentos, se resucitó el palabrerío "democrático" y quisieron calarse el gorro frigio los rabudos politicastos derrotados. Hay que referir el episodio porque es un síntoma jugoso del ambiente normal en que se desenvuelven los partidos rivales.

El señor Villanueva era ministro de Estado del señor Saavedra y por consejo de éste, la convención republicana lo designó candidato a la presidencia de la República. Había un impedimento constitucional entre el cargo de ministro y la posición de candidato, pero el Congreso, entonces amigo del señor Villanueva, lo obvió, otorgándole un permiso con ley de excepción y con carácter retroactivo.

Se acercan las elecciones y el gobierno habla de imparcialidad. Los liberales lanzan la candida-

tura del señor Salamanca. Los postulantes contendores abren las espuestas del lugar común y de las vaguedades seculares, en largos discursos de propaganda, aprestándose en silencio a la obtención violenta del triunfo.

Llegan las elecciones y se producen riñas, asesinatos, cargas de gendarmería, fraudes electorarios, compra de votantes. Gana la carrera el "caballo del comisario", vale decir el señor Villanueva. En las filas republicanas hay alborozo y el señor Saavedra obsequia una simbólica banda de seda al señor Villanueva, con menudos y coquetos flecos de oro.

Los liberales se quejan acremente y amenazan con la revuelta, pero el peligro se conjura con el apresamiento de los líderes opositores y la clausura de los diarios rebeldes. Todo se hace con la sonriente aquiescencia del señor Villanueva, que desde ese momento, según los dicterios liberales, es un "tirano".

Se acerca la transmisión del mando y el genitor de la candidatura triunfante quiere imponer al sucesor un gabinete de su confianza. Pero ahí surgen las divergencias. El señor Villanueva ha gastado en la elección casi toda su fortuna y parte de las de sus amigos y es necesario resarcirlas desde los ministerios. Mas, el señor Saavedra y su grupo también quieren sitio en el festín. Entretanto, los liberales "balconean".

Como el señor Villanueva no cede, el señor Saavedra planea un golpe de Estado. Por medio de su Congreso, dócil y sumiso, descubre vicios ocultos en la elección, entre ellos el de la incompati-

bilidad ya citada, y ese organismo — ¡oh pudor democrático! — anula las credenciales del electo.

El señor Villanueva se defiende en extensos manifiestos asegurando que sus elecciones fueron legales y demostrando, sobre todo, que no pensó repartir prebendas a los enemigos, pecado capital de que se le acusaba. Hay un debate sucio e indigno que enrojecería de vergüenza, si la vergüenza no hubiera huído de los políticos bolivianos, salvo algún caso en donde quedó por equivocación.

De nada valen los manifiestos del señor Villanueva, que, decepcionado, se fuga a las filas opositoras, siendo recibido con los brazos abiertos. Se acude al expediente del caso: la revolución, que fracasa por la ingerencia de un militar alemán, ex ministro de la guerra en Bolivia y actual jefe del Estado Mayor.

Debelado el motín, hundida su fortuna, deshilachada la banda de seda, el señor Villanueva tiene aún que sufrir la deportación. Humano es que, en el destierro, adolorido, critique la "tiranía" que "hace cinco años" oprime a Bolivia. Humano, pero, en él, ilógico e injusto. Los liberales, entonces, le hacen coro.

En tanto, en La Paz, el señor Saavedra hace elegir presidente del Congreso a su incondicional amigo, el señor Guzmán, y le entrega el mando al día siguiente como a su sucesor constitucional. Se convoca a nuevas elecciones y el partido republicano lanza a los señores Siles y Saavedra, hermano éste del ex presidente, para los dos primeros cargos políticos, respectivamente.

Hay desorientación en las filas, pero pronto se inicia el acomodo bajo el sol que más calienta. Se

produce la quiebra de la moralidad exterior, de las amistades, de los compromisos y del sentido común. En tan propicio ambiente se elige al señor Siles.

Eso se llama "crisis democrática". Telón final.

En Uyuni y en Uncía, en Potosí y en Mojo, en toda Bolivia hay dos millones de indios que no saben nada de esto, que nada han pesado en la lucha, ni directa ni indirectamente, que nada han perdido y que nada ganarán. Para ellos seguirá el trabajo y la explotación que organizan el Gobierno, la Iglesia y el Capitalismo incontrolado. No obstante, el señor Villanueva sostiene que el señor Saavedra es un "tirano antidemocrático" y el señor Saavedra anuncia que es sólo "un gobernante enérgico en la conservación del orden público".

CAPITULO IX

EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO

El más grave capítulo que puede abrirse contra el régimen saavedrista, es el de acusación de complicidad con el imperialismo capitalista de Yanquilandia.

El fundamento del progreso colectivo de una nación descansa en una concepción de Estado, económica y políticamente independiente. En Bolivia, por efecto de los contratos últimamente pactados, no existe la autonomía económica y es un mito la autonomía política. Además de estas dos razones fundamentales, que hacen repudiable la colonización financiera, hay otra que no les cede en importancia.

El sistema social que impera en EE. UU. tiende a propagarse en los países sujetos a su influencia. Y ese sistema, que se apoya en un criterio individualista, que subordina las necesidades de los hombres al progreso de las cosas usufructuadas por la burguesía, que subalterniza los valores espirituales del hombre, excitando su sentido cartaginesco, se arraiga en Bolivia merced a la acción conjunta de los grandes enviados financieros y de sus cómplices cricillos: los políticos gobernantes y el periodismo venal.

El señor Saavedra, por motivos que se pierden en el misterio de los apetitos y de las incapacidades,

ha fomentado la expansión del capitalismo yanqui, no dentro de los límites que favorezcan una sana orientación de mejoramiento industrial, sino dentro de la más abyecta de las esclavitudes a que pueda condenarse a un pueblo.

Salta, por sobre todos sus delitos de menor cuantía, el contrato leonino pactado con los grandes banqueros de EE. UU., señores "Stifel Nicolaus Investment Co.", por la suma de treinta y tres millones de dólares, firmado el 31 de mayo de 1922.

Este empréstito se ha verificado dentro de modalidades verdaderamente típicas de los criollos burgueses. Baste indicar, a manera de anécdota simbólica, que el ministro de hacienda de Bolivia era, al mismo tiempo, representante en La Paz de los banqueros "Stifel Nicolaus Investment Co."

Ninguna opinión más autorizada que la del prestigioso intelectual yanqui Guy Inmann, decidido adversario del imperialismo estadounidense, el cual escribió en la revista "The New Democracia", de Nueva York, las líneas que a continuación se transcriben:

"En Bolivia se ha impuesto el más oneroso de todos los convenios, con un empréstito de treinta y tres millones de dólares, garantizados por las aduanas de la república, las acciones del Banco de la Nación y del ferrocarril del Estado, y, finalmente, por todos los impuestos internos del país, los cuales pueden aumentarse en cualquier momento, según convenga a la comisión de banqueros de EE. UU., comisión que hoy asume el dominio completo de la hacienda boliviana, inclusive la autoridad de decidir cuales han de ser los aranceles y los impuestos de la república".

Las aduanas de Bolivia, pues, están regenteadas por un director yanqui. Es fácil comprender la enorme importancia que para el comercio norteamericano significa esta base de operaciones. Cuentan, en primer lugar, con la facultad de subir o bajar los aranceles y aforos, según las conveniencias de su comercio importador o exportador. La mercadería yanqui puede ingresar a Bolivia favorecida con bajos impuestos fiscales, sin desmedrar las entradas del país, que se aumentan con el sobreimpuesto a los artículos que EE. UU. no produce y que se traen de Inglaterra, Francia o Italia. Esta operación facilita el desplazamiento de los comerciantes europeos y el monopolio del comercio estadounidense. En segundo lugar, por los documentos de declaración aduanera, la comisión yanqui se puede enterar del costo de las mercaderías, el recóndito secreto del comercio, y competir con las ventajas que tal conocimiento reporta.

Las acciones del Banco de la Nación y de los ferrocarriles del Estado, hipotecadas por cláusula del contrato, permiten a los señores Nicolau el control de las operaciones creditorias y el control de las tarifas y movimientos ferroviarios. Todo cae dentro de su influencia. El hombre que se les pusiera al frente sufriría represalias comerciales que lo conducirían a la ruina. En tanto, ellos y sus cómplices, gozan de las ventajas de los descuentos bancarios, de las rebajas en los fletes, subordinando la vida económica de Bolivia a sus intereses comerciales.

Finalmente, la comisión permanente de banqueros yanquis, con residencia en La Paz, es un superorganismo hacendario que regula el criterio de los

impuestos. En realidad el ministerio de hacienda no es sino un cargo decorativo. Los verdaderos ministros son los yanquis. Se ha hecho abdicación de la autonomía y de la dignidad bolivianas. Los norteamericanos relevan de los impuestos a sus productos de importación y exportación, y los imponen sobre los artículos de primera necesidad, sobre la clase trabajadora del país.

En tanto que el indio sufre arrinconado en las serranías, en tanto que el obrero jadea a la vera de las máquinas en las industrias urbanas, los yanquis, que no pagan impuestos, los cobran a esos trabajadores y emplean su ocio en escandalosas juergas nocturnas de mujeres y champagne. "Es el progreso que avanza", dicen el señor Saavedra y los suyos. "Bolivia se industrializa, crece su comercio, crece la fortuna de sus hombres públicos". Pero crece también el dolor y la explotación de la mayoría de los hijos del país.

Otro de los contratos típicamente imperialistas es el celebrado por la "Ulen Contracting Co." para la construcción del tramo ferroviario de Atocha a Villazón. Según su tenor, la compañía norteamericana, con presupuesto por ella formulado, se comprometía a proporcionar el dinero e invertirlo en la obra. Así lo hizo y un buen día anunció que se le habían concluido los fondos y que era necesario que el Estado boliviano recibiese el ferrocarril. La misma dictadura saavedrista obedeció la orden a pesar de que la línea no está concluida, como se insinúa en las primeras páginas de este libro.

Los ingenieros bolivianos descubrieron, al recibir la obra, que las vías trepidaban, que los sostenes se derrumbaban solos, que no había ninguna

protección para la época de lluvia, que el tráfico por ese trozo constituía un peligro seguro de descarrilamientos. Por último, se encontraron con que los yanquis habían vendido los materiales que el gobierno les confiara. Era un desastre irreparable. La compañía había hecho su negocio y se iba con las ganancias.

El ministro de fomento declaró en el senado que nada podía hacerse para castigar a esos contratistas porque “desgraciadamente no se había establecido ninguna cláusula que obligase a concluir la obra y menos otra que contemplase penalidades en caso de incumplimiento”. El olvido de tan nimios detalles no puede ser culpa grave para un parlamento de adocenados. Quizás si sobre ellos actuó la fuerza amnésica de algunos puñados de dólares. El ministro siguió en su cartera intocado y magnífico.

Pero la experiencia no bastaba. La “Ulen Contracting Co.”, posteriormente, accedió a concluir la obra, presupuestando un gasto de cuatro millones de pesos, a cuyo total contribuiría con cien mil dólares a interés usurario, pero bajo la promesa de que “el gobierno recibirá los trabajos en las mismas condiciones anteriores”.

El ejecutivo boliviano no tiene los cuatro millones de pesos, a pesar de los grandes empréstitos que han hecho subir la deuda pública de sesenta a ciento ochenta millones. Posiblemente se recurrirá a otro Nicolau o a otra “Ulen Contracting Co.” que seguirán succionando la riqueza fiscal.

Este vergonzoso debate habido en el senado de Bolivia bajo la cúpula de bronce simbólica, no quiso concluir allí, sino que, avanzando por el camino de la torpeza o el cinismo, llevó al infeliz minis-

tro a declarar que como creía que "el Estado no puede ser un buen administrador de ferrocarriles, no hay otro remedio que desprenderse de esa administración, entregándola a una empresa particular".

Tan paladina y expresa renuncia a la función inteligente del gobierno, releva del comentario que sabrosamente brotará de la reflexión del lector.

Pero esto no es todo. Debe enunciarse también el pacto celebrado con la "Standard Oil". El señor Saavedra ha favorecido la explotación petrolera, concediendo el monopolio a la compañía yanqui por medio de un contrato quizás si más vergoloso que el lapidario de "Nicolau Stiefel Investment Co."

Bolivia es un país rico en petróleo e hidrocarburos, cuyos yacimientos, extendidos en grandes fajas, parecen ser unos de los más ricos del mundo tanto cualitativa como cuantitativamente.

No podía escapar a la voracidad de la gran empresa norteamericana semejante riqueza y por ello compró en cinco millones de dólares las concesiones otorgadas anteriormente a "Richmond Severing Cía." y a Jacobo Backus, para rehacer, con la dictadura saavedrista, el contrato de las condiciones de explotación petrolera.

El proyecto tenía caracteres monstruosos. Se trataba de una concesión colosal que reportaría a los capitalistas estadounidenses muchos millones de ganancias, sustraídos a la economía boliviana y por ende al mejoramiento de los elementos sociales que de ella viven.

Era necesario que el congreso aprobase este contrato. Mas, como se violaban los principios de la soberanía nacional, hubo necesidad de asegurarse por cualquier medio, la mayoría parlamentaria. Un senador, que defendía denodadamente los intereses de la "Standard Oil" obtuvo, como recompensa, el cargo bien rentado de consejero jurídico de la compañía. Se repartieron prebendas y se repartieron muchos millares de pesos. Se hizo una gran propaganda popular, haciendo creer al pueblo que el progreso material vendría para todos con la riqueza colectiva que sucedería a la concesión petrolera y a la industrialización subsiguiente.

Después de algunas zozobras, mediante el servilismo de la mayoría cotizable, el contrato se aprobó.

La "Standard Oil" obtuvo la concesión de tres millenes y ciento cuarenta y cinco mil hectáreas, o sea casi treinta y dos mil kilómetros cuadrados, lo que significa la extensión ocupada por casi tres grados geográficos. Una gran parte del territorio boliviano es, pues, de propiedad de una compañía extranjera.

Los riquísimos pozos del Acre y de Lagunillas comenzaron a ser explotados. En las regiones orientales de los departamentos de Chuquisaca y Santa Cruz, así como en las provincias de Azero y Cordillera, fueron implantadas las grandes maquinarias.

En tanto, para la explotación, mientras los ingenieros y los jefes son norteamericanos que gozan de pingües sueldos, los empleados y obreros, que trabajan jornadas eternas, perciben jornales miserables. Estos son nativos de la tierra, allí nacieron y allí morirán. Los otros no. Vinieron un día a las "tierras salvajes", previendo escenas ci-

nematográficas, plantaron su tienda de campaña y comenzaron a explotar. El aborígen fué desplazado. La tierra que heredara de sus abuelos le fué arrancada por los fusiles del Estado, que había hecho contrato con esos hombres rubios. Y mientras el dueño de la tierra tuvo que bajar la cabeza bajo el yugo, el invasor arrancaba a la Naturaleza los chorros lujuriosos para convertirlos en grandes sumas de dólares.

El obrero boliviano tuvo que vivir en chozas misérrimas, soportando las lluvias, el frío, el hambre. En tanto algún rascacielo neoyorquino se perfeccionaba con los productos del país del altiplano. El indio perdió las últimas esperanzas de una redención. Al despotismo del mestizo se sumaba el despotismo del rubio. La raza se fué agostando en el trabajo, en la miseria. Sin embargo, desde los escaños parlamentarios se anuncia: "es el progreso que avanza".

El único beneficio que a Bolivia le ha reportado la intromisión del capital norteamericano se reduce a la industrialización relativa, que ha creado la riqueza fraudulenta de los criollos, la prosperidad de los extranjeros y el desamparo de los trabajadores del país, cada vez más lejos de una posible liberación económica.

El señor don Bautista Saavedra es el responsable de estos manejos. Su gobierno ha esclavizado al país, ha desvirtuado o anulado la independencia en su aspecto vital, y, para eso, ha obstruido todas las formas naturales de la expresión popular.

Es por estas razones, y no por las minúsculas y sosas que invoca la oposición partidista, que al señor Saavedra debe condenársele con el adjetivo vitalicio de tirano.

CAPITULO X

TATA POTRO

Tata Potro es un hombre popular en Bolivia. Su fama ha alcanzado los más recónditos lugares del país del altiplano. Y es que se aunan en su persona relevantes características. Ebrio, pero valeroso, ignorante pero audaz, tramposo y falso, pero inteligente, constituye un conjunto de verdadera personalidad, que se destaca singularmente sobre los desvaídos y gaseosos hombres que lo rodean.

Nació en Cochabamba, la lírica ciudad serrana que más tarde fuera teatro de sus primeras aventuras. Muy joven aun, lo enclaustraron en un seminario católico. Allí, sin bucear en su mundo interior, por simple fatalidad cronológica, con el correr de los años, llegó al final de los estudios místicos. Su aprendizaje fué tortuoso y estrambótico, matizado a veces de escapadas nocherniegas, torturado en algunas ocasiones por abstrusas etimologías latinescas, traicionado algunos días por la terrible exigencia sexual que buscaba acomodo en el feble placer de Onán o de Sodoma.

Pero el hombre, tras de muchas peripecias, concluyó su carrera. Un buen día el obispo de la región, ante la clerecía compungida que formaba, sedicente e indigesta, en las bancas de la Catedral, pronunció un sermón de consejos, ungiéndolo con

la sotana representativa de los sacerdocios terrenales. Cantó su primera misa, algo ronco en verdad, pero entonadamente, y recibió los secretos confesionales de su primera feligresa. Tata Potro ya era un representante de Dios en la tierra.

Mas, todo había sido exterior, episódico. Bajo la redonda coronilla que remedaba la simbólica corona de espinas del apóstol de Judea, apareció Tata Potro con todas sus congénitas modalidades. El hombre tenía demasiado fuego en el pecho y demasiado impulso en los actos para poder aceptar la vida conventual, pacata y desabrida. No podía resistir encerrado dentro de tantos preceptos y tantos ayunos. Tata Potro, entonces, rompió sus cadenas claustrales y comenzó a rodar el mundo.

Verdoso el hábito, grasiento el sombrero, pícaros los ojos escondidos tras las cejas lóbregas, sudoroso y maloliente, el Tata fué por los caseríos, con fingidos ademanes abaciales, hablando de Dios desde los púlpitos y charlando de amor liviano en las veladas íntimas. El sacerdocio era un oficio, sujeto a las contingencias de todos los oficios. Como sus necesidades eran mayores que sus recursos, porque Tata es comilón, mujeriego, dilapidador, había necesidad de recurrir a todos los medios sugeridos por su imaginación y por el ejemplo de los congéneres.

Tuvo la especialidad de conocer todos los sortilegios que redimen los pecados de los muertos y les procuran amplia entrada en el reino de los cielos. Una cuestión de tarifas. Hacía, también, colectas religiosas destinadas a la propagación de la fe en los territorios de Zululandia, "corroidos por la idolatría". Era de ver el ardor, desproporcionado

a la distancia del problema, con que sabía plantearlo y triunfar en sus requisitorias monetarias.

Pero por las noches, después de las comidas regadas con singani,—¡oh, las traiciones del licor!—, Tata Potro lanzaba juramentos, rabiaba, amenazaba a quienes no habían dado cuotas. Asomaba el sátiro libidinoso que llevaba dentro. Eran las horas de aventura y de escándalo. Desaparecía el apóstol y surgía, violento y desnudo, el Potro, con todos sus instintos indomeñados.

A la mañana siguiente, mediante la taumaturgia del amoniaco y del rosario lustral, volvía a ser el Tata cristiano, que sólo quería dedicarse a la conquista de almas...

En Bolivia hay muchos Tatas Potros, diseminados en las serranías, en los campos agrícolas lejanos, en las ciudades y en las aldeas, en los villorrios y en los caseríos. La profesión de cura es fructífera.

El gobierno, que conoce el poderío clerical, lo apoya incondicionalmente. Entre el ejecutivo y la iglesia se ha pactado una oscura alianza de defensa de comunes intereses. El primero protege a la segunda con arrestos de varón fiel, cuando los "extremistas" intentan combatirla. Y la segunda, con debilidades admirativas de mujer rendida, predica desde sus púlpitos la necesidad del "respeto a la autoridad".

Esta alianza doctrinaria tiene múltiples traducciones en el campo de las conveniencias inmediatas. Así, aunque la enseñanza es laica según la ley, los programas escolares imponen el estudio de los fundamentos y dogmas de la religión católica. Se acepta el profesorado incontrolado de los sacerdotes y el funcionamiento libre de los establecimien-

tos de enseñanza dirigidos por "ministros del señor". Ahí se enseña la ciencia de Santo Tomás y de los Santos Padres. Ahí se inculca un dogmatismo férreo que domestica las inteligencias y las prepara al servilismo y a la sujeción. Y ahí, principalmente, se desvirtúa la moral humana, encerrándola dentro de linderos de discutible fundamento, fácilmente salvables por el ejemplo de la hipocresía y la falacia ambientes.

El régimen tiránico encuentra sus más entusiastas corifeos en estos mensajeros de la falsa resignación. Y la clerigalla tiene sus defensores más ardientes en los políticos partidarios del mantenimiento de la injusticia.

Toda la clerecía está con el saavedrismo, que premia su celo con ubicaciones en los puestos dirigentes. Hay cuatro curas que son diputados. Entre ellos se ha distinguido, por su celo político, el cristiano señor Carrión. Cuando se produjeron las elecciones en la provincia cuya representación ostenta, como fuera necesaria una violenta imposición, Carrión no trepidó en asaltar las ánforas, disparar su revólver contra los rivales y obtener el triunfo por la fuerza. Al relatar el episodio se llamaba mártir...

El cura Garreta también es diputado, también es saavedrista y también es de armas tomar. Alguna vez coloreó su sotana con salpicaduras de sangre. El gobierno nacional, que no puede ser indiferente a sus méritos eximios, premió sus esfuerzos concediéndole uno de los cuatro obispados que se crearon en los últimos años. Aceptó el cargo, según decía en su pastoral, en "evangélica misión de sacrificio". Lo ví, "sacrificado" ya, gordo y dicharachero, organizando algún festival patriótico-re-

ligioso. Era de admirar en sus renunciamientos...

Ha sido lógico, dentro de las modalidades de la política criolla, que el señor Saavedra haya buscado, con halagos y prebendas, el apoyo del elemento clerical. Sabía que éste constituye un factor de influencia decisiva. Tanto en Bolivia como en muchos países sudamericanos, el poderío religioso es casi inexpugnable e invencible.

La posición privilegiada de los curas remonta sus orígenes hasta las épocas de la colonización. Cuando los ibéricos invadieron las sierras del Alto Perú en busca del oro legendario, cuando destrozarón los sillares de la cultura aborígen, organizaban las masacres en nombre de Dios y del rey. Junto a la bandera patria marchaba la cruz simbólica. Se extendían los dominios y se extendía la Fe. Se conquistaban fortunas y se conquistaban almas. Hubo una mezcla indisoluble entre el soldado y el fraile. Más tarde, ya concluida la conquista, imperante el virreinato, hubo siempre a la vera de la autoridad un poco versallesca de los grandes de España, la pálida y siniestra figura de algún confesor inteligente, que manejaba en silencio y con destreza los hilos del gobierno. La amalgama subsistió en la república. Directa consecuencia suya es el absurdo o pintoresco maridaje actual del Estado y de la Iglesia.

Los indios, lentamente, fueron sometidos al rito católico. La mentalidad primitiva e impresionable de los aborígenes tuvo una intuición sentimental de las complejidades del dios todopoderoso que adoraban los blancos triunfantes. Jamás enseñaron los "ministros del señor" el contenido humano, hondamente amoroso y revolucionario de la doctrina

de Cristo. Habría sido combatir contra ellos mismos, que medran al amparo de una política anticristiana. Se limitaron a trasportar a las serranías el rito fastuoso, la liturgia pirotécnica que se apodera objetivamente de las inteligencias obturadas por el inhábito de la reflexión.

Para los indios, según las definiciones clericales, Dios representa una fuerza omnipotente, con capacidad para atraer las lluvias o producir las sequías; para aumentar el coeficiente de la producción agrícola o para arrasarla con los insectos o plagas devastadoras; para extirpar las enfermedades o para acarrear los más grandes dolores físicos. No tienen la concepción metafísica de Dios. Tienen la concepción utilitaria. Dios es un almacén de bienes o de males. Pueden evitarse éstos o adquirir aquellos mediante el mágico conjuro que poseen los curas, sus representantes en la tierra. Todo es cuestión de contribuciones, de primicias, de diezmos. Y así se practica la religión. Cuando falla la invocación al Todopoderoso el cura explica que ello es señal de algún pecado misterioso, de alguna falta recóndita que es necesario hacer perdonar mediante más sacrificios, más cuotas, más regalos al cura, más misas cantadas a tarifa especial. Los pedidos a la misericordia celestial, tan cómodamente traducidos al mundo de la materia, deben prolongarse indefinidamente, hasta que la Naturaleza, por sus propias leyes, o el azar, verifiquen y realicen esas esperanzas. Los curas siempre piden. Sus servicios, según ellos, siempre son necesarios y nunca son gratuitos. Agudizada su sensibilidad económica tienen algo así como un taxímetro místico.

Si, por consecuencia de las enseñanzas clericales, los indios tienen tal concepto de Dios, por la misma causa desconocen en absoluto la doctrina y la moral cristianas. Sólo conocen el rito, transformado en idolatría, y que es una sedimentación atávica fomentada por las necesidades comerciales de los curas. La ingenuidad del aborígen cristaliza sus optimismos en la imagen católica. Sin penetrar el simbolismo, rinde adoración a la materia. Por eso, las procesiones, los altares magníficos, las iglesias espléndidas se multiplican por Bolivia a un compás mucho más acelerado que el de la creación de escuelas. Desde los púlpitos o bajo los palios, cualquier Tata Potro sigue fanatizando a los indios, matando en germen su espíritu de rebeldía, enseñándoles conformación y resignación al mal presente.

El sector mestizo también está influenciado por la clerecía. La mente limitada de las mujeres, la histeria de las criollas, los prejuicios ancestrales y la ignorancia hombruna son factores que hallan cauce de expresión, — oscura, intraducible, pero bastante para sus espíritus rudimentarios —, en las devociones católicas. Para las voluntades impotentes o para las inteligencias obtusas, la concepción de una fuerza extraterrenal, todopoderosa, que sea la primera causa y la última razón de todos los misterios, significa el ahorro de una investigación trabajosa y el florecimiento tranquilo de una ignorancia cuya disminución exige mucho sacrificio. El revisionismo crítico que ha eliminado el factor de la Divinidad Omnipotente en la explicación de los problemas sociales, no ha podido extenderse por Bolivia, encerrada dentro de sus monta-

ñas, defendida por inquisiciones tácitas y por los valladares de conveniencias máximas.

Los curas, pues, para indios y criollos, ocupan una categoría de semidioses. De ahí que les haya sido fácil obtener atribuciones especiales y fueros de excepción.

Ya dentro de las modalidades de la política criolla, el gobierno, que necesita de su apoyo, se ha preocupado de darles asiento en el banquete de la explotación. Por eso el mecanismo eleccionario tiene resortes vitales entregados a las manos de los curas. Y éstos, urgidos del apoyo de la fuerza para precaverse de posibles reacciones liberales y urgidos también del gaje presupuestal, para aumentar sus rentas, se interesan en su sostenimiento y le hacen una propaganda activa y eficaz.

Los frailes jesuítas, que siempre se caracterizaron por su hábil previsión contra todas las contingencias, sabedores de que algún día les alcanzaría la reacción popular, no se han contentado con el amplio favor de que disfrutaban en la casa de gobierno de La Paz. Por eso, en su convento principal, sito en la capital de la república, han construído troneras y han adquirido material y municiones para una posible obligada defensa.

El caso es típico. Tomando los extremos de la historia del cristianismo, en sus puros orígenes y en sus vergonzosos productos presentes, y haciendo su comparación, encontramos una disimilitud, iluminadora de falsedades e hipocresías. Ayer Cristo erraba por las tierras de Judea, sin más amparo que su palabra amorosa y la sinceridad de su corazón, combatiendo a los adinerados y a los poderosos, y mereciendo, por defender la causa del bien, ser crucificado, indefenso, en el Gólgota sim-

bólico. Hoy, los curas de Bolivia, en su nombre, se atrincheran, se arman, se preparan a victimar, en defensa del capitalismo que sigue succionando, a través de los siglos, el dolor de los menesterosos. Ayer Cristo bebía el cáliz de amargura y recibía, resignado, el beso falaz de Judas Iscariote. Hoy, la clerigalla boliviana, compra Winchesters y Browings y pacta alianzas de sangre con el tirano de un pueblo.

“Antes pasará un camello por el ojo de una aguja, que entrará un rico al reino de los cielos”, decía el apóstol de Nazareth. Ahora sus “ministros” le han resuelto el problema. El ojo de la aguja, según ellos, puede dilatarse hasta para dar paso a un elefante. Todo se obvia con misas rezadas, con salmos y cantos en coro. Las indulgencias plenarias cuestan caras, pero las hay. En tanto que los pobres de la tierra sufren y padecen, y al morir reciben la absolución displicente de algún fraile soñoliento y mecánico, los ricos, tras los últimos solfeditos consuelos de los “representantes de Dios”, viajan, de la tierra al cielo, con la velocidad correspondiente a sus fortunas y a su largueza. El conjuro mágico lo posee cualquier Tata Potro, obeso y torpe, que aumenta de vientre y enferma de apoplejía.

CAPITULO XI

TATA PATIÑO

Hay otro Tata en Bolivia, pero de orden civil. Es Tata Patiño, Su Majestad el Rey del Estaño.

Patiño, dentro de la modestia de casi todas las fortunas bolivianas, representa un caso de elefantiasis. El hombre, por resultado de una explotación minera afortunada, que puso en su camino uno de los yacimientos minerales más ricos del mundo, ha podido juntar millones de pesos. Del humilde capital con que se iniciara al que hoy posee, media una distancia astronómica. Una de esas distancias, que sólo pueden salvarse por el atajo del azar, del robo y de la explotación del derecho de los demás. Traspasó fácilmente el nivel de la riqueza media, para acrecentar su dinero, cada vez más y más, hasta romper aquel límite de la imaginación que constituye el record y que tanto apasiona a las mentes yanquizadas. Porque el record no es sino una forma del egoísmo refinado. Constituye el documento objetivo del triunfo indiscutible de un individuo o de un valor sobre los demás individuos y los demás valores. La fascinación que el record produce se debe al instinto individualista que la mayor parte de los humanos llevan dentro.

Esto dicho, hay que apuntar que en Bolivia no se quiebra esa ley uniforme del entusiasmo por el record. Al contrario, por una misteriosa transmutación de valores de juicio, Patiño es un hombre popular, que con sus cuantiosas cifras, triunfantes en las estadísticas mundiales, hace figurar el nombre de su patria en los ámbitos del comercio universal. Es un orgullo.

Recuerdo que alguna vez, en las calles de La Paz, un empleado de sueldo modesto me hablaba, con una indescifrable vanidad patrioter, de las riquezas de Patiño. "Tiene trescientos cincuenta millones de pesos", me decía. "Es conocido en todo el orbe". Y hablaba del porvenir del país cuando se intensificase la explotación minera, de que se construirían muchos palacios suntuosos, de que se asfaltarían las calles, de que La Paz tomaría los aspectos de las grandes ciudades.

Cierto es que él no tenía jacquet para concurrir a las fiestas, cierto es que había tenido que ir a la casa de empeños para poder gastar algunos billetes en los festejos, pues sus jefes, los agentes del señor Patiño, no habían concedido ni gratificaciones ni adelantos de sueldo. Pero el hombre miraba un futuro esplendente y eso le bastaba.

No alcanzaba a comprender que ese futuro sería pleno de felicidad sólo para el núcleo reducido de quienes acaparasen la producción. No había reflexionado que, con la distribución actual de la riqueza, ésta iba exclusivamente a las manos de unos cuantos. Ni siquiera había percibido el espectáculo del presente. Junto al señor Patiño, cuyas propiedades batían el record de producción de estaño, cuyos capitales son mayores que los de casi todos los hombres de negocio suramericanos, cuya

renta anual es superior a la del Fisco, sólo hay empleados que trabajan incesantemente y obreros que laboran jornadas eternas, sin más retribución que sueldos minúsculos y salarios franciscanos.

Tata Patiño es un magnate rodeado de esclavos. Sin embargo, muchos de esos esclavos tienen el placer absurdo y femenino de estar vinculados al hombre que ocupa un primer puesto estadístico. Resignados, quizás si por la vaga aspiración de que algún golpe de suerte los conduzca a formar parte del número de los escogidos, aceptan ese estado de cosas en el que unos cuantos disfrutan de placer y bienestar mientras la masa está explotada duramente.

Tata Patiño también comprende su papel. Sabe que su gloria y su popularidad — no basadas en ninguna cualidad espiritual — estriban en la distancia económica que lo separa de la masa. Todo aquello que disminuyese su riqueza, disminuiría su glorificación. Todo aumento, acrecentamiento es para su triunfo individual. Egoísta, sórdido, acapara y acumula, succionando el trabajo de sus dependientes. No le bastan sus millones actuales; quiere más, sin ceder nada; si por él fuera, monopolizaría toda la fortuna boliviana. Sería un record colosal.

Tiene la vanidad insolente y pueril de todos los rastacueros. Cuando hace viajes al exterior, ambula con las estridencias de un magnate oriental. En algún hotel neoyorquino, de lujo, alquiló cierta vez un piso entero, pagando sumas fabulosas. Hablaron de él como de un personaje pintoresco, como de algún reyezuelo africano que dilapidase en el occidente civilizado los dólares que le aportan el esfuerzo de muchas espaldas en ten-

sión, de muchos brazos en laboreo. Las agencias cablegráficas vibraron sorprendidas, anotando el hecho, significativo — ¡qué duda cabe! — del bienestar boliviano. Si la mirada curiosa del mundo hubiera investigado el origen de esa fortuna, se habría tenido que fijar en los rincones oscuros de la sierra del altiplano, donde miles de indios viven miserablemente, trabajando de sol a sol, para aumentar los sumandos de esos totales deslumbrantes. Pero los millones producen miopía, sordeza y mudez.

Cuando la guerra europea, Tata Patiño, que sabe que en su país lo conocen y que busca nombradía en públicos más culturizados, regaló varios hospitales espléndidos a los "defensores de la justicia y el derecho". Los ingenuos adalides del imperialismo inglés, norteamericano y francés gozaron de los beneficios que les dispensaba el gran magnate explotador de Bolivia. Sin embargo de esta generosidad de filántropo, jamás obsequió nada a su patria. En materia de edificios monumentales, que es el cauce usual de esa debilidad vanidosa que sin disminuir el pecado de origen, genera el filantropismo, Tata Patiño sólo concluyó un palacio en Queru Queru.

Un palacio miliunochesco, para vivienda propia, cuando, cada semestre, enferma del estómago y necesita reposo en la virgen pureza de las montañas. Él, y los cronistas sociales que lo adulan, anuncian, cuando tal ocasión llega, que Tata descansa, curando un persistente "surmenage". Aunque la terapéutica se limita al recetaje de bicarbonatos y purgantes, las gentes imaginan al magnate en una lenta reconstrucción cerebral. Hay espejismos que conmueven.

En Queru Queru tiene salones Luis XIV, alfombras de Damasco, porcelana de Sevres, quincallería de plata. Hasta los picachos serranos en donde lo ha edificado hizo llevar las maravillas y las comodidades de la civilización.

Debe narrarse una anécdota sintomática. Tata Patiño construyó en Queru Queru una instalación eléctrica. Pero únicamente para él. Los habitantes de las inmediaciones solicitaron que, previo pago tarifado, se les permitiese disfrutar de los beneficios y ventajas de la electricidad. El Rey del Estaño no accedió. De manera igual que con sus millones, quiso acaparar la eficiencia creadora de los volts. Si todos tuviesen luz artificial, Tata Patiño no sería Tata; sería un vulgar burgués acomodado y nada más. La electricidad lo individualiza. Si fueran franceses o yanquis, podría hacerse una excepción. Pero al mestizaje desabrido y sedicente, ¡jamás!

Los políticos le rinden pleitesía. En alguna ocasión por la fuerza de gravedad de sus millones, hizo cambiar la orientación gubernativa. Tata Patiño es omnipotente. Sin presidir los destinos de la República, tiene una influencia decisiva en el manejo de los hilos del poder. Ha logrado reinar no sólo en el estaño, sino también en la política.

No hace mucho tiempo que la economía fiscal tuvo una de sus crisis regularmente periódicas. La pobreza de la hacienda pública acarreaba dificultades inauditas. Un clamor popular se elevó hacia el Tata salvador. Patiño, condolido del pueblo que explota, al que debe toda su fortuna, accedió a hacer un empréstito. Cobra su interés escrupulosamente y tiene tantas garantías sobre la seguridad del capital prestado, que en realidad ejer-

ce una supervigilancia sobre la economía del país. Comparte con los yanquis el manejo de los fondos nacionales.

La situación de Patiño dentro de Bolivia es curiosa. El presupuesto boliviano asciende a cuarenta y cuatro millones de pesos; la renta anual del Tata llega a cincuenta. Su fortuna, según cálculos más o menos fidedignos, pasa de trescientos cincuenta. Toda ella la obtuvo Patiño extrayendo la riqueza del suelo, que una legislación convencional le ha otorgado en libre usufructo. Y sin embargo nadie le discute sus derechos. La deuda del país va en aumento y sus necesidades también; el dolor social urge, cada día más, de pronta cura. En tanto, el Rey del Estaño, prosigue impertérrito acumulando millones en una industria próspera. Permanece intangible.

Ninguna de las fracciones de la democracia criolla ha propiciado un remedio de urgencia, ajustado a una elemental concepción de justicia social, a pesar de que los términos del problema son evidentes por sí mismos.

La nacionalización de la industria de extracción del estaño es una obra imprescindible, que debe verificarse a corto plazo. El Estado puede y debe cancelar los derechos de propiedad que defienden a Tata Patiño. Por el falso respeto a esos derechos, nacidos de una convención modificable por la urgencia de las necesidades colectivas, se ha permitido la acumulación de centenares de millones de pesos que han hecho mucha falta al país. Sería absurdo mantener ese portillo de escape de la riqueza nacional. Tata Patiño tiene dinero suficiente para disfrutar de una vida tranquila en cualquier parte del mundo. Que ello baste a quie-

nes atienden al respeto del individuo, frente a las premiosidades de la masa. Suficiente largueza es otorgarle, a manera de indemnización, la deuda tácita que lo obliga a Bolivia.

Podría entonces la Nación, doblar su presupuesto y contar con enormes valores. Habrían recursos para construir obras públicas, multiplicar escuelas, legislar justicieramente el trabajo, abrir campos de actividad a todos los bolivianos.

¿Qué importa un Tata Patiño, engreído y millonario, ante la miseria y el hambre de dos millones de indios, obreros, empleados, de la clase explotada en general? Redimir a ésta con sacrificio de aquél es cumplir ley de justicia social.

Desgraciadamente esto no es fácil. Hay una alianza entre Tata Patiño y los políticos. Es la lógica y férrea alianza de la burguesía en sus varias ramificaciones. Nada puede hacerse contra el Rey del Estaño mientras subsista el actual régimen de vida colectiva y mientras preponderen las fuerzas de la democracia criolla. Para librar a Bolivia de la miseria fiscal, para conducirla hacia un porvenir mejor, para dar felicidad a los explotados es necesario que éstos se organicen, que tengan criterio de clase y que operen, no la revuelta arremangada y anodina, sino la revolución masculina y fundamental.

CAPITULO XII

EL INDIO, CAPITAL HUMANO DE BOLIVIA

Cerca del ochenta por ciento de la población de Bolivia es indígena. Y esta enorme mayoría de la población está sujeta a la mas ruda de las explotaciones económicas y está abandonada política y culturalmente. El problema vital de Bolivia, es, pues, el problema del indio.

Por eso, en los capítulos anteriores se ha insistido, con tanta frecuencia, en mostrar las características de la agobiante situación en que se encuentra la raza aborígen. Y aún se ha dicho poco porque toda insistencia será corta para descubrir la realidad boliviana. El mestizaje se ha colocado en una posición artificial y miope. Cuando algún lírico abordó el problema se detuvo en su aspecto literario o sentimental. La opinión general de los círculos tiene un concepto epidérmico y equívoco de su propio país. La tragedia del indio queda encamolada en las sierras, inédita o disfrazada.

Los políticos gobernantes no creen que el problema indígena necesita urgente solución. Les basta con el progreso exterior. De ahí que sólo se hayan preocupado por la traslación del institucionalismo democrático, practicado con la ineptitud y deslealtad ya señaladas. Los pequeños adelantos

de Bolivia son, pues, yuxtapuestos a la realidad. La masa nacional ha sido marginada. La economía social boliviana no la cuenta ni cree necesitarla. Igual cosa ha ocurrido en el orden político. Los mestizos han acaparado las funciones gobernantes por y para ellos. La consecuencia es clara: juzgando panorámicamente la situación de Bolivia, podemos decir que por sobre la raza indígena, que es el capital humano del país del altiplano, funciona una defectuosa pseudodemocracia enfocada hacia el vacío.

En mi modesto concepto, por razones de justicia, que son primarias, y por razones de economía científica, que son atendibles, hay urgencia en resolver la situación del indio, incorporándolo a la vida activa y liberándolo de la esclavitud integral a que está condenado.

El progreso de una colectividad no puede consistir, como hasta ahora se practica en Bolivia — con el aplauso sin reservas de los estadistas dirigentes, — en una industrialización regentada por capitales extranjeros. La base de la economía nacional debe apoyarse en el individuo capaz de aumentar su eficiencia productora, conforme a normas justas de recompensa para el esfuerzo y conforme a deberes tendientes a la armonía en la producción. Actualmente el individuo es un esclavo, cuya mayor eficiencia de orden físico sólo aprovecha al patrón. La economía boliviana descansa, en sus sillares fundamentales, sobre sindicatos capitalistas que producen anárquicamente, que no están incorporados definitivamente al territorio y cuyos saldos de utilidad no circulan dentro de la nación, vivificando las anémicas corrientes comerciales, sino que marchan hacia países lejanos e indiferen-

tes. Aún más, conforme está indicado anteriormente, la desproporción política existente entre Bolivia y los Estados cuyos capitales han industrializado sus serranías, produce un tutelaje repudiable, no tanto en nombre de una dignidad siempre abstrusa y convencional, sino en nombre de los intereses vitales del país. La abdicación de la soberanía no es una deshonra, como la llaman los patriotas: es más grave aún: es un suicidio.

De otro lado, la industrialización, sea patrocinada por extranjeros o nacionales, para ser benéfica tiene que estar condicionada a normas de justicia social. Al explotado no le interesa ni le alivia que el burgués sea compatriota y no estadounidense. Lo fundamental es que los resultados alcancen a todos y no queden usufructuados por una minoría. Lo fundamental es suprimir de raíz el dolor del hombre y darle cauces de incorporación al dinamismo comercial. Lo primero es obra de justicia, lo segundo de conveniencia colectiva.

En las condiciones actuales la mayor industrialización no respresenta ningún beneficio vital. Es un progreso deforme que pertenece a la teratología. Es cierto que en el barrio de Sopocachi, en La Paz, hay edificios de varios pisos, es cierto que el avance urbano se marca con decenas de cuadras adoquinadas, es cierto — y sería injusto omitirlo — que existen suntuosos palacios públicos, de estética discutible, pero de dimensiones elocuentes. En el orden vial los ferrocarriles cruzan Bolivia, dentro de la relatividad de la retórica; las carreteras unen las ciudades, los automóviles abrevian las distancias. Pero esta civilización material está yuxtapuesta a la triste y vergonzosa realidad social.

La masa nada gana con esto. La burguesía acapara todas las ventajas y las comodidades. Los ferrocarriles sirven, principalmente, para la cómoda explotación de los asientos mineros o agrícolas, fuente de las grandes fortunas y bases de la esclavitud económica. Las carreteras sólo pueden ser utilizadas por los automóviles de los Tata Patiño o los Aramayo, o los Tata Potros, ascendidos a algún obispado fructífero y sibarítico. Los indios, en cambio, seguirán tomando por los atajos rústicos, arreando su tropel de llamas y "chacchando" su coca. Las indias continuarán acompañándolos, jibosas y cansadas, llevando en la "alforja", a la espalda, al chiquillo desnudo y microbios.

Mientras subsista el salario minúsculo, mientras subsista la explotación en todos los órdenes, el indio no podrá gozar ni alcanzar los beneficios de una civilización que exige un índice mínimo de recursos financieros.

Además, esta clase de progreso material no constituye la felicidad integral de un pueblo, ni aún en el caso de estar condicionado por la justicia. De algo más que de pan, vive el hombre, dijo uno de los apóstoles de la Humanidad. Y ello significa un proceso educativo y moralizador que no se ha iniciado en Bolivia.

Por otra parte, la industrialización boliviana, el "progreso que avanza", como la llaman los políticos gobernantes, no ha logrado contagiar el sistema de la agricultura. La tierra está acaparada por los grandes latifundistas. El cultivo se hace por extensión, desperdiciándose inmensas zonas de terrenos aprovechables. Los conocimientos empíricos de la mayor parte de los agricultores causan perjuicios a los sembradíos. La producción pierde en

cantidad y en calidad, con respecto a los índices que podría alcanzar dentro de un funcionamiento más equitativo y más científico.

Ahora bien, tanto la industria como la agricultura, como la minería, por un elemental sentido de justicia — evidenciado en la triste condición de la raza aborígen — y por razones de conveniencia nacional deben incorporar al indio boliviano, que es el capital humano del país. Incorporarlo significa convertirlo en un factor eficiente, no en una bestia de carga, inanimada y sufriente.

Esta incorporación la dictan urgentemente las auténticas conveniencias sociales de Bolivia. La base de la prosperidad de una nación está directamente condicionada por la prosperidad de sus hijos. Es la misma lógica fatal que en matemáticas condiciona el volumen del total por el volumen de los sumandos. Construyendo un sistema económico que permita la expansión justa de cada factor individual, en un máximo de potencia que no signifique explotación al semejante, se obtendrá el aporte simultáneo y convergente de todos los individuos del país. La economía actual de Bolivia es otra. La minoría burguesa explota al indio y obtiene con ello ventajas inmediatas. No percibe que, hasta su misma posición, está anclada por el enorme peso que significan dos millones de indios ajenos al movimiento comercial. La capacidad productora, en el orden físico, de los indios, está íntegramente aprovechada por los capitalistas que los explotan. Pero Bolivia es un país riquísimo cuyo acrecentamiento económico exige el aporte individual en todos los órdenes.

tes. Aún más, conforme está indicado anteriormente, la desproporción política existente entre Bolivia y los Estados cuyos capitales han industrializado sus serranías, produce un tutelaje repudiable, no tanto en nombre de una dignidad siempre abstracta y convencional, sino en nombre de los intereses vitales del país. La abdicación de la soberanía no es una deshonra, como la llaman los patriotas: es más grave aún: es un suicidio.

De otro lado, la industrialización, sea patrocinada por extranjeros o nacionales, para ser benéfica tiene que estar condicionada a normas de justicia social. Al explotado no le interesa ni le alivia que el burgués sea compatriota y no estadounidense. Lo fundamental es que los resultados alcancen a todos y no queden usufructuados por una minoría. Lo fundamental es suprimir de raíz el dolor del hombre y darle cauces de incorporación al dinamismo comercial. Lo primero es obra de justicia, lo segundo de conveniencia colectiva.

En las condiciones actuales la mayor industrialización no respresenta ningún beneficio vital. Es un progreso deforme que pertenece a la teratología. Es cierto que en el barrio de Sopocachi, en La Paz, hay edificios de varios pisos, es cierto que el avance urbano se marca con decenas de cuadras adoquinadas, es cierto — y sería injusto omitirlo — que existen suntuosos palacios públicos, de estética discutible, pero de dimensiones elocuentes. En el orden vial los ferrocarriles cruzan Bolivia, dentro de la relatividad de la retórica; las carreteras unen las ciudades, los automóviles abrevian las distancias. Pero esta civilización material está yuxtapuesta a la triste y vergonzosa realidad social.

equitativo y justo. Así habrá felicidad para todos, trabajo para todos, riqueza para todos. El dinamismo y el espíritu constructivo de la población, el anhelo de superación continua, sólo podrá excitarse desterrando la explotación humana que hoy impera en los campos agrícolas, en los yacimientos minerales, en las industrias urbanas; alejando los intereses máximos creados por el capitalismo extranjero; variando el sistema de las relaciones de los individuos entre sí y de los individuos con el Estado y con el Capital.

¿Quiénes pueden hacer esta obra?

Las nuevas generaciones de Bolivia. En los campos obreros y estudiantiles hay muchos espíritus fuertes, sobrecogidos por el dolor de la nación, anhelantes por transmutarla, conduciéndola por caminos de promisión. En esas filas no contagiadas por la democracia criolla, inmoral y absorbente, se incuba el porvenir.

¿Cuál es el camino?

Uno, solamente. La revolución de contenido social.

CAPITULO XIII

LA REDENCION DEL INDIO

El problema del indio, dentro de las opiniones conservadoras, que rechazan perentoriamente su redención económica y cultural; sufre de varias tesis solucionistas. La exclusión y la inmigración figuran como factores principales, ya singularmente, ya combinadamente. Debe hacerse un análisis somero de estas opiniones para examinar sus posibilidades de eficacia y sus índices de justicia.

La tesis exclusionista se inspira directamente en el ejemplo norteamericano. Como se sabe, los EE. UU. eliminaron a los pieles rojas del oeste por medio de las matanzas ejecutadas en nombre de "la civilización" o por el constreñimiento dentro de estrechas fajas de territorio.

Salvando, por cuenta de un elemental sentido humano, la reserva vertical y definitiva que el sistema de asesinato colectivo debe inspirar a todo ser justo, se encuentra, además, que no hay similitud de términos sociales entre Bolivia y los EE. UU. El tanto por ciento que los pieles rojas representaban en la población norteamericana era muy inferior al que representan en el país del altiplano. Allí fueron una minoría racial divorciada del desenvolvimiento sociológico. Aquí son la ma-

yoría, la masa productora. Por otra parte los déficits de vidas originados por la aplicación de tal sistema, se cubrieron rápidamente con las grandes corrientes inmigratorias que favorecieron a los EE. UU. En Bolivia no puede ocurrir lo mismo puesto que la inmigración minúscula, dígita, no tiene fuerza vitalizadora.

Igualmente es imposible aislarlos en los arrabales del país, confinarlos en conjunto. Los indios son los obreros de todos los mecanismos de producción, son los que mueven el organismo social, son las células del gran cuerpo colectivo.

Hay quienes hacen cálculos optimistas sobre los resultados de la inmigración de razas europeas. Pero la migración, que es un fenómeno sustantivamente económico, no puede estar regulado por la buena voluntad o la propaganda, más o menos retórica y convincente, de los gobernantes interesados. El exceso de población europea se trasporta hacia los países más cercanos geográfica y culturalmente. Argentina, Brasil y Uruguay acaparan las corrientes emigratorias de España, Italia, Rusia, Alemania. Hay un cauce profundo difícilmente desviable, que las conduce hacia esas tres repúblicas. Bolivia, por su mayor distancia geográfica y por su menor adelanto integral, no puede atraer, tentadoramente, el movimiento de traslación humana. Ocurriría lo mismo que ocurrió en el Perú, donde se hizo un ensayo pautado por la lírica y el prontismo, en un intento de inserción anticientífica e ilógica. Llegaron inmigrantes europeos que sufrieron mil penurias y que concluyeron por regresar a sus países. En cambio la costa se cubrió de asiáticos, japoneses o chinos, que arribaban cumpliendo fatales mandatos del flujo y reflujo socio-

lógico, conforme a las leyes de la menor distancia y la mayor comodidad de adaptación, leyes que son la bifurcación de la ley-síntesis del menor esfuerzo, reguladora y normativa de todos los fenómenos humanos.

Es absurdo, pues, suponer que pueda verificarse un injerto social a base de elementos europeos. No hay factor de cantidad. Pero tampoco hay factor de calidad. El ario y el indio tienen psicologías diferentes, opuestas. Física y espiritualmente se rechazan. No podría realizarse un ensamblamiento que condujese a la difuminación del tipo aborígen. Continuaría acrecentándose ese caudal étnico de dos millones de individuos, sin disminuir en sus características raciales.

Así examinadas puede arribarse a la conclusión de que ninguna de las tesis puede solucionar, fundamentalmente, el problema. No hay más realidad que salvar al indio, dentro de sus modalidades congénitas. Constituye el capital humano, constituye el país, constituye el porvenir.

La burguesía, además de defender sus intereses, objeta que no puede redimirse al aborígen porque es un ser abyecto y postrado, una expresión biológica donde se confunden el hombre y la bestia. No hay error más fundamental que generalizar este concepto. Los escasos ejemplares de esa posible degeneración, más que a la patología pertenecen a la sociología. Las causas determinantes de esa condición no nacen en el individuo, nacen en el Estado. Es cierto que el indio tiene defectos similares a los que, dentro de distintos grados o especies, afligen a la Humanidad, pero es absurdo suponer que son defectos absolutos, vitalicios, irremediables.

Sin intentar una interpretación integral de la psicología indígena — que no cabría dentro de mis aptitudes ni dentro de las dimensiones de este trabajo — me atrevo a afirmar que los roces del indio con el estado actual de la sociedad le han creado una fija modalidad espiritual: su resignada desconfianza. Con esta modalidad tropieza todo intento redentor, por parco y limitado que sea. Esa misma modalidad, al traducirse en los actos cotidianos, se exterioriza en infinidad de defectos, que el mestizaje mira horrorizado, pero que son eliminables por un plan científico, auténticamente cumplido.

Es cierto que el indio es indolente, pero porque sabe que cuando trabaja y produce, le roban.

Es cierto que es ebrio, pero porque la ebriedad es el único cauce libre para aliviar su dolor. El fenómeno, generalizado en los hombres que se denominan civilizados, es disculpable en su caso, pues lo fomentan y auspician los propios explotadores, interesados en anular al individuo por cualquier medio.

Es cierto que el indio, a veces, es hipócrita, y ello es lógico pues ni cree, por su dura experiencia de desengaños, ni puede manifestar sus dudas, so pena de recibir castigos.

Es cierto que el indio suele tornarse sanguinario y cruel, pero es porque cuando el justo dolor pierde resignación, se transforma en violencia.

Es cierto que el indio es fanático e ignorante, pero porque la Iglesia, con la complicidad gubernativa, absorbió y aprovechó de sus naturales primitivas supersticiones y porque el Estado jamás se preocupó de llevarle escuelas donde se diese una educación real.

Es cierto que el indio no cree en que ningún esfuerzo ajeno habrá de beneficiarlo, pero es porque lo han engañado durante cuatrocientos años quienes se llamaron primero "civilizadores", después "libertadores", ahora "demócratas progresistas".

Es cierto que no busca por sí mismo su liberación, pero es porque conoce que lo ametrallaría el Estado, porque conoce que es débil y que su honda primitiva o su flecha envenenada no podría triunfar sobre el fusil o la bayoneta del mestizo. David venció a Goliath, dicen los amantes de los parangones líricos, pero en tiempos de Goliath y de David no había ni pólvoro ni plomo. La anécdota tiene un valor simbólico, bello, pero antiguo. Es muy hermosa, muy "siglo a. c.", pero intraducible a este nervioso y humeante "siglo XX".

La trágica experiencia de cuatrocientos años — ya que la variación de la independencia política nada trajo de fundamental para el indio — lo ha replegado sobre sí mismo, lo ha encaracolado, generando esa característica psicológica: su resignación, su desconfianza, su inhibición y abulia y su excepticismo e indiferencia.

Y, ahora bien, ¿no es susceptible de modificarse esta composición mental?

Se arguye que nó porque el indio no tiene condiciones espirituales. Falso, falso, de toda falsedad, revelante sólo de ignorancia o de malicia.

La civilización indígena, segada por la conquista española, nos revela la existencia de valores superiores en el mundo del espíritu. Su organización social, aunque a base de una autocracia religiosa, eliminaba la pobreza, desterrando la injusticia social y revelando un sabio criterio de economía distributiva.

No había en la vida de los aborígenes el acente prurito de acumular riquezas, de explotar al hombre, sino más bien un cumplido deseo de ayuda mutua, de cooperación. La consecuencia de esta orfandad de ambiciones egoístas repercute hasta hoy en el espíritu del indio. El indio, efectivamente, no tiende a acumular riqueza personal, no tiene aspiraciones de ahorro, no busca destacarse por los valores monetarios. Es, por esencia, parco y contentadizo en este aspecto.

Su espíritu solidario, muy desarrollado, hizo factible el comunismo parcial de tribu o "ayllo". En ese mismo espíritu solidario, que ha sedimentado hasta los indios del presente, puede fincarse un sistema social que, conservando las modalidades de la comunidad, permita librarlos de la esclavitud económica, mediante una repartición científica del trabajo, los productos y las recompensas.

Cuando ello se realice — lo que no es incompatible con las exigencias del industrialismo moderno o de la producción agrícola, que permanecerían inalteradas en sus funciones de distribución extranucleales —, se verá que el indio abandona su indolencia y se convierte en un factor eficiente de trabajo, principalmente amoroso del cultivo de la tierra, capaz de producir, cualitativa y cuantitativamente, lo necesario para sí mismo y para los sectores no agrícolas.

Si las características sociales del indio son compatibles con la producción moderna, si es fácil darles existencia mediante el cambio del sistema de relaciones económicas, no menos fácil es adaptar al indio en los otros planos de la cultura, no alcanzados por su civilización y que hoy constituyen el rico patrimonio de la humanidad.

Su maravilloso sentido artístico revelado en la música y en las instituciones decorativas y arquitecturales, su total comprensión de los valores morales, su paciencia creadora, su constancia en el trabajo son virtudes existentes, más o menos atargadas y recónditas, pero existentes en todos ellos. Esto permite deducir, con encadenamiento natural, que del indio puede hacerse un hombre eficiente para la vida moderna, con muchas cualidades meritorias y sin muchos defectos netamente occidentalistas.

Pero todo esto requiere un doble plan, económico y cultural; paralelo, conjunto y simultáneo.

La división del gran latifundio acaparador e improductivo y su repartición o reentrega a las comunidades indígenas, permitirá, al mismo tiempo que dar índices de comodidad a los aborígenes, un inmediato crecimiento de la producción agrícola, sustituyéndose el cultivo extensivo por el intensivo. Desaparecerá así ese ignominioso feudalismo que perdura en Bolivia sobre el dolor acumulado de muchas generaciones de campesinos.

La nacionalización de las principales industrias mineras — donde la interna competencia privada no es necesaria para el aumento de la producción, urgida suficientemente con las exigencias del mercado mundial — permitirá, bajo un régimen de salarios razonables, redimir al peón indígena. Igualmente, la nacionalización de aquellas industrias urbanas — que han llegado al máximo de su capacidad, por la vía de las rivalidades — y de las asentadas sobre servicios públicos con igual sistema salarial, liberará al obrero de la ciudad, al mismo tiempo que producirá un rebajamiento en el costo medio de la vida individual.

Un científico y justo régimen de impuestos a la utilidad, desplazando las cargas estatales del pueblo trabajador hacia la minoría burguesa, oxigenará, por decirlo así, la hoy dolorosa vida proletaria.

Además, el propio gobierno relativo, descentralizado, municipalizado, permitirá la satisfacción justa de las necesidades perentorias de la colectividad con el conocimiento y autenticidad de que hoy carecen los gobernantes mestizos. (1).

Pero no bastaría este plan material. El indio necesita — ya queda dicho — de un urgente plan educacional redentor.

Para el indio no basta con la escuela primaria común, racionalista, de tipo epidérmicamente instructivo. Eugenio D'Ors hace notar, — en un notable ensayo último, con mínimos defectos secundarios, congénitos a la concepción a tanta distancia geográfica y espiritual, — que hay una división neta en el ambiente espiritual boliviano. El sector mestizo, con cultura europea, que opera sobre el indio por medio de la instrucción correspondiente a su mentalidad y el sector aborígen que opera sobre el criollo por medio de su folklore.

Critica D'Ors la posición rígida del "maestro de Paraná". Y dice, casi literalmente, que el maestro del indio debe colocarse frente a su alma primitiva, en actitud plenamente espiritual, conociendo y manejando, nó los registros del entendimiento, tan sólo, sino los de la vida.

(1) En sus líneas generales, las anteriores medidas coinciden con las propiciadas por el sector juvenil revolucionario del Perú, para la solución del problema económico de ese país, casi identificado a Bolivia en sus caracterizaciones étnicas, políticas, mediales, etc.

Efectivamente. Ante el indio hay que presentarse como sacerdotes laicos, abarcando todos los contornos espirituales, sin limitarse al dictado dogmático de la esencia de falsos conocimientos primarios. Hay que actuar con reactivos morales, ejemplarizándolo con el deber cumplido, elevando su nivel de vida, orientándolo a un mundo intelectual y moralmente superior, cuyas normaciones convencionales sean justas.

D'Ors habla de la eficacia cultural del folklore, diciendo que se le debe utilizar como acueducto de superación, dotando a la costumbre de normalidad jurídica, al sentimiento de sociabilidad benévola, al mito de simbólica verdad.

Sobre los sillares de la actitud espiritual de los maestros, de la utilización del folklore y de la premisa aceptada de la conveniencia del trabajo intensivo, formula esta síntesis de su proyecto educacional: "Una educación pública que continúe y perpetúe la obra de arte popular. Una educación que inspirada en el folklore se cifre en la artesanía."

La gradación de esa educación sería la siguiente:

1o. Identificación de la llamada primera enseñanza con la agricultura. En torno de este aprendizaje — que no enseñanza — quedan las nociones de la realidad que hoy pretende dar la escuela primaria, sustituible ésta, — condicionalmente a la eficacia total, — por la granja.

2o. Identificación de la segunda enseñanza con la artesanía. En torno de ésta se colocará la tarea de intensificación y complejización de conocimientos, propia de este período.

3o. La Universidad, siempre profesionalista, que educaría maestros, médicos, ingenieros, etc.

40. Y, finalmente, a un grupo muy reducido, seleccionado por los círculos anteriores, producto de una cultura general, quedaría reservada la especulación filosófica, física y matemática.

Como característica general del sistema se advierte su previsión social, pues comprende la salvación por retroceso, en el caso de que el avance de un círculo a otro determine un fracaso. Fundamentalmente el sistema se basa en que sólo se conoce bien aquello que se hace, por lo cual, como corolario o síntesis regulador, debe repetirse: "en todos los grados, hacer, hacer, hacer; practicar, practicar, practicar.

Fácil es calcular los inmediatos resultados de tal orientación educacional. Bastarían para transformar al país la implantación, por crecimiento geométrico, de las granjas instruccionales que capaciten al indio en las modalidades modernas del trabajo, perfeccionando sus sistemas empíricos y anticuados, al mismo tiempo que elevando su vida interior por los medios espirituales de que habrían de valerse los nuevos sacerdotes laicos.

Eliminada la esclavitud económica, disminuía — jamás obtenemos su anulación — la ignorancia en que se le ha mantenido, el indio verá más amplios horizontes de vida, tendrá una existencia menos dolorosa y más bella. Será entonces un factor eficiente del crecimiento colectivo.

Resumiendo: el indio constituye un problema vital, soluble en plazo más o menos largo. Pero hay que decir la verdad: quienes quieran iniciar una integral acción redentora deben luchar contra las murallas terribles de la incomprensión, contra los intereses de la burguesía criolla en complicidad con el capitalismo extranjero.

Obra tamaña demanda, además de una dedicación absoluta y de una límpida honestidad en los propósitos, aquel esfuerzo magno y multitudinario, que sólo insuflan las masas y que transforma las revueltas en revoluciones.

CAPITULO XIV

BOLIVIA, PAIS MEDITERRANEO

A raíz de la guerra del Pacífico, iniciada el año 1879 entre Bolivia y el Perú, por una parte, y Chile, por la otra, perdida por los aliados, el país vencedor se incautó del departamento de Antofagasta o sea todo el litoral boliviano. Tal anexión de hecho fué aceptada en derecho por el tratado que en 1904 pactaron las cancillerías de Santiago y de La Paz.

Bolivia quedó encerrada dentro de sus montañas, sin ninguna comunicación directa con el mercado mundial. Todos sus productos, todas sus importaciones están sujetas a las vías extranjeras de Mollendo, Arica, Antofagasta y Buenos Aires, por los ferrocarriles respectivos.

Esta situación de dependencia dificulta enormemente el comercio exterior, trabándolo y encareciéndolo, impide el ingreso de pequeños capitales de trabajo y asfixia, por decirlo expresivamente, el movimiento económico de Bolivia.

Las aduanas extranjeras y el aumento de la distancia son barreras para el exterior, cuyas dificultades repercuten no solamente en el campo comercial. Las renovaciones ideológicas del mundo apenas pueden filtrarse por los intersticios de esta situación de encierro. A sus cuarenta años de vida mediterránea debe Bolivia muchos de sus defectos.

Así lo ha comprendido la mayor parte de sus hijos que ha hecho de la aspiración genérica al puerto, el ideal nacional. En todos los lugares del país del altiplano, donde la cultura permite cierta visión superior a la de las necesidades inmediatas, se percibe este afán hondamente arraigado.

El puerto para Bolivia, además de significar una imperecedera ambición nacional, es una necesidad y una justicia que de no satisfacerse complicaría la paz en la América Latina.

Desgraciadamente el problema no es tan sencillo ni en su planteamiento ni en su solución. Las circunstancias del "ahora y el aquí" impiden absorberlo definitivamente conforme a la justicia social.

El ideal latinoamericanista, vale decir, la conjunción política de nuestros países lo haría desaparecer. Conforme a esta doctrina se debe relegar la cuestión a un segundo plano. Pero, pensando, cuerda y sinceramente, en la posibilidad inmediata de esa fusión de nuestras nacionalidades, se comprende que la turbia realidad presente no permite suponerla factible para época tan cercana que aconseje la paciencia de Bolivia, encerrada dentro de las vallas de sus montañas.

El problema es urgente y a corto plazo. Hay que aliviar la angustia, preñada de peligros fratricidas, en que vive ese país hermano.

Circunscribiéndolo a las actuales características políticas y geográficas, procuraremos su estudio concisamente.

La primera consideración que surge es la de fijar las derivaciones beneficiosas del puerto marítimo. Si subsiste la organización actual, si la mayor parte de la población sigue esclavizada y opri-

mida, es evidente que los únicos favorecidos serán los grandes industriales, mineros y latifundistas, extranjeros o mestizos. Tata Patiño podrá exportar su estaño por ferrocarriles propios, en buques propios; lo mismo hará el señor Aramayo con su bismuto y los norteamericanos con su plata. Pero el obrero seguirá igualmente explotado. Ciertamente es que el crecimiento industrial sobreviniente a la obtención del puerto, repercutirá disminuyendo la desocupación y produciendo, quizás, el alza de salarios por la escasez de brazos. Pero al mismo tiempo y por la misma causa, se afirmará el poderío y se ajustará más sólidamente el asentamiento del capitalismo privado, incontrolado en sus ambiciones.

No obstante, como se desprende del planteamiento del problema, es tan urgente el puerto para Bolivia que bien puede ponerse el hombro a la tarea de conseguirlo con tal de no disminuir la vigilancia de los explotadores ni decrecer en el esfuerzo liberador de los explotados.

Examinemos las tesis exhibidas hasta hoy.

La política boliviana ha girado alrededor de dos doctrinas: la de la "reintegración total", sostenida por el partido republicano, y la "practicista", defendida por los liberales.

La primera sostiene que el resultado de la guerra, o sea la pérdida del litoral marítimo, fué una solución de fuerza. Conforme a los postulados de justicia internacional, triunfante después de la gran guerra — al decir de las naciones vencedoras —, y que condenan la expansión territorial por la simple conquista, Bolivia tendría derechos inalienables e imprescriptibles para reclamar el territorio arrebatado. Además de esta argumenta-

ción, de orden jurídico, el partido republicano ha esgrimido todos aquellos razonamientos sentimentales, basados en la "venganza de los caídos", "el mandato de los muertos" y "el inútil sacrificio de los héroes", sobre cuya consistencia mental se hace gracia de crítica al lector inteligente.

Contra esta doctrina Chile sostiene que la cesión no fué impuesta por la fuerza, pues el tratado de 1904 se celebró en plena paz, cuando no había ninguna presión sobre la cancillería del altiplano, a pesar de cuya circunstancia la diplomacia boliviana aceptó la cesión a perpetuidad del litoral marítimo. Ciertamente es que ese pacto no llegó a obtener la aprobación del Congreso, pero tampoco ha sido rechazado y en tales condiciones, conforme a precedentes, conserva su validez. Digno de anotarse es, sin embargo, que la argumentación de la cancillería del Mapocho, se fundó, medularmente, en su célebre doctrina: "el derecho de la fuerza".

Pero, apartémonos de este planteamiento puramente teórico, abstracto y distante de la realidad, para estudiar las razones de orden social que pesan en el asunto.

Como se sabe, Antofagasta es un departamento muy rico. La producción salitrera que allí se obtiene constituye la fuente de gran parte de los recursos fiscales de Chile. Bien se conoce que este país tiene un territorio árido y que aumenta, paavorosamente, la gravedad de su problema económico interior. Si Chile perdiese Antofagasta, vería mermadas hondamente sus rentas estaduales y se abocaría a una verdadera crisis financiera, cuyas consecuencias son imposibles de prever. En estas condiciones habrá de defender su territorio con la fiereza con que el hombre defiende su alimento.

Pero no es ésta la única razón. Antofagasta, etnográficamente, es ahora chilena. La población boliviana constituye una pequeña minoría. Pretender el desplazamiento de los habitantes chilenos, por elementos bolivianos, sería aceptar la ley del Tali6n, rechazada por los nuevos postulados de justicia internacional que, en su afán por respetar los intereses mayoritarios, establecen, al contrario, el derecho de determinaci6n de la nacionalidad por la mayoría de votos de los habitantes.

Hay más inconvenientes aún. La bolivinizaci6n de Antofagasta dividiría el territorio bajo la soberanía chilena. Sería una interpolaci6n que rompería la continuidad geográfica de Chile. Al sur de Antofagasta está la porci6n más grande del país. Al norte está el departamento de Tarapacá, tomado al Perú en 1879, cedido "a perpetuidad" por el tratado de Anc6n y sobre cuya posible reivindicaci6n peruana se ha hecho abandono total en el protocolo de Wáshington de 1922. Dividiría a la naci6n chilena, creando una situaci6n sin paralelo en el mundo.

Todas estas razones demuestran que la recuperaci6n íntegra de Antofagasta es una exigencia antisocial, obtenible sólo por medios violentos. Pero el país del altiplano, tampoco cuenta con éstos. Una sumaria comparaci6n entre las fuerzas chilenas y bolivianas arroja un saldo muy grande a favor de las primeras. Hay estrabismo al mirar el problema con esta doctrina intransigente. Y aunque Bolivia fuese militar y econ6micamente superior a Chile y pudiese llevar a cabo, victoriosamente, una reivindicaci6n por las armas, puede afirmarse — aparte de la amurallada oposici6n a estos crímenes sociales, beneficiosos tan sólo para

la burguesía — que el remedio sería peor que la enfermedad.

La tesis "practicista" surgió con la presidencia del caudillo liberal Montes. Consiste en solicitar para Bolivia las dos provincias que actualmente constituyen la manzana de discordia entre Perú y Chile. Basamenta su tesis argumentando que Arica es la "salida marcada por la naturaleza" para los productos bolivianos y además que esa sería la mejor solución transaccional. Ambos países rivales declinarían en sus propósitos creando, por la renuncia de sus derechos a Bolivia, una zona neutral entre sus territorios que amortiguaría los odios existentes.

Tacna y Arica son las dos provincias que a raíz de la guerra del Pacífico pasaron del poder del Perú al de Chile, por un término de diez años, al cabo de los cuales un plebiscito debió fijar su definitiva nacionalidad. Circunstancias que no es del caso analizar, impidieron la realización de la consulta sufragánea establecida, permaneciendo, las dos provincias, en poder de Chile, sin que se avisase la solución jurídica de su nacionalidad.

En estas condiciones se pactó el protocolo de Washington, en 1922, que dió origen al arbitraje del presidente norteamericano, Mr. Calvin Coolidge, quien falló por la fórmula plebiscitaria como medio de fijar la soberanía definitiva de esos territorios.

La votación, consagrada por el laudo, está circunscrita a optar entre Perú y Chile. No es posible suponer que Bolivia obtenga la mayoría de los votos, no sólo porque los ciudadanos bolivianos son minoría étnica, sino porque los términos del fallo no admiten esa emergencia.

El arbitraje americano hirió de muerte, pues, la tesis practicista, con su limitación dilemática, excluyente de tercero en discordia. Y ese arbitraje está apoyado por tres naciones cuya fija orientación diplomática no permite suponer variaciones de rumbo, favorables a la solución del conflicto por medio de la dación a Bolivia de la zona íntegra en disputa.

Además de esta situación legal, un ligerísimo examen del estado espiritual de Perú y de Chile basta para producir el convencimiento de que hay tal fervor en las tesis respectivas, por parte de las respectivas colectividades, que no es posible plantear el practicismo como medida que cuente con el apoyo popular de esos países.

En Chile, además de intereses económicos, impresiona un fuerte afán tercamente orgulloso de su nacionalismo vencedor. En Perú, que defiende una reintegración apoyada por la justicia, hay un respetable movimiento de opinión que ha hecho de las provincias de Tacna y Arica el símbolo de una aspiración sentimental, lírica e impresionante. Median también otras razones. La población peruana, desplazada de Tacna y Arica por una violenta campaña de "chilenización", ha creado, con la interferencia de núcleos de desterrados en las distintas zonas del Perú, un conflicto económico a causa de la escasez de trabajo y de la ninguna eficiencia de esos factores, bruscamente arribados, a los cuales el Estado se ve obligado a sostener con más o menos honradez y éxito.

Resulta imposible, visto lo anterior, suponer que la tesis de "Tacna y Arica para Bolivia" cuente con la aquiescencia actual de Perú o de Chile.

Ultimamente ha surgido una doctrina que auspicia la revisión del tratado de 1904, y que, en su fondo, alimenta una tendencia transaccional que tomaría expresión con la dación a Bolivia de una faja lindante con el mar, pero sin la rigidez del "revanchismo" ni la inoportunidad del "practicismo".

El gobierno del Perú, en discurso oficial de su presidente actual, ha hecho a Bolivia el formal ofrecimiento de cederle una porción territorial que le brinde las rutas oceánicas. Es verdad que tiene un carácter transitorio, pues la condiciona a la reivindicación definitiva del suelo boliviano. Pero la tesis resolvería la agudización del conflicto y, no teniendo plazo cronológico, la condición podría prolongarse indefinidamente.

Simultáneamente la cancillería del Mapocho ha insinuado, más o menos veladamente, que contemplará la mediterraneidad de Bolivia y le dará salida al Pacífico.

Indudablemente que el resultado del plebiscito pendiente tiene carácter de cuestión previa. Mas, todos los síntomas de la política internacional parecen coincidir en la satisfacción del justo anhelo boliviano. En los días en que estas páginas se escriben no se considera imposible la iniciación de arreglos directos, patrocinados por los EE. UU., con ingerencia del país del altiplano. Caso de fracasar esta tendencia sería sustituida, por los similares deseos coincidentes de los gobiernos de Perú y Chile, para después de la votación plebiscitaria.

Esta debe ser la solución. Las tres naciones deben deponer exigencias antisociales. En acuerdo común, después de finiquitar el litigio actual, lo que sucederá en corto plazo, debe cederse a Boli-

via una faja y un puerto en el lugar que determinen las circunstancias y conveniencias mutuas. (1)

De otro modo no habrá concluído el pleito del Pacífico ni habrá paz en Suramérica.

Los núcleos renovadores de Latinoamérica deben esforzarse por crear una formidable agitación colectiva, que actúe como un mandato imperativo sobre los tres gobiernos y que dé por resultado la liberación exterior de Bolivia. Después, y quizás simultáneamente, por el empuje de los espíritus revolucionarios de la generación del centenario, se obtendrá la liberación interior.

(1) Ver Apéndice No. 1.

CAPITULO XV

DE LA VIDA ESTUDIANTIL

Marginando el bullicio pirotécnico del alborozo oficial, los estudiantes se habían reunido frecuentemente. Círculos de conversadores de todos los países de la América Latina habían comentado los problemas eternos y los problemas actuales. Eran charlas sin academicismo y sin falsía. A veces en las bancas de la plaza pública, a veces en largos paseos nocturnos, bajo el estrellado cielo serrano, por los rústicos caminos de los arrabales. Todos coincidían en un afán idealista y generoso.

La Federación Universitaria se encargó de dar contornos protocolares a esta fraternización. Una mañana de agosto, que fué un paréntesis dentro del programa de festejos mundanos, casi sin anuncio previo, pero con una concurrencia que se apretaba hasta en los confines del salón de actos, se reunió la juventud universitaria de La Paz para recibir a los delegados de Argentina, Chile y el Perú. (1)

Fué un episodio de vibración y de esperanza. Voces internacionalistas hablaban, fervorosamente, de la solidaridad en la campaña común. Se denotó bizarramente al despotismo saavedrista; se hicieron

(1) Ver apéndice No. 2.

votos por el advenimiento de los ideales latinoamericanos. En el salón, caldeado de entusiasmo, palpitaba el porvenir. Era el índice de una nueva sensibilidad que marcaba un divorcio entre las generaciones mozas y los dómines prejuiciosos y localistas.

A su conclusión, los reunidos, con una síntesis de las ambiciones comunes, remitieron un expresivo telegrama al presidente de la Unión Latino Americana, maestro Alfredo L. Palacios.

En el ambiente frívolo y jazzbándico de los festejos, la asamblea universitaria tuvo estridencias de protesta. Su entusiasmo y su intención repercutieron contra la tiranía dominante. Hubo más expresiones de este orden. A los pocos días, a raíz de un desfile escolar en el que tomaron parte los alumnos de las universidades, se produjo un violento incidente. Según el ritual escrupuloso ideado por el maestro de ceremonias oficiales, las banderas debían hacer una pausada reverencia al cruzar frente al palco donde el presidente Saavedra digería el último banquete palaciego. Los estudiantes que llevaban la enseña patria la mantuvieron erguida, insumisa. Saavedra montó en cólera y despertando del aburrimiento con que contemplaba la caravana escolar, dió órdenes enérgicas a un militar emplumado. Se quería obligar el retorno de los estudiantes para el cumplimiento del protocolo. Discutieron y amenazaron. Pero la muchachada no cedió. El tumulto se hizo de cuerpo y convirtiéndose en una bulliciosa manifestación callejera que daba vivas a la libertad y mueras a la tiranía.

En Sucre, cuando, semanas anteriores, el jefe del gobierno acudió a esa ciudad a celebrar las fiestas centenarias, había ocurrido algo similar. Los universitarios sucrenses, que ya habían sido víctimas, va-

rias veces, de los desmanes del poder, no ocultaron su repudio al dictador. Las consecuencias fueron graves. La fuerza pública disolvió los mitines con rudeza sanguinaria. Hubieron heridos, presos, confinados. Finalmente, sin poder escapar a esa ojeriza recóndita que los materialistas guardan por las instituciones de altos estudios, Saavedra hizo clausurar la Universidad y los colegios secundarios anexos.

Estos incidentes, simples eslabones de una cadena de roces con varios años de duración, patentizaron la oposición antipódica entre los estudiantes federados y el gobierno.

Conviene, a su luz, precisar un tanto los contornos de la posición estudiantil, que aunque intermitente y oscilatoria, puede enmarcarse dentro de líneas generales.

El factor que más impresiona al estudiantado boliviano es el factor político. Frente a su apreciación se produce la primera diferenciación de fuerzas. Hay un partido gobiernista, pero es obligación consignar que está formado, en su mayor parte, por los empleados de gobierno, los hijos de los actuales diputados, senadores o políticos de alto vuelo. Su número es muy limitado. En las últimas elecciones fueron vencidos por los estudiantes opositores. Por su escaso valor cuantitativo y por su nula consistencia cualitativa no debe considerársele al juzgar la orientación universitaria boliviana.

El gran núcleo de alumnos está, pues, contra el poder. Su institución representativa, la Federación, es uno de los órganos más activos en la exteriorización de la protesta pública y es, casi, el único de sinceras manifestaciones idealistas.

Dentro de este sector, insistiendo en el análisis, se descubren nuevos matices producidos al afrontar

los problemas del valor de los partidos históricos, su rol en la próxima renovación necesaria y las proyecciones sociales de ésta. Hay acuerdo en lo negativo, pero hay discrepancias en lo constructor.

Un grupo de estudiantes está influenciado por el liberalismo. Ataca al señor Saavedra y al señor Siles por las mismas razones, casi, que mueven al señor Escalier o al señor Villanueva. Felizmente, el total de sus miembros cabe dentro de los números dígitos.

La gran masa de muchachos dinámicos, usufructuantes del movimiento de protesta, piensa, como lo dijera en un brillante alegato presentado al congreso de la nación, que su acción debe ser "independiente de los fracasados partidos históricos, que han desarrollado sólo la tragedia de cien años de vida seudodemocrática".

No sólo el divorcio de los métodos de la vieja política distingue y caracteriza al estudiantado de la Federación, sino, principalmente, su sensibilidad frente a la cuestión social. En ese segmento, que abarca a los más capaces, se comprende que los males que impiden el progreso boliviano no podrán ser extirpados sino por un movimiento muy hondo, que altere los principios individualistas y empíricos del régimen de la primera centuria. Por eso, en el alegato citado, afirmaron que "la patria nueva habrá de fundarse sobre la base de las fuerzas vivas de la nación: intelectuales y obreros". Por eso también, en un arranque de entusiasmo, bello por su pasión, se adhirieron a las conclusiones del Primer Congreso Nacional de los Trabajadores que había encauzado el movimiento proletario, dando forma tangible a las reivindicaciones mínimas.

Ahí trabajan y activan Enrique Baldivieso, Luis Ballivián Saracho, Carlos Gómez Cornejo, Lucio Díez de Medina, Luis Felipe Piérola y tantos otros, más o menos modestos o anónimos fautores.

Insertado dentro de ese grupo, quizás impulsándolo definitivamente, está el sector de la extrema izquierda acampado bajo la denominación de "Claridad". Hace ya mucho tiempo que "Claridad" ha abierto campaña renovadora en La Paz. Con las alternativas de una vida política azarosa, de las incomprendiciones del medio y de una acrobática pobreza franciscana, su labor no puede ser tan eficiente como sus miembros quieren. No obstante editaron un semanario orientado hacia la izquierda cuya acción social marcó rumbos definidos. Ahora acaban de reorganizarse bajo el nombre de "Platonía" y han iniciado una intensa propaganda revolucionaria.

Animadores de ese grupo son Abraham Valdez, escritor culto y brioso; Oscar A. Cerruto, joven poeta y entusiasta dinamizador; Félix Eguino, Moisés Alvarez, Rafael Reyerros y tantos otros mozos inquietos que derraman la generosidad de los veinte años en la obra magnífica de revolucionar los espíritus.

Párrafo especial merece Juan Paz Rojas, editor y director de "La Raza", publicación izquierdista de muchos quilates de valor. Bajo y enjuto, de menudos ojos de ratón vivaz, fea la cara color de ave llana, con el típico corte facial del aimará, Juan Paz Rojas posee un gran corazón y una clara inteligencia. Su vida es ejemplar. Durante el día trabaja como empleado en una oficina extranjera; por la noche continúa laborando como tipógrafo en una imprenta. Y es al concluir tan larga tarea que Paz Rojas y los compañeros de redacción escriben "La

Raza", imprimiéndola luego con sus propias manos en una conmovedora acción de sacrificio integral. Así, en el taller humilde y acogedor, pasada la media noche, los muchachos del grupo "Claridad" y los de "La Raza" se reunían en cónclaves misteriosos para editar su hoja de combate.

Tuve oportunidad de pulsar el medio ambiente estudiantil en una conferencia que, bajo los auspicios de todas las instituciones juveniles, pronuncié en la Universidad de La Paz. Con la brevedad que el tiempo imponía desarrollé opiniones renovadoras sobre los problemas latinoamericanos en general y peruano-bolivianos en especial.

Los puntos de vista adoptados, acres y ácidos, encontraron franca y leal acogida en el auditorio. Jamás podré olvidar la noche aquella en que, por las tristes callejas empinadas de La Paz, gritó sus esperanzas el sector izquierdista de estudiantes y obreros.

Miguel Angel Urquieta, vibrante espíritu joven, desterrado del Perú, me hizo notar la enormidad de problemas que pesan sobre los hombres de la nueva generación. El simple empeño de reformar la Universidad, me dijo, demanda un esfuerzo ilimitado.

La afirmación no es exagerada. La Universidad de La Paz refleja, no la época de la república mestiza, más o menos disfrazada de liberalismo, sino la época colonial, dogmática y untuosa.

En primer término debe anotarse que carece de autonomía. Depende material y moralmente del Poder Ejecutivo, a cuyo compás político debe danzar so pena de clausura. La lucha del mestizaje repercute en los claustros con repercusiones primordiales. Los profesores están abanderizados, siempre, en las fracciones de la democracia criolla. Y llevan a las

cátedras el eco de sus enconos o sus loanzas, disimulándolo con la alquimia de un doctrinarismo constitucional de ideas cortas y de cortos plazos.

La orientación de la enseñanza universitaria se resiente de la misma enfermedad que aqueja al país, quizás si con mayor intensidad. Aparte del contenido, un tanto apolillado y con olor a naftalina, la Universidad no desmiente el merecido lugar común que la califica como una fábrica de profesionales. De tipo racionalista, no ha sabido captar las fecundas enseñanzas que brotan del panorama realístico. En un país que necesita del esfuerzo práctico de sus hijos, la Universidad sólo ha espectorado pandillas de titulados, con sabiduría y moralidad dudosa, abstraídos por los problemas que apasionaron a la Europa del siglo XIX.

El método es nemónico y rutinario. Su régimen es antirevolucionario. Los estudiantes no tienen ingerencia ni representación en su gobierno.

Asistí a una clase de derecho. El profesor, después de comprobar la asistencia conforme a una lista escrupulosamente confrontada, inició una atiborrante serie de citas de los Santos Padres. Los alumnos "aplicados" copiaban febrilmente sus palabras, perennizándolas en cuadernos cuyas tapas contenían emocionantes alegorías patrióticas y religiosas.

Además, los aranceles son subidísimos. A la Universidad sólo pueden ingresar los ricos. Los muchachos del grupo "Claridad", que no pudieron sortear las tarifas educacionales por el favor de una beca reservada a los politiqueros, prosiguen su aprendizaje con alternativas angustiantes. La extensión universitaria ni se conoce ni se practica. Apenas se dicta una que otra conferencia empacada de retórica y de tema abstruso o distante.

Existen facultades, institutos y escuelas de Derecho, Medicina, Farmacia, Comercio, Obstetricia, Odontología, etc. Sorprende que en un país agrícola y minero no exista sino una escuela incompleta de minería, en Oruro, y otra de agronomía. Según la clásica tesis de los timoneles del progreso boliviano, es necesario importar, acoderados al capital, a los técnicos o especialistas.

Obligación es declarar que dentro de este cuadro triste, algo hay que impresiona favorablemente al espíritu. Es la orientación vital del sector sano de la juventud. Los dolores de la patria han repercutido, trágica y forjadoramente, en sus corazones. Frente a la farándula carnavalesca de cohetes y saraos con que se celebraba el centenario, comprendió que aquello era una ficción y una ironía sangrienta. Tuvo el sentido de su responsabilidad ante el futuro y se apresta a obtenerlo por su esfuerzo. Por eso rechaza la alegría fácil, la comodidad enervante, la quietud cómplice, dando a su vida el sentido heroico de las grandes realizaciones humanas.

CAPITULO XVI

DE LA VIDA PROLETARIA

Un catedrático argentino dictaba una conferencia en la Universidad de La Paz, y ante la sorpresa del heterogéneo auditorio, vetado de frailes y señoras de asociaciones filantrópicas, dijo que, en su concepto, la propiedad era una función social, cuya responsabilidad no podía evadir el individuo ni eludir el Estado. Concluyó ese párrafo criticando acerbamente el feudalismo agrario boliviano.

Mis compañeros de filas, hombres morenos y fatigados, aplaudieron con un entusiasmo singular. Trabamos conversación y dijéronme ser los organizadores del Congreso Obrero que se reuniría en esos días en La Paz.

El proletariado del país del altiplano tiene una organización rudimentaria relativamente a su volumen y a sus reivindicaciones. Existen únicamente los sindicatos de ferroviarios — victoriosos en reciente huelga —, los mineros, en algunas regiones, y los industriales de la capital: aurigas, ebauistas y carpinteros, tranviarios, pintores, choferes y artes mecánicas y ramos similares.

Hay algunos núcleos, más o menos fuertes, como el Centro Obrero Libertario, Grupo Brazo y Cerebro, Propaganda Libertaria La Antorcha, Cen-

tro Despertar, Agrupación Comunista Anarquista Sembrando Ideas y otros de menor cuantía, un tanto consumidos y divididos por su doctrinarismo ortodoxo. Por lo tanto, su acción es muy relativa, hallándose desorientados en cuanto a las características del medio boliviano.

Los indígenas agrícolas no están organizados. Los indígenas mineros forman parte de los sindicatos respectivos. Pero no hay una agremiación auténticamente aborígen que tienda a encauzar el caudal étnico, en una oposición de razas, que casi se confundiría con la oposición de clases.

Existe también una Universidad Popular que funciona en La Paz. El Ejecutivo la favorece indirectamente, con ese gesto protector de los gobernantes que se llaman "demócratas" porque al saludar a los peones se quitan el sombrero. La acción de esa Universidad es muy limitada. Dicta cursos de extensión de conocimientos primarios, mal enseñados y mal aprendidos en la mayoría de los casos. La inquietud revolucionaria, vale decir, el deseo de perfeccionamiento individual a objeto de utilizarlo en la tarea renovadora, no preside el ambiente ordinario de las clases, que cuando rebasa los límites elementales, se exhibe un tanto ayuno de médula.

Es cierto que a ella entraron muchos analfabetos que egresaron sabiendo leer y escribir, conociendo rudimentos de historia, geografía y alguna otra disciplina afín. Pero la Universidad no se preocupó de estudiar y criticar el régimen social, de insuflar en las masas el espíritu de la renovación imprescindible. Su obra, por ausencia de rumbo, sin duda, casi se confunde con las escuelas burguesas para adultos.

La no contexturación clasista del proletariado boliviano ha permitido el incontrol de las ambiciones del capitalismo. La legislación social es, además de hipócrita, deficiente. El gobierno de Saavedra, — que más de una vez se rotuló socialista, al amparo de la impudicia y la impunidad ambientes —, dictó algunas de las leyes citadas en los capítulos anteriores y la del ahorro obligatorio, que, por la cuantía de los salarios, resulta sangrientamente irónica. Existe la jornada de ocho horas, pero comprende tan sólo a los empleados, cuyos patrones se encargan de burlarla bajo las amenazas de la exoneración o el no ascenso.

Estas condiciones destacan la importancia del primer Congreso de la clase trabajadora de Bolivia.

Rómulo Chumacero y Carlos Mendoza desempeñaban la presidencia y la secretaría, respectivamente. Asistían, de ordinario, cincuenta delegados de las distintas regiones del país o de los distintos gremios.

Mientras los mestizos gobernantes y los diplomáticos extranjeros cambiaban discursos y promesas, en el ambiente caldeado de la sala obrera se oía la voz de la justicia del porvenir. Evidenciábase un contraste vibrante y dilemático, que impresionaba por su fuerza expresiva.

Ocurrió un incidente previo que merece relatarse por su sintomatismo. El prefecto de La Paz quiso seducir a los obreros por los métodos clásicos de los políticos explotadores. Pocos días antes de la inauguración del Congreso, envió un oficio, de doctrina y ortografía equívocas, obsequiando “en homenaje a las clases trabajadoras” unos cuantos barriles de cerveza a fin de “festejar dig-

namente" el centenario. Como las autoridades lo celebraban con licores capitosos, era justo que los proletarios hiciesen lo mismo, guardando, tan sólo la respetuosa distancia correspondiente al distinto grado de refinamiento alcohólico.

Se rechazó el presente. Pero el firmante de la negativa oficial fué apresado, confinándosele a un lugar insalubre, de donde pudo salvarlo, más tarde, la conjunta intervención estudiantil-obrera. Desde ese instante el celoso prefecto miraba con ojos de desconfianza el desarrollo de las sesiones.

Funcionaba el Congreso en la calle Lanza. Había que abandonar el centro, brillante y alumbrado, donde la estatua de la Libertad se engalanaba con vivos colorines, para descender por los turbios arrabales. Era una calleja angosta, oscura, que angulándose en varias partes se desnivelaba diez metros de extremo a extremo. Tras un callejón húmedo y conventual se ingresaba a la vieja casona en cuyo piso alto se reunían los obreros.

Unas docenas de sillas apiñadas, una bandera roja, un estrado modesto, los retratos de Marx y de Lenin y el escudo simbólico de la hoz y del martillo. En la barra se apretujaban los indios y los cholos, acuciados por esa mística esperanza, plena del optimismo difuso pero caudaloso, que Sorel denomina el nuevo mito multitudinario.

El programa a que se sujetaron las discusiones y cuyos puntos principales fueron resueltos, era el siguiente:

1. Sistema de organización y desenvolvimiento de la Confederación, tomando por base todas las federaciones, centros y sindicatos gremiales existentes en el país.

2. Forma de adquirir una imprenta propia, para el sostenimiento de uno o más órganos de defensa obrera.

3. Intervención directa de la Confederación Nacional del Trabajo en todas las cuestiones sociales que no fueren resueltas por las federaciones departamentales, sean con los poderes públicos o con los capitalistas.

4. Estudio y crítica de la actual organización social.

5. Forma de conseguir la mejora de los jornales en todas las industrias. Protección a la mujer y al niño, evitando su explotación y tratando de conseguir que la remuneración de su trabajo, esté en relación a sus condiciones y a las necesidades de la vida.

6. Alfabetización del indio, por medio de las agrupaciones gremiales y con recursos propios, fomentando su instrucción y educación.

7. Creación de universidades populares y escuelas de instrucción para obreros de ambos sexos, en todos los centros poblados de importancia.

8. Creación del Departamento internacional de relaciones de la Confederación Nacional del Trabajo.

9. Creación de una sección cooperativa por cada Federación Departamental.

10. Declarar "La Internacional" el himno obrero de los trabajadores de Bolivia.

11. Fijación del lugar y fecha del segundo congreso a reunirse.

12. Solicitudes y reclamos en general.

Fuí una noche, invitado especialmente. Se discutía el estatuto de la Confederación. Carlos Mendoza, activísimo e inteligente organizador, y An-

gética Azcui, infatigable compañera, consumida hasta la hetiquez por algún trabajo agobiador, habían preparado un concienzudo y previsor proyecto de contexturación clasista. Se definía que el organismo se apartaba por completo de la contienda política burguesa. Su único objeto será, decía, la lucha de clases, con el capitalismo como único enemigo. Las armas de los posibles conflictos serán la huelga y la acción directa.

Los oradores apoyaron el proyecto, escarneciendo a los victimarios del indio minero o agrícola. Hablaron del movimiento internacional y de la solidaridad en el dolor. Eran voces roncadas, manos toscas, sones destemplados. Palpitaba en el ambiente la rudeza del mucho sufrimiento, que harto de opresión, se resuelve a insurgir. En la barra estaban los indios, hoscos las caras, calados los sombreros, escuchando con silencio de amenaza.

Un fraile, que colgó los hábitos, "excomulgado y hereje" según la definición arzobispal, aplaudía ruidosamente. Era el hijo de unos aimarás que murieron en las minas, por consunción y fatiga. Su patrona, dulce católica fanática, había resuelto su porvenir enfundándolo dentro de la sotana mística. Pero el fraile, al través del rito complejo y fastuoso, había adivinado el inmenso valor social y revolucionario de la doctrina de Cristo. Y por predicarla fué expulsado de su comunidad. La religión, según la autoridad eclesiástica, no puede interpretarse libremente. Para eso están "los padres espirituales". Mas, el insurgente no creía en ellos. Eran demasiado obesos, demasiado vulgares; les pegaban a los hijos cuando, en las oscuras serranías, el concubinato tenía consecuencias fisiológicas.

Invitado a hablar, me referí a los valores convencionales de la burguesía, atacando a los políticos profesionales, a la iglesia, al capitalismo incontrolado y al imperialismo yanqui. Definí el pensamiento revolucionario frente a las cuestiones portuaria e indígena.

Era una de las pocas veces que hasta la calle Lanza había llegado, hablando así, un hombre que no fuese proletario. Me hicieron miembro de la Confederación y otorgáronme una credencial representativa. (1)

Interpolados entre la concurrencia estaban varios muchachos del grupo "Claridad". Aquello les conmovió. Ofrecieron su concurso y allí se pactaron los rudimentos de una alianza estudiantil-obrera. Salimos juntos. Un oficial de policía nos siguió cercana y sigilosamente. Mis palabras habían escapado de sus ordinarios puntos de referencia, pero, evidentemente, tenían tintes subversivos. Había oído "tiranía"...

Ignoraba si yo era loco, opositor, o eso "socialista!, comunista!, anarquista!", que alguna vez oyó decir a su jefe, cuando, en el cuartel, cruzaba a chicotazos la cara de un indio que protestó por el robo de su ganado para un banquete prefectural. Optó por dejarme en libertad.

Uno de los muchachos universitarios hizo una reseña de la conferencia y la llevó a un periódico oposicionista, de aquellos que hablan de la tiranía de Saavedra y del "porvenir mejor". El dueño del diario vió las pruebas y clamó al cielo. Era un barbudo diplomático veterano, que en los bailes oficiales cargaba de medallas tintineantes el jacquet que

(1) Ver Apéndice No. 3.

le cosieran en París. Hablaba siempre de Europa, de la galanura francesa y de la dulzura italiana. Leyó en "L'Action Francaise", precisas definiciones de la patria. Además, cuando se hicieron ediciones encuadernadas con pasta verde, del verde color de sus armarios, hojeó algunos libros de Marden y de Smiles. Tenía un claro concepto del deber y era patriota. En su concepto, los obreros eran "muy alzados, muy levantiscos, querían vivir como la gente decente". Y eso no podía ser. El tenía dos hijitas, niñas bien, pianistas incipientes, que cantaban, con desenfado, algunos trozos de ópera clásica y que, en los tranvías, sabían leer en alta voz complicadas novelas en francés. Cómo iban a rozarse, así no más, con los proletarios — ¡qué palabra fea! — cuando existiese aquella "sociedad igualitaria" de que hablaba la conferencia. Nervioso y resuelto, sintonizado en heroísmo, rompió las pruebas en trizas menudas, acompañando la operación de algunas frases hueras de consejo. Se calmó: la patria estaba a salvo...

Siguieron las sesiones obreras, aumentando la incandescencia de los propósitos. De todo el país llegaban las voces solidarias; de los obreros perdidos en las provincias orientales, donde la agricultura insalubre consume por el paludismo y de las sierras mineras, donde la "doble faena" mata por la tuberculosis.

Crecía la tea revolucionaria. En tanto los burgueses de La Paz danzaban, cautivos de un hedonismo alcohólico, pensando que aquellos obreros eran locos e ignorantes.

Y yo me acordé de Anatole France cuando nos muestra a San Pablo, el oscuro siervo cristiano, discutiendo con el togado señor romano, el filó-

sofo Galión. Según Galión, Jesús, el apóstol de Nazareth, era un infeliz. El imperio seguiría multiplicándose a través del orbe, generando Nerones, generando Petronios y conquistando muchos, pero muchos esclavos.

El correr de los años confirmó la ilusión de San Pablo y destruyó las profecías dogmáticas de Galión.

Saavedra y Villanueva, Escalier y Siles, Patiño y Aramayo, ¿no están en error similar al del patricio latino?

CAPITULO XVII

PALABRAS FINALES

Después de mi conferencia en la Universidad de La Paz un funcionario oficial acudió al hotel donde me alojaba, con el objeto de notificarme los límites dentro de los cuales debía desenvolver mis actividades. No encontrándome, los confió al dueño del establecimiento, un italiano familiarizado con los métodos de la política criolla, que acudió nocturnamente a mi pieza para darme consejos sobre la mejor manera de pasarlo bien en esta vida pícara y amarga.

Como a raíz de esa indirecta notificación se produjera mi asistencia al Congreso Obrero, los guardianes del orden juzgaron oportuno extremar sus precauciones. Parece que los diplomáticos peruanos, acaramelados señoritos de sangre azul, sostenían que yo era un peligroso bolsheviqi. Urgieron al gobierno para que me obligase a salir del país.

Las autoridades bolivianas repitieron, entonces, sus indicaciones, con carácter perentorio y el hotelero italiano repitió sus consejos, con carácter dramático. Me desterrarían.

Prácticamente había concluído mi misión en La Paz. Intenté ir a Sucre, donde la muchachada resistía gloriosamente los desmanes del régimen, pe-

ro se me pusieron toda clase de dificultades. Hube de regresar.

La despedida fué una escena emocionante. En la estación Chigini estaban obreros y estudiantes, plenos de cariño y optimismo. El instante de la separación provocó muchas promesas y muchos abrazos. Del estribo del vagón contemplé por última vez los remolinos municipales de La Paz, las casas a la europea, los barrios indígenas, la cúpula de bronce, las iglesias descollantes y la borrosa figura de la Libertad, engalanando la plaza principal.

Y en tanto que el tren se alejaba de la estación, y veía empequeñecerse rápidamente las figuras, sobre el horizonte destacábase el agitarse de los brazos de estudiantes y obreros de Bolivia, como signos que saludasen al ensueño.

Al paciente lector que haya arribado sin fatiga hasta estas páginas terminales, le debo una larga explicación.

No hay, en ninguno de los capítulos anteriores, pretensiones de sociólogo. Bien conozco que no se puede bucear en el vasto mundo de los fenómenos sociales, con sólo buena voluntad. Es cierto que el examen me ha sido fácil, a causa de que el parecido de los problemas de Perú y de Bolivia se acerca a la identidad. Pero el hecho de haber escrito mis impresiones, en el escaso tiempo robado a mi trabajo diurno y a mi nocturna faena periodística, — bajo la acezante exigencia de la máquina de escribir — me obliga a declarar que he evitado, propositalmente, toda conclusión dogmática.

Solamente he escrito lo que pasó ante mis ojos, curiosos y atentos. Lo conceptúo un deber y lo he cumplido con honradez. Planteo, pues, los términos objetivos y precisos de los problemas bolivianos. Es la mejor ofrenda que me dictan el afecto y la gratitud. La reflexión individual investigará las conclusiones pertinentes.

Alguien sostendrá que estas líneas están escritas con pasión. Declaro que he procurado, en todo instante, no encasillarme dentro de doctrinarismos ortodoxos y miopes. He agilizado mi comprensión para abarcar todos los matices de los asuntos tratados. Aún más: para eludir el fangoso terreno demagógico, he sido benévolo. Por eso, lector amigo, en alguna página contuve mi exaltada indignación, enmarcándola dentro de una ironía inocente.

Si hay alguna desviación, que no la veo, ella deberáse al ímpetu juvenil. Dándola por posible, declaro mi enorgullecimiento. Si algún mérito tiene la juventud debe ser ese: el apasionamiento en lo que cree justo. Pertenece a los seniles el análisis frío y diseccionador. A los mozos, bien nos queda caminar, afeanosos, por las vegas de la Mancha. Si hay estrabismo en observar "con el ojo izquierdo", es un sano estrabismo que nace del corazón.

Otros dirán que no hay pasión sino falsedad. Y, aparte de los menguados a paga presupuestal, quizás haya error sincero en tal declaración. Porque hay una divergencia en ángulo obtuso entre los hombres que bebieron las fuentes de su cultura en los cánones de la orientación individualista y los que hemos aprendido en la vibración del dolor humano toda la belleza del doctrinarismo social.

Son dos distintas maneras de refracción de los hechos, que se deben a la distinta naturaleza del

cristal con que se mira. Son dos sensibilidades antagónicas y antipódicas. La diferencia es vieja y persistente. Jamás el lobo y la oveja se pusieron de acuerdo sobre las normas de relación, como tampoco coincidieron en el concepto de justicia Jesucristo y Belcebú, ni en la inversión de la vida Don Quijote y Sancho Fanza ni en la función de la riqueza Rochefeller y Lenin.

La gente oficial de Bolivia sostiene que "la ropa sucia debe lavarse en casa". Pero quienes esto dicen ignoran que el estudio de las nacionalidades y sus problemas, es un patrimonio de la cultura universal.

Los limitados, los patriotereros, sostendrán que en estas páginas se ataca al país del altiplano. Es cierto que no he traído una cesta de loas cotizables, sino críticas agudas y punzantes. Pero están dirigidas a la clase gobernante, a la cual zahiero con todo mi impulso por el amor fraternal y sincero que me inspira la clase oprimida. Ataco al mestizaje despótico en sus dos concreciones principales y defiendo al indio, al obrero, al estudiante generoso e idealista.

Cierto es que la verdad es dolorosa, cuando es amarga y que es más suave y dulce engañarse a sí mismo. Pero prefiero arrancar la venda de los ojos, pues cuando la ceguera es absoluta, los pasos sólo marcan caídas o tropezones.

Dura y triste es la situación de Bolivia, como lo es también la del Perú. Nada se obtiene con ocultarla tras las líricas frondosidades de un patriotismo inconsistente. Hundamos, pues, la mirada en

nuestros defectos que sólo así podrá el escarpelo arrancar de cuajo el mal devorador.

Toda mi aspiración al escribir estas líneas consiste en atraer hacia los núcleos revolucionarios a unos cuantos espíritus inquietos. Si mañana las filas del grupo "Platonía", o las de la Confederación Obrera, aumentan con algún lector, tendré la recompensa más grande de mi vida.

Para concluir, declaro que con este trabajo quiero dar mi aporte modesto a la tarea de transformación continental. Tiene forma escrita porque pienso que es mejor convencer, razonando, que seducir, "epatando". Creo en la decadencia de la melena revolucionaria, del discurso huero y retórico, de las formas objetivas del movimiento renovador y en la preponderancia del folleto honesto, del trabajo serio, de la dedicación honda.

Cumplo, pues, con mi deber celular para con el ideal del nacionalismo latinoamericano — noble vía hacia la fraternidad humana —, en que estuvo empeñado el maestro Ingenieros, — sobre cuya tumba fresca deposito mi homenaje —, nacionalismo por el que luchan Palacios, Vasconcellos y las nuevas generaciones de los pueblos que viven desde Río Grande al norte hasta Cabo de Hornos al sur.

APÉNDICE N.º 1

"Debe cederse a Bolivia una faja y un puerto en el lugar y circunstancias que determinen las conveniencias mutuas". Creo que los factores de lugar, circunstancias y conveniencias coinciden en fijar la ubicación de ese puerto y esa faja, dentro del territorio de las provincias de Tacna y Arica.

Lo sostuve, así, en Lima en 1923. Lo repetí en Santiago en 1924. Y lo reiteré, en La Paz, el 25 de agosto de 1925, durante la conferencia que pronuncié en la Universidad de esa capital.

Un corresponsal peruano — quizás por mengua mental, quizás por consigna de sus amos — transmitió a Lima una noticia maliciosamente generalizadora.

"La Prensa" de esa ciudad, hoja oficial cuyas armas predilectas y cotidianas son la calumnia, el engaño y el insulto a la distancia, la recogió con estos expresivos títulos: "Cómo pensar, generación menguada!... "La conferencia del estudiante Seoane en La Paz". "Sin comentarlos que huelgan".

En periódicos de Argentina y de Bolivia me apresuré a precisar mi posición espiritual ante el problema de fondo y mi opinión sobre el litigio actual. En Lima no pude vencer ni la red de la censura ni la timidez del diarismo, pavorizado o lacayesco.

La explicación casi no fué conocida. El pobrediablemo juzgó oportuno exteriorizar una protesta gaseosa e

hiperestésica. Bajo su amparo — y aprovechando mi ausencia — más de un cobarde y de un cretino, sin rebatir mi tesis, se encargó de inferirme ofensas, cuyo cobro aguardo, sin rencor, pero pacientemente.

Cinco meses más tarde los hechos y los hombres han comenzado a justificarme. EE. UU. ha solicitado, extraoficialmente, cuando estas líneas se escriben, el apoyo de Argentina, Brasil y Uruguay para propiciar arreglos directos entre Perú y Chile, con ingerencia de Bolivia, y que tenderían a una partición. Casi toda la prensa del Continente apoya este temperamento como el más cuerdo.

Como argumento definitivo para lograr esta solución, ha mediado un banquero yanqui. Así lo anuncia la "United Press", agencia noticiosa mundialmente conocida, en cablegrama publicado en "La Prensa" de Buenos Aires el día 12 de enero de 1926, cuyas posibles bases de arreglo se transcriben a continuación: "Un empréstito de cincuenta millones de dólares sería contratado por Bolivia, de los cuales, veinte millones se entregarían al Perú y veinte a Chile, reteniendo Bolivia los diez restantes. Al Perú se le entregaría la provincia de Tacna y a Bolivia se le daría parte de Arica con una salida al mar, incluso el puerto de Arica. Chile, por su parte, conservaría el resto de Arica".

Cuando median millones, el "patriotismo" se ablanda.

Pero supongamos que estos arreglos — no oficializados —, fracasen. Supongamos que se realice el plebiscito. Después de él, cualquiera que sea su resultado, Bolivia obtendrá la faja y el puerto dentro de la zona en disputa.

Chile lo ha ofrecido, si obtiene el triunfo en la consulta sufragánea. Aunque el ex presidente Saavedra lo ha negado, recientemente, puedo afirmar que tal ofrecimiento llegó, entre otros conductos, por medio de la Co-

misión Intelectual al Centenario Boliviano, que presidió el rector de la Universidad de Concepción, señor Enrique Molina Garmendía.

En cuanto al Perú, su opinión es más conocida. La declaró, enfáticamente, el presidente Leguía, al recibir al nuevo ministro de Bolivia, a fines de 1925 y la reiteró al ex presidente Saavedra, a su paso por Lima, a principios de 1926.

Perú y Chile, pues, ahora, ofrecen la faja y el puerto. La realización de la tesis se avecina, por uno u otro conducto. Los que la predijimos fuimos llamados "traidores, vendidos al oro extranjero". Los que la cumplen, son "patriotas latinoamericanos".

La oposición de doctrinas entre la gente de izquierda y la gente de gobierno, explicó la oposición de soluciones. Ahora, que éstos caen dentro de nuestra tesis, merecen nuestro antiguo apelativo por su claudicación y quizás por ocultas circunstancias. El pobredialismo debería, en justicia, trasmutarlos. A ellos llamarlos: "traidores, vendidos al oro extranjero". A nosotros: "patriotas latinoamericanos".

No espero una justificación de la boca de quienes escriben la historia actual del Perú. Sería confiar en la nobleza de los imbéciles o de los adulones.

Sólo dejo constancia de que la doctrina, ya no es "doctrina de generación menguada". Ha revelado su virtud de eficacia, pero ha servido de pretexto para más de un negociado, y ha perdido en sinceridad. (1)

(1) Federico More, escritor peruano, en un libro, muy discutido, publicado en 1917, sostuvo, en sus líneas generales, esta misma solución. Justo es reconocerle el mérito de la prioridad. Después de 1917 han sido muchos los partidarios de este temperamento, sobre todo entre la gente de la izquierda del Perú, Chile y Bolivia.

APÉNDICE N.º 2

Tengo obligación de sancionar a un representante apócrifo.

A raíz de unas declaraciones del ex presidente Alessandri, el voluble demagogo, ora socialista, ora bélico, ora jacobino, en las cuales anunciara una posible guerra con el Perú, escribí un artículo condenándolo. Me respondió Enrique Molina Grandi, diciendo que Alessandri es "el más grande estadista de Sudamérica" y que los EE. UU. son "la primera democracia del mundo".

Enrique Molina Grandi es un estudiante chileno. Cuando, en 1924, pasé por Santiago, desterrado del Perú, lo conocí de revolucionario. Ancho el sombrero de alas rectas, roída la ropa avejentada, ardoroso en sus ademanes, oficiaba de anarquista.

Le cupo ser vicepresidente de la Federación Universitaria y en ese puesto recibió a Alessandri a su "mesianico" regreso de Europa, en 1925.

En La Paz, Molina, era otro. Venía mandado por el gobierno como "intelectual". Vestía aristocráticamente. Había ingresado al partido radical -- él, el anarquista! -- dejando en la puerta, junto con la vergüenza, el sombrero de alas rectas y la ropa avejentada.

Su respuesta, por los adjetivos y las opiniones, era una letra a la vista, cobrable en cualquier ventanilla del Tesoro Público.

Se decía enviado de la juventud chilena. ¡Mentira!

En Buenos Aires recibí cartas de Santiago diciéndome que esa representación era falsa. Molina había sido destituido y repulsado a causas de sus conductas.

Yo había atribuido su defecua, en parte, a la hel'ida cotidiana y pertinaz. Pero esta noticia lo aclaraba todo. Se trataba de un chantagista de las ideas renovadoras.

El incidente no tiene importancia. Sólo quiero sancionar, ejemplarizando. Y decir a la juventud boliviana que no es un tráfuga el que puede representar a la juventud chilena. La juventud chilena tiene nobles símbolos en las filas de izquierda de la nueva generación. Y, principalmente, en la figura apostólica del mártir de la tiranía de Sanfuentes, Domingo Gómez Rojas, el poeta mozo que murió en la cárcel por no claudicar de su credo internacionalista y justiciero.

APÉNDICE N.º 3

He aquí la credencial: "La Paz, 1 de septiembre de 1925. Al camarada Manuel Seoane.—Presente. Compañero: Dando cumplimiento a la resolución del Primer Congreso Obrero, reunido en esta ciudad, y convencidos de su actuación franca y sincera en pro de las luchas reivindicatorias del proletariado, nos satisfacemos al acreditarlo como a portavoz y representante de la primera entidad nacional obrera, la Confederación Nacional del Trabajo, creada por el Congreso que tenemos el honor de dirigir, ante las organizaciones de todos los explotados de la República Argentina.

Al encomendarle esta representación amplia, esperamos que su labor sea fructífera en bien de todos los que luchan por abolir el sistema de explotación del hombre por el hombre.

Aprovechamos esta oportunidad para reiterarle nuestra estima personal. Salud y lucha. (Fdo.): Rómulo Chumacero Sandoval, presidente; C. Mendoza, secretario general; Gmo. Maceda Cáceres, secretario de actas.



INDICE

	<u>PÁG.</u>
Porque fui a Bolivia.....	15
Camino a las Sierras Bolivianas.....	19
Tupiza.....	26
Páginas de Infierno.....	51
Hacia La Paz.....	59
Las "Fiestas" del Centenario.....	46
La democracia criolla.....	55
La tiranía de Saavedra.....	64
El Imperialismo Norteamericano.....	77
Tata Potro.....	85
Tata Patiño.....	94
El Indio, capital humano de Bolivia.....	101
La Redención del Indio.....	108
Bolivia, país mediterráneo.....	119
De la vida estudiantil.....	128
De la vida proletaria.....	136
Palabras finales.....	145
Apéndice N.º 1.....	151
Apéndice N.º 2.....	155
Apéndice N.º 3.....	157